

BERNHARD SCHLINK

El fin de Selb



El detective Selb emprende una nueva investigación. El cliente, Bertram Welker, lo ha encontrado por casualidad: un accidente de coche en una calle cubierta de nieve. El asunto parece interesante: la banca Weller. Welker tiene doscientos años de historia y quizás un socio oculto.

Una vez más Selb debe rendir cuentas con el pasado de Alemania: ese pequeño banco de negocios ha superado el desafío de la Primera Guerra Mundial, las crisis de 1929 y una terrible inflación, el advenimiento del nazismo, el hundimiento del Tercer Reich y la unificación tras la caída del Muro. En las trampas de su historia se esconde un secreto que conduce al homicidio.

OceanofPDF.com



Bernhard Schlink

El fin de Selb

Selb - 3.0

ePub r1.0

Café mañanero 02-05-2022

OceanofPDF.com

Título original: *Selbs Mord*
Bernhard Schlink, 2001
Traducción: Txaro Santoro
Ilustración de Katharina Zettl

Editor digital: Café mañanero
Edición EPL, 2022
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

PROYECTO SCRIPTORIUM



9º Aniversario

Primera parte

OceanofPDF.com

1. AL FINAL

Al final volví a ir.

No se lo dije a sor Beatriz. Ni siquiera me permite recorrer los caminos cortos y llanos que van del Speyerer Hof al Ehrenfriedhof y al Bierhelder Hof, así que mucho menos el largo y empinado que lleva al Kohlhof. En vano le cuento que mi mujer y yo fuimos a esquiar hace años al Kohlhof. Por la mañana subíamos al autobús repleto de gente, de esquís, bastones y trineos, y, hasta que oscurecía, nos apiñábamos a cientos en lo alto de la pendiente, más parda que blanca, a la que habíamos ascendido y que tenía un desvencijado trampolín de madera. En el Kohlhof, a mediodía, servían potaje de guisantes. Klara tenía mejores esquís que yo, los manejaba mejor, y se reía cuando me caía. Yo ataba los cordones de cuero a las fijaciones y apretaba los dientes. Amundsen había conquistado el Polo Sur con unos esquís aún más arcaicos. Al llegar la noche nos sentíamos cansados y felices.

—Déjeme ir hasta el Kohlhof, sor Beatriz; iré despacito. Me gustaría volver a verlo y recordar viejos tiempos.

—También lo recuerda sin ir, señor Selb. Si no, no podría hablarme tanto de ese lugar.

Lo único que sor Beatriz permite, tras catorce años en el hospital del Speyerer Hof, son unos pasos hasta el ascensor, ir a la planta baja, unos cuantos pasos hasta la terraza, cruzarla, subir los peldaños y llegar hasta el césped que hay alrededor de la fuente. Sor Beatriz sólo es generosa con la vista.

—Mire qué vista tan amplia y tan hermosa.

Tiene razón. La vista desde la ventana de la habitación que comparto con un funcionario de Hacienda, enfermo del estómago, es amplia y

hermosa, y se extiende, por encima de los árboles, sobre la llanura y las montañas del Haardt. Miro afuera y pienso que esta tierra, a la que el azar me trajo durante la guerra, se me ha metido en el corazón y se ha convertido en mi patria chica. Pero ¿he de pasarme todo el día pensando en eso?

Así que esperé a que el funcionario de Hacienda se durmiera a la hora de la siesta y, deprisa y sin hacer ruido, saqué el traje del armario, me lo puse, emprendí el camino hacia la puerta, sin encontrarme con ninguna enfermera o médico conocidos, y le pedí un taxi al portero, al que tanto le daba que yo fuera un paciente en fuga o un visitante que se marchaba.

Bajamos hacia la llanura, pasando primero por entre praderas y árboles frutales; luego, bajo los altos árboles del bosque, entre cuyas copas dibujaba el sol manchas claras sobre la carretera y la maleza, y después, junto a una cabaña de madera. En otro tiempo, desde allí, aún quedaba un buen trecho hasta la ciudad y los caminantes se tomaban un último descanso, antes de emprender el regreso. Hoy en día, tras pasar dos curvas más, empiezan las casas a la derecha y, un poco más allá, a la izquierda, se encuentra el cementerio. Al pie de la montaña esperamos en el semáforo, junto al viejo quiosco que siempre me encantó: un templo griego con su atrio construido sobre una terracita y su cornisa sostenida por dos columnas dóricas.

La carretera, toda recta, que lleva a Schwetzingen estaba despejada y avanzamos deprisa. El taxista me habló de sus abejas. De su charla deduje que fumaba y le pedí un cigarrillo. No me supo bien. Enseguida llegamos; el taxista me dejó allí y prometió recogerme una hora más tarde para llevarme de vuelta.

Estaba en la plaza que hay ante el palacio y que llaman Schlossplatz. El edificio había sido reconstruido. Aún tenía el andamiaje, pero habían puesto ventanas nuevas y habían limpiado la piedra arenisca de la base y los tiradores de puertas y ventanas. Sólo faltaba la última capa de pintura para que volviese a ser tan bonito como los demás edificios de la plaza, todos ellos de dos plantas, muy cuidados y con flores en las ventanas. No había ninguna indicación de qué iba a albergar, si un restaurante, un café, un bufete de abogados, un consultorio médico o una empresa de informática y, al mirar a través de las ventanas, sólo vi suelos cubiertos, escaleras de pintor, botes de pintura y rodillos.

La plaza estaba vacía exceptuando los castaños y el monumento a la vendedora de espárragos desconocida. Me acordé del tranvía que antiguamente terminaba allí su recorrido, trazando un círculo sobre la plaza. Miré el palacio, que estaba al otro lado.

¿Qué esperaba? ¿Que se abriera la puerta y salieran todos, se pusieran en fila, hicieran una reverencia y se separasen riendo?

Una nube pasó por delante del sol y en la plaza sopló un viento helado. Sentí frío. En el aire se notaba el otoño.

OceanofPDF.com

2. EN LA ZANJA

Todo había empezado un domingo de febrero. Yo volvía de Beerfelden a Mannheim con mi amiga, Brigitte, y su hijo Manuel. Una amiga de Brigitte, que se había trasladado de Viernheim a Beerfelden, nos había invitado a merendar, para estrenar su nueva casa. Los niños se llevaban bien, las amigas charlaban sin parar y, cuando quisimos ponernos en marcha, ya se había hecho de noche.

Apenas había conducido un trecho, cuando empezaron a caer unos copos de nieve grandes y espesos. La carretera era estrecha y atravesaba el bosque en dirección a las cimas. Íbamos solos, no había coches ni delante ni detrás de nosotros, y tampoco nos cruzamos con ninguno. Los copos eran cada vez más densos; el coche daba bandazos en las curvas; las ruedas patinaban en las cuestas y la visibilidad era tan escasa que sólo me daba para no salirme de la carretera. Manu, que había estado charlando animadamente, había enmudecido, y Brigitte tenía las manos entrelazadas sobre el regazo. Sólo su perro, Nonni, dormía como si no pasara nada. La calefacción no estaba fuerte, pero a mí el sudor me corría por la frente.

—¿No podríamos pararnos y esperar a que...?

—Puede nevar durante horas, Brigitte. Si nos detenemos en la nieve, no podremos movernos de aquí.

Si vi aquel coche parado, fue sólo porque había dejado los faros encendidos. Era como si su luz dibujase una barrera sobre la calzada. Me detuve.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, déjalo.

Me bajé del coche, me subí el cuello de la chaqueta y eché a andar sobre la nieve. Un Mercedes se había metido por equivocación en un camino

lateral al tomar una curva y, en su intento de volver a la carretera, había ido a parar a una zanja. Oí música de piano con orquesta, y tras las ventanillas cerradas, en el interior iluminado, vi a dos hombres: el uno, en el asiento del conductor, y el otro, en el asiento trasero, pero a la derecha. Parece un barco de vapor varado, pensé, o un avión tras un aterrizaje de emergencia. La música sigue sonando como si nada hubiese ocurrido, pero el viaje ha terminado. Di unos golpecitos en la ventanilla del conductor, que bajó un poco el cristal.

—¿Necesitan ayuda?

Antes de que el conductor pudiese contestar, el otro se inclinó echándose a la izquierda, estiró el brazo y abrió la puerta trasera.

—¡Gracias a Dios! Entre y siéntese.

Volvió a enderezarse mientras hacía un gesto con la mano invitándome a entrar. El interior del coche estaba bien caldeado y olía a cuero y humo. La música estaba tan fuerte que tuvo que alzar la voz al dirigirse al conductor:

—¡Baja la música, por favor!

Subí al coche. El conductor se tomó su tiempo. Extendió la mano lentamente hacia la radio hasta alcanzar el botón, lo giró y la música se fue oyendo cada vez más baja. El jefe esperó, arrugando la frente, hasta que dejó de oírse por completo.

—No conseguimos salir de este atolladero y el teléfono no funciona. Temía que estuviéramos en el fin del mundo.

Se rió con una risa amarga, como si no sólo hubiera sufrido un percance técnico, sino también una ofensa personal.

—¿Quieren que les llevemos?

—¿Podría ayudarnos a empujar? Si conseguimos salir de la zanja, podremos continuar. El coche no está averiado.

Miré al conductor, esperando que dijera algo. Al fin y al cabo, él era el responsable de aquella contrariedad. Pero no dijo nada. A través del espejo retrovisor vi sus ojos fijos en mí.

El jefe había notado mi mirada inquisitiva.

—Lo mejor será que yo me siente al volante y que Gregor y usted empujen. Así, cuando...

—No. —El conductor se volvió. Tenía un rostro de persona mayor y una voz grave y ronca—. Yo sigo al volante y vosotros empujáis. —Noté que tenía un acento extranjero, pero no pude identificarlo.

El jefe era más joven pero, al ver sus manos delicadas y su rostro delgado, me extrañó la propuesta del conductor. Sin embargo, el jefe no le contradijo. Nos bajamos. El conductor arrancó; nosotros empujamos; las ruedas chirriaron al patinar esparciendo nieve, agujas de abeto, hojas y tierra. Seguimos empujando; la nieve siguió cayendo; se nos mojó el pelo, y las manos y las orejas se nos quedaron tiesas. Entonces llegaron Brigitte y Manu. Les dije que se sentaran sobre el maletero y, al sentarme yo también, las ruedas se adhirieron y, dando un tirón, el coche salió de la zanja.

—¡Buen viaje! —les dijimos en señal de despedida y nos fuimos.

—¡Espere! —dijo el jefe, corriendo hacia nosotros—. ¿A quién debo el rescate?

Busqué una tarjeta de visita en el bolsillo de la chaqueta y se la di.

—Gerhard Selb —leyó en alto, quitando los copos de nieve de la tarjeta—. Investigaciones privadas. ¿Es usted...? ¿Es usted detective privado? Pues entonces, tengo un trabajo para usted. Pase a verme —dijo, mientras buscaba en vano una tarjeta de visita—. Me llamo Welker y puede encontrarme en el banco que hay en la Schlossplatz de Schwetzingen. ¿Se acordará?

3. EL OFICIO ES EL OFICIO

No fui a Schwetzingen ni al día siguiente ni al otro. En realidad, no tenía ningunas ganas de ir. Nuestro encuentro en la cima del Hirschhorn, de noche y en plena nevada, y su invitación a que fuese a verle me recordaba esas citas que se hacen durante los viajes y en vacaciones; volver a encontrarse es algo que suele quedar en agua de borrajas.

Pero el oficio es el oficio y un trabajo es un trabajo. En otoño, la cadena de tiendas Tengelmann me había pedido que investigase las bajas por enfermedad de las dependientas y había logrado averiguar que alguna que otra de esas enfermedades eran simuladas. Había sido tan satisfactorio como para un revisor de tranvía perseguir a los que no llevan billete. En invierno no me habían encargado ningún trabajo: no se contrata a un detective privado que ya ha cumplido los setenta como guardaespaldas ni se le envía a recuperar joyas robadas de un continente a otro. Hasta a una cadena de tiendas que quiere investigar las bajas por enfermedad de sus dependientas le impresiona más un chico joven, que ha dejado la policía por el negocio de la seguridad privada, y va con su móvil y su BMW, que un viejo con su viejo Opel Kadett.

No es que en invierno, sin clientes, me faltase entretenimiento. Limpié mi oficina, que está en la Augustaanlage; enceré y lustré los suelos de madera y limpié los cristales del ventanal. El ventanal es grande. Antes había en ese local un estanco, y el ventanal era el escaparate. Ordené mi casa, que está a la vuelta de la esquina, en la Richard-Wagner-Strasse, y puse a dieta a Turbo, mi gato, que está demasiado gordo. Llevé a Manu a ver el fusilamiento del emperador Maximiliano de México a la Kunsthalle, el museo de pintura; los túmulos funerarios de los suevos, al Museo Reiss, y las camas y sillas eléctricas con las que en el siglo XIX supuestamente se

eliminaban las lombrices del intestino de un ser humano, al Museo Provincial de la Técnica y el Trabajo. Fui con él a la mezquita del sultán Selim Camii y a la sinagoga. Seguimos por televisión la reelección de Bill Clinton y su toma de posesión. Fuimos al Luisenpark a ver las cigüeñas que ese invierno no se habían ido a África, sino que habían decidido quedarse allí, y también hicimos una caminata a orillas del Rin hasta la zona de baño en el río, cuyo restaurante cerrado, enteramente blanco, parecía tan inaccesible y solemne como el casino de un balneario inglés en invierno. Intentaba creer que disfrutaba haciendo, por fin, todo lo que siempre había querido hacer y para lo que nunca encontraba tiempo.

Hasta que Brigitte me preguntó:

—¿Por qué vas a hacer la compra tan a menudo? ¿Y por qué no la haces durante el día, cuando están vacías las tiendas, en vez de ir a última hora cuando están atestadas de gente? ¿Es para tener algo que contar, como hacen los viejos? —Y luego siguió preguntándome—: ¿Por eso vas a almorzar al Nordsee y a los grandes almacenes? Antes, cuando tenías un poco de tiempo, cocinabas.

Un par de días antes de Navidad no conseguí subir la escalera de mi casa. Era como si me hubieran colocado un hierro que me atenazase el pecho; el brazo izquierdo me dolía, y tenía la cabeza extrañamente lúcida y embotada al mismo tiempo. Me senté en un escalón del primer descansillo y allí me quedé hasta que llegaron el señor y la señora Weiland y me ayudaron a llegar al ático en el que están nuestros apartamentos, uno frente al otro. Me tumbé en la cama y me dormí. Me pasé durmiendo el día siguiente y el otro, e incluso la Nochebuena. Cuando Brigitte, enfadada primero y preocupada después, fue a verme el día de Navidad, conseguí levantarme, comí el asado de cerdo que me había traído y me bebí un vaso de vino tinto. Pero seguí sintiéndome cansado durante varias semanas, incapaz de hacer el menor esfuerzo sin ponerme a sudar y quedarme sin aliento.

—Eso ha sido un infarto, Gerd, y no uno pequeño, sino mediano. Tendrías que haber ido a la UCI.

Mi amigo Philipp, cirujano del Hospital Municipal, movió la cabeza de un lado a otro cuando se lo comenté más tarde.

—Con los problemas del corazón no se juega. Si no les haces caso, puedes irte al otro barrio.

Me envió a un colega suyo, internista, que quería meterme un tubo desde la ingle hasta el corazón. ¡Un tubo desde la ingle hasta el corazón! Rehusé amablemente.

OceanofPDF.com

4. UN SOCIO SECRETO

La señora que me atiende y asesora en el Badischer Beamtenbank conocía el apellido Welker y el banco de la Schlossplatz de Schwetzingen.

—Sí, Weller & Welker. Es el banco privado más antiguo del Palatinado. En las décadas de los setenta y los ochenta tuvo que luchar mucho para sobrevivir, pero lo consiguió. No estará pensando en sernos infiel, ¿verdad?

Llamé por teléfono y me pasaron con él.

—Ah, señor Selb. ¡Qué bien que ha llamado! A mí me iría bien hoy o mañana; lo mejor sería... —Sus palabras quedaron sofocadas unos instantes al tapar el teléfono con la mano—. ¿Puede venir hoy, a las dos?

La carretera estaba seca. La nieve de los bordes se había ido ensuciando; había caído de los árboles y se había ido derritiendo en los surcos de los sembrados. Bajo un cielo gris plomizo y opresor las señales de tráfico, las líneas de la carretera, las casas y las verjas aguardaban la primavera y la limpieza general que esa época trae consigo.

El banco Weller & Welker sólo tenía una plaquita pequeña de latón oxidado para identificarlo. Toqué un timbre, también de latón, y la puerta, empotrada en un portón grande, se abrió. A la izquierda del recinto empedrado y abovedado que servía de entrada, tres escalones conducían a otra puerta que se abrió mientras se cerraba la primera. Subí, entré y fue como si me transportaran a otra época. Las ventanillas de atención al público eran de madera oscura con barrotes de madera a la altura del pecho y de la cabeza y con incrustaciones de marquetería en madera clara a los lados: una rueda dentada, dos martillos cruzados, una rueda alada, un almirez con su mano, una boca de cañón. El banco para sentarse, que estaba al otro lado de la sala, era de la misma madera oscura y tenía, colocados encima, cojines de seda verde. Las paredes estaban tapizadas con una tela

tornasolada verde oscuro y el techo también estaba ricamente decorado con madera oscura.

Reinaba el silencio. No se oía crujido de billetes, ni tintineo de monedas, ni voces apagadas. Detrás de las ventanillas no vi ni a los hombres con bigote, pelo engominado y lápiz detrás de la oreja, manguitos o ligas en el antebrazo que habrían encajado con aquella decoración, ni a sus descendientes modernos. Me acerqué a una ventanilla, vi polvo en los barrotes y quise echar un vistazo dentro, pero entonces se abrió la puerta que estaba frente a la de la entrada.

En el umbral estaba el conductor.

—Señor Selb, yo...

No logró acabar la frase. Welker pasó rápidamente a su lado y se dirigió hacia mí.

—Me alegro de que haya podido venir. La última visita acaba de marcharse; así que, venga por aquí.

Detrás de la puerta arrancaba una escalera estrecha y empinada. Yo seguí a Welker y el conductor me siguió a mí. La escalera acababa en un espacio grande, dedicado a oficina, con paneles de separación, máquinas de escribir, ordenadores y teléfonos. Había varios hombres jóvenes con traje oscuro y rostros serios y alguna que otra mujer joven. Welker y el conductor me escoltaron, a paso rápido, mientras cruzábamos la estancia, de camino al despacho del jefe, cuyas ventanas daban a la Schlossplatz. Se me indicó cortésmente que me sentara en un sofá de cuero; Welker se sentó en una de las butacas y el conductor, en la otra.

Welker estiró el brazo con un gesto explicativo y obsequioso.

—Gregor Samarin es miembro de mi familia. Le gusta conducir más que a mí y lo hace mejor. —Vio el asombro reflejado en mi rostro e insistió —: Sí, le gusta conducir y lo hace bien; por eso le conoció usted el otro día al volante. Pero ése no es su cometido. Su cometido consiste en ocuparse de todos los asuntos prácticos —dirigió una mirada a Samarin como queriendo estar seguro de su aprobación.

Éste asintió lentamente. Rondaría los cincuenta años y tenía la cabeza voluminosa, la frente levemente huidiza, los ojos saltones de color azul

pálido, y el pelo claro y bastante corto. Estaba sentado con las piernas separadas y en una actitud arrogante.

Welker no prosiguió la conversación de inmediato. Al principio pensé que estaría reflexionando sobre lo que me iba a decir; pero luego me pregunté si su silencio no encerraría un mensaje. Pero ¿cuál? ¿O acaso lo que pretendía era darme la oportunidad de asimilarlo todo: el entorno, a Gregor Samarin y a él mismo? Al saludarme y pedirme que entrara en su despacho y me sentara en el sofá había sido, naturalmente, muy atento y cortés y me resultaba fácil imaginármelo como un anfitrión distinguido o desenvolviéndose entre diplomáticos o personas del mundo universitario. ¿Era su silencio una cuestión de estilo, de vieja escuela o de buena familia? Tenía aspecto de ser de buena familia: facciones claras, sensibles, inteligentes; postura erguida, movimientos medidos. Al mismo tiempo, tenía un aire melancólico y, aunque, al saludar o sonreír, se le animaba el rostro unos instantes, enseguida lo velaba una sombra que lo oscurecía. No era sólo la sombra de la melancolía. Descubrí alrededor de su boca un trazo de enojo, de disgusto, una desilusión, como si el destino le hubiese negado un capricho que le había prometido.

—Dentro de poco vamos a celebrar nuestro bicentenario, un gran acontecimiento para el que mi padre desea que escriba la historia de nuestra empresa. Desde hace algún tiempo, cuando los negocios me lo permiten, trabajo en ello y, como mi abuelo llevó a cabo investigaciones históricas y dejó notas, el trabajo no me resulta difícil, salvo en un punto.

Vaciló, se retiró las ondas de la frente, se recostó en su butaca y lanzó una breve mirada a Samarin, que continuaba sentado e inmóvil.

—En 1873 se hundieron las bolsas de Viena y Berlín. La depresión duró hasta 1880; tiempo suficiente para que los banqueros privados tuviesen los días contados. Comenzó la época de los bancos con accionistas y de las cajas de ahorros. Algunos banqueros privados, que habían logrado sobrevivir a la depresión, transformaron sus instituciones en sociedades anónimas; otros se fusionaron y otros se dieron por vencidos. Nuestra empresa se mantuvo.

Volvió a vacilar, pero eso ya no me impacienta. Antes sí me hubiera impacientado: odio que la gente no vaya al grano.

—Nuestra empresa no se mantuvo sólo porque mi bisabuelo y mi tatarabuelo fuesen buenos administradores, al igual que los viejos Weller. Desde finales de la década de 1870 tuvimos un socio secreto que, hasta la Primera Guerra Mundial, aportó medio millón aproximadamente. A usted puede no parecerle mucho, pero entonces era una cantidad muy importante. Y la verdad es que no puedo escribir la historia de nuestra empresa sin hablar de ese socio secreto; pero... —en esa ocasión vaciló para producir un efecto dramático— no sé quién era. Mi padre no sabe su nombre, el abuelo no le cita en sus notas y yo tampoco lo he encontrado en los documentos.

—Un socio realmente secreto.

Welker se rió y, durante unos segundos, adquirió un tinte juvenil y picaresco.

—Estaría bien que usted lo sacara a la luz.

—¿Quiere usted que...?

—Quiero que averigüe de quién se trata: su nombre, fecha de nacimiento y muerte, qué profesión tenía y a qué familia pertenecía. Si tuvo hijos y si, algún día, se me podría presentar un descendiente a reclamar su parte del negocio.

—¿Su aportación no se saldó?

Negó con la cabeza.

—En las notas del abuelo no se hace ninguna mención a partir de 1918. Ni sobre nuevas aportaciones ni sobre liquidaciones o pagos. De algún modo se saldaría y, en realidad, no cuento con que, de pronto, aparezca un descendiente que exija su parte. Quien en 1918 tenía un dineral en nuestras cajas habrá tenido desde entonces ocasiones suficientes para venir a buscarlo.

—¿Y por qué no contrata a un historiador? Probablemente habrá cientos que acaben la carrera cada año, que no encuentren trabajo y que estarían encantados de poder buscar a socios desaparecidos.

—Ya lo he intentado con estudiantes y con profesores de historia jubilados. El resultado ha sido desalentador. Al final sabía menos que antes. No —dijo sacudiendo la cabeza—, lo voy a intentar con usted, sabiendo lo que hago. En cierto modo, los historiadores y los detectives hacen lo

mismo: encontrar verdades ocultas, aunque siguiendo procedimientos diferentes. Tal vez se obtenga más con su método que con el de los historiadores. Tómese un par de días; mire y escuche por ahí, pruebe por una vía u otra. Si no se llega a ningún resultado, pues no se llega. —Cogió un talonario y la pluma de la mesa, y utilizó las rodillas como apoyo—. ¿Qué cantidad he de entregarle como anticipo?

Que mirara y escuchara durante unos días... Si quería pagar por eso, pues ¡adelante!

—Dos mil. Cobro cien por hora, más los gastos. Cuando termine, le haré una factura detallada.

Me entregó el cheque y se puso de pie.

—Espero tener pronto noticias tuyas. Y, si en vez de llamar por teléfono, se pasa por aquí, me alegraré de verle. Yo estoy aquí todo el día.

Samarin me acompañó. Bajamos las escaleras y atravesamos la sala de las ventanillas. Cuando llegamos a la entrada, me agarró del brazo.

—La esposa del señor Welker murió el año pasado y desde entonces trabaja como un loco. No debería haberse hecho cargo, además, de la historia de la banca. Llámeme a mí, si necesita alguna cosa o ha conseguido algo. Le ahorraré con mucho gusto todo el trabajo que pueda. —Su mirada era conminatoria.

—¿Qué relación hay entre los apellidos Welker, Weller y Samarin?

—Querrá usted decir ¿qué relación hay entre el de Samarin y los de Weller y Welker? Pues, ninguna. Mi madre era rusa, fue traductora durante la guerra y murió al nacer yo. Me crié con los Welker, que me adoptaron. —Seguía habiendo un punto de exigencia en su mirada. ¿Esperaba que yo le confirmase que me dirigiría a él y no a Welker?

Me despedí. La puerta no tenía picaporte, pero a su lado había un botón; lo apreté, la puerta se abrió y me permitió salir, cerrándose a mis espaldas con un ruido de beso sonoro. Miré la plaza desierta y me sentí contento de tener un trabajo y un cheque en el bolsillo.

5. EL TÚNEL DE SAN GOTARDO Y EL TREN DE LOS ANDES

En la biblioteca de la Universidad de Mannheim encontré una historia de la banca alemana: tres gruesos volúmenes de textos, cifras y gráficos. Los pedí prestados, me los llevé y me senté en mi oficina a leerlos. Fuera zumbaba el tráfico, caía la tarde y oscurecía. El turco de al lado, que vende periódicos, cigarrillos y toda clase de chucherías, cerró su tienda, me vio sentado a mi mesa con la lámpara encendida, llamó a la puerta y me dio las buenas noches. No me fui a casa hasta que me empezaron a doler los ojos, y ya estaba de nuevo sobre los libros antes de que el turco abriera su tienda y los niños, sus primeros clientes, le compraran chicles y gominolas con forma de ositos de camino al colegio. Por la tarde, ya había acabado.

Nunca me había interesado por la banca, ni falta que me hacía. Lo que gano va a la cuenta corriente y lo que necesito sacar para la vida diaria sale de ahí, al igual que las cuotas del seguro médico, las de asistencia sanitaria y las del seguro de vida. A veces, durante un período de tiempo, entra más dinero del que sale. Entonces me compro unas cuantas acciones de la Rheinische Chemiewerke y las mantengo en depósito. Allí se quedan incólumes a las subidas y bajadas de su cotización.

En realidad, la banca y su historia son cualquier cosa menos aburridas. En los tres volúmenes encontré alguna mención a la banca Weller & Welker. Había surgido a finales del siglo XVIII, cuando el suabo Weller, comisionista y transportista en Stuttgart, y el badense Welker, banquero de un primo del príncipe elector, se asociaron y comenzaron su actividad con operaciones financieras y cambiarias, para dedicarse también poco después al negocio de las obligaciones y los títulos de deuda pública.

Era un banco demasiado pequeño como para desempeñar un papel de relieve en proyectos importantes, pero lo bastante sólido y de renombre como para que los grandes bancos lo invitaran a participar en algunas empresas como, por ejemplo, en la creación de la Rheinische Chemiewerke, en la emisión de deuda municipal de Mannheim de 1868, que sirvió para la construcción del ferrocarril de Mannheim a Karlsruhe y en la financiación del túnel de San Gotardo. A Weller & Welker les fue especialmente bien con sus negocios en Iberoamérica, que abarcaron desde los títulos de deuda pública brasileños y colombianos hasta la participación en el ferrocarril de Veracruz a México y en el tren de los Andes.

Es una historia que merece la pena leer, al igual que la de otros bancos privados como Bethmann, Oppenheim y Rothschild, que no sólo tienen su historia sino que han hecho historia. El autor lamentaba no poder escribir más extensamente sobre la banca privada. Los bancos guardaban celosamente sus archivos permitiendo su consulta, a lo sumo, a aquellos investigadores a los que encargaban que escribieran algo para fiestas conmemorativas y aniversarios. Rara vez entregaban toda su documentación a los archivos públicos; en realidad, sólo en el caso de que se produjera una liquidación o una donación.

Cogí un paquete de Sweet Afton del archivador donde guardo los cigarrillos, porque de esa manera, si quiero fumar, tengo que levantarme, ir hasta allí y abrirlo, en vez de limitarme a sacar el cigarrillo del paquete. Brigitte confía en que así fume menos. Encendí uno. Welker sólo me había hablado de documentos y no de un archivo de la empresa. ¿Habría liquidado Weller & Welker su archivo y habría hecho entrega de su contenido? Llamé al archivo estatal de Karlsruhe. El funcionario encargado de la sección de Industria y Economía aún estaba trabajando. Me dijo que no, que el contenido del archivo de la banca Weller & Welker no estaba allí; que tampoco estaba en ningún otro archivo público; que no sabría decirme a ciencia cierta si el banco tenía archivo; que la recogida y clasificación de datos sobre los archivos de la banca privada todavía no se había completado. Pero que aún estaba por ver el día en que un banco privado...

—Y no estamos hablando de un banco cualquiera. Pronto hará doscientos años que Weller y Welker se asociaron. Cofinanciaron el túnel

de San Gotardo y el tren de los Andes —le dije, presumiendo un poco de mis conocimientos recién adquiridos. ¡Para que luego digan que presumir no sirve de nada!

—Ah, se trata de *ese* banco. ¿No financió también la construcción del ferrocarril de Michelstadt a Eberbach? Espere un momento. —Oí cómo dejaba el auricular, corría una silla y abría y cerraba un cajón—. En Schwetzingen hay un tal señor Schuler que tiene algo que ver con el archivo del banco. Está investigando la historia de los ferrocarriles de Baden y nos ha mareado bastante con sus consultas.

—¿Y tiene usted la dirección de ese tal Schuler?

—A mano, no. Tiene que estar con la correspondencia. Pero, de todos modos, no sé si puedo... Quiero decir que son datos personales, ¿no? Y ese tipo de datos están protegidos, ¿no? ¿Para qué quiere su dirección, si me permite la pregunta?

Pero, para entonces, yo ya tenía la guía delante, la había abierto por los abonados de Schwetzingen y había encontrado a un tal Adolf Schuler, profesor jubilado. Le di las gracias y colgué.

6. NO SOY TONTO

Adolf Schuler, profesor jubilado, habitaba una casita detrás del parque del palacio, apenas mayor que las casetas de aperos de los jardines vecinos. Tras buscar en vano un timbre y golpear a la puerta sin resultado, fui chapoteando en la nieve derretida del jardín, rodeando la casa, hasta dar con la puerta de la cocina, que estaba abierta. Lo encontré sentado junto al hogar, tomando cucharadas directamente de una olla y leyendo un libro. Tenía la mesa y el suelo, la nevera y la lavadora, el aparador y los armarios abarrotados de libros, clasificadores, vajilla sucia, latas y botellas, llenas y vacías, pan con moho, fruta podrida y ropa sucia. El ambiente despedía un olor agrio y mohoso, una mezcla entre la pestilencia de un sótano y la de la comida podrida. El propio Schuler también apestaba; tenía un aliento fétido y de su chándal, salpicado de manchas, emanaba un olor a sudor rancio. Llevaba puesta una gorra orlada de sudor, a la manera en que las llevan los estadounidenses, unas gafas metálicas sobre la nariz y en su rostro arrugado había tal cantidad de manchas de vejez que parecía como si su piel fuese de un color oscuro.

No protestó por mi repentina aparición en su cocina. Me presenté haciéndome pasar por un funcionario jubilado de Mannheim que, al fin, podía dedicarse a la historia del ferrocarril, tema que siempre le había interesado. Al principio refunfuñó, pero luego se fue mostrando más amable al percibir la alegría que me causaban sus profundos conocimientos. Los desplegó gustoso. Me llevó por la madriguera que era aquella casa, atestada de libros y papeles, de una cueva a otra, de galería en galería, para buscar un libro por aquí, un expediente por allá, e ir enseñándomelos. Al cabo de un rato pareció que o bien no se percataba o bien no le molestaba que no

siguiera haciéndole preguntas sobre la participación de la banca Weller & Welker en la construcción del ferrocarril de Baden.

Me habló de la brasileña Estefanía Cardozo, doncella de la corte de Pedro II, con la que se había casado el viejo Weller, en 1834, durante un viaje que efectuó a Centroamérica y Sudamérica; de su hijo, que en su juventud se largó al Brasil, donde fundó su propio negocio, y no regresó a Schwetzingen, con su esposa brasileña, hasta después de la muerte del viejo Weller para compartir la dirección del banco con el joven Welker. Me habló de la fiesta del centenario, que se había celebrado en el parque del palacio, a la que había asistido el Gran Duque y en la que un teniente badense de la familia Welker y un teniente prusiano del entorno del Gran Duque se enzarzaron en una disputa tal que se retaron y, a la mañana siguiente, se batieron en duelo y, para regocijo de Schuler, que era de Baden, el prusiano mordió el polvo. También me habló de un Welker que, en el verano de 1914, a la edad de dieciséis años, se enamoró de la joven Weller, que tenía quince, y como no le dejaron casarse con ella, al estallar la guerra se alistó voluntario y buscó y halló la muerte durante una estúpida e intrépida carga de la caballería.

—¿Con dieciséis años?

—¿Para qué se es demasiado joven a los dieciséis años? ¿Para morir? ¿Para ir a la guerra? ¿Para el amor? La joven Weller tenía sangre portuguesa y sangre india por su madre y por su abuela y a los quince años era ya una mujer capaz de dejar a un hombre con los ojos en blanco y hacerle perder el sentido.

Me condujo hasta una pared llena de fotografías, una al lado de la otra, y me mostró la de una joven de grandes ojos oscuros, labios gruesos, abundante cabellera ondulada y una expresión triste y altanera. Sí, era de una hermosura irresistible, y lo seguía siendo de vieja, tal como se veía en la fotografía siguiente.

—Pues, para casarse, los padres los encontraron demasiado jóvenes.

—No fue por una cuestión de edad. Las dos familias habían acordado que no se permitirían los matrimonios entre sus hijos. No querían que los dos socios pudieran ser cuñados o primos y que, al posible conflicto de intereses del negocio, se añadiera el familiar. Por supuesto que los jóvenes

podrían haber huido juntos a riesgo de ser desheredados, pero no tuvieron suficiente coraje para hacerlo. Sin embargo, eso no ha constituido un problema ahora, en el caso del último Welker. Bertram es hijo único y Stephanie también lo era y sus padres se sintieron felices de que el capital permaneciera unido. Y ya no hay mucho más que contar.

—¿Ella ha muerto?

—Sí, el año pasado. Se despeñó en una excursión que hicieron ambos a las montañas. Nunca encontraron el cadáver. —Calló y yo también callé. Él sabía lo que yo estaba pensando—. Hubo una investigación policial, como ocurre siempre en estos casos, y él quedó libre de sospecha. Habían pasado la noche en una cabaña y, antes de que él se despertara, ella salió para ir a un glaciar al que él no quería ir. ¿No lo leyó en los periódicos? No hablaban de otra cosa en aquellos días.

—¿Y tienen hijos?

—Dos, un chico y una chica —asintió—. Desde entonces están en un internado en Suiza.

Yo también asentí. Pues sí, la vida es dura. Él suspiró y yo también emití una exclamación de lástima. Luego se fue a la cocina arrastrando los pies, tomó una lata de cerveza de la nevera y un vaso sucio de la mesa, limpió el vaso con la manga del chándal, abrió la lata trabajosamente con sus dedos artríticos, y echó en el vaso la mitad de su contenido. Alargó la mano izquierda con el vaso, pero yo cogí la lata y dije:

—¡Salud!

—¡Salud! —me contestó, chocamos vaso y lata y bebimos.

—¿Es usted el archivero de la banca Weller & Welker?

—¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—El empleado del archivo regional habla de usted como si fuesen colegas.

—Bueno —dijo, soltando un eructo—, no se puede decir que seamos colegas exactamente y tampoco que se trate de un auténtico archivo. Al viejo Welker le interesaba la historia y me pidió que ordenase los documentos antiguos. Nos conocíamos desde el colegio y éramos amigos, el viejo Welker y yo. Me vendió la casa prácticamente por dos perras, y yo le di clase a su hijo y a sus nietos, y siempre que pudimos echarnos una

mano, lo hicimos. Tenía el sótano lleno de cosas viejas y el altillo también; y nadie sabía lo que había allí ni había forma de encontrar nada. Bueno, tampoco es que nadie se hubiera puesto a hacer nada con todo aquello.

—¿Y usted?

—¿Que qué he hecho yo con aquello? Cuando el viejo Welker hizo la reforma del viejo almacén puso luz, ventilación y calefacción en el sótano. Allí están todas las cosas antiguas y yo sigo examinándolas y ordenándolas. Así que, puede que sí sea yo el archivero.

—Y cada año recibe más cosas viejas... Me suena a trabajo de Sísifo.

—Mmm. —Fue a la nevera, trajo dos cervezas, me pasó una y, luego, me miró a los ojos—. He sido profesor y durante toda mi vida he escuchado las mentiras de los alumnos, las mentiras torpes y las ingeniosas, sus disculpas, sus excusas y sus pretextos. Yo cada vez voy más cuesta abajo; mi sobrina no para de decírmelo y yo también me doy cuenta. He perdido el olfato, ¿sabe? No huelo ni lo bueno ni lo malo; ni las flores ni los perfumes; ni cuando se quema la comida, al guisarla, ni cuando se quema la ropa, al plancharla, y tampoco si yo mismo huelo mal. Pero —se quitó la gorra y se pasó la mano por la calva— no soy tonto. ¿No va a decirme quién es usted en realidad y qué es lo que pretende?

OceanofPDF.com

7. UNA C, UNA LO UNA Z

Un profesor sigue siendo siempre un profesor, y frente a un buen profesor seguimos siendo alumnos, por más viejos que seamos. Le dije quién era y qué pretendía. Tal vez se lo dijera también debido a nuestra edad; cuanto más viejo me hago, más rápidamente doy por supuesto que los que son de mi edad están de mi parte. Y quería saber qué tenía que decirme acerca de aquel asunto.

—El socio secreto... Ésa es una vieja historia. Bertram tiene razón: su parte era, más o menos, de medio millón, una cantidad casi tan elevada como la de las dos familias, lo cual impidió que tuviesen que declararse en bancarrota. No sabemos su nombre, y los Weller y los Welker a los que he sobrevivido y que ya han muerto tampoco lo conocían. No es que no sepamos nada acerca de él. Sabemos que sus cartas venían de Estrasburgo, o sea que debía de vivir allí, y que era jurista; puede que fuera síndico, abogado o catedrático. Cuando, en la década de 1880, aparecieron las sociedades mancomunadas y Weller y Welker empezaron a interesarse por su funcionamiento, fue él quien les explicó cómo se constituían y lo que significaban desde un punto de vista jurídico. En 1887 estuvo pensando en trasladarse a Heidelberg; hay una carta en la que pide información sobre casas y viviendas. Pero, en vez de firmas legibles, lo único que tenemos es una inicial, que puede ser una C, una L o una Z, y está por saber si esa inicial es la del nombre o la del apellido, porque con Weller y con Welker se tuteaba, pero por aquel entonces también se podía tutear a alguien al que uno se dirigía por el apellido.

—Pero en aquel entonces no podía haber tantos juristas en Estrasburgo. ¿Cien, doscientos...? ¿Qué cree usted?

—Digamos que en ese período de tiempo del que estamos hablando podrían ser unos seiscientos en total. Con iniciales que nos sirvan serían, como mucho, unos cien y se puede eliminar a la mitad porque no vivieron allí todo ese tiempo. Seguir las huellas de los cincuenta restantes es un trabajo laborioso, pero factible. El viejo Welker pensaba que no merecía la pena, y yo, también. Que Bertram no pueda escribir la historia del banco sin el nombre del socio secreto es una tontería. ¿Y por qué no se ha dirigido a mí para eso sino a usted? —dijo poniéndose furioso de pronto—. ¿Por qué nadie se dirige a mí? Estoy en el sótano y nadie me dice nada. ¿Acaso soy un topo, una rata o una cochinilla?

—Es usted un tejón. Mire su guarida: cuevas, galerías, entradas y salidas; está enterrado bajo una montaña de libros y documentos.

—Un tejón... —dijo dándose una palmada en el muslo—. ¡Un tejón! Venga, le enseñaré mi otra guarida.

Se precipitó hacia el jardín, hizo una señal de indiferencia cuando le indiqué que la puerta de la cocina se quedaba abierta, levantó la puerta del garaje y puso el coche en marcha. Era un BMW Isetta, un modelo de los años cincuenta en el que las ruedas delanteras están más separadas que las traseras; la parte de delante es, al mismo tiempo, la puerta de entrada, que se abre con el volante incorporado, y para conducirlo no se necesita el permiso de conducir coches sino simplemente el de motos. Me senté a su lado y salimos traqueteando.

El viejo almacén no estaba lejos de la Schlossplatz. Era una construcción alargada, de dos plantas, en la que se habían hecho oficinas y apartamentos y en la que ya no podía adivinarse a qué se había destinado en otros tiempos. En el siglo XVIII, cuando todavía eran comisionistas y transportistas, los Weller tuvieron allí su centro de negocios para la región del Palatinado, con su despacho, sus establos, su desván y su sótano de dos plantas. En el sótano inferior, Schuler había almacenado las cajas de cartón con los documentos aún sin revisar y, en el superior, los ya examinados cubrían las estanterías de las paredes. Allí también se respiraba un olor agrio y mohoso y, al mismo tiempo, inundaba el aire el agradable olor de la cola con la que Schuler pegaba las carpetas de los documentos. En el recinto entraba la luz del día. La pradera que se extendía delante estaba a un

nivel tan bajo que había espacio suficiente para una gran ventana. Allí trabajaba Schuler y allí me invitó a sentarme junto a su mesa. La abundancia de documentos me produjo la sensación de un desbarajuste total. Pero Schuler sabía exactamente dónde estaba cada uno de ellos; los encontraba sin titubear; desataba un legajo tras otro y extendía sus hallazgos ante mí.

—¡Señor Schuler!

—Mire, esto es...

—¡Señor Schuler!

Dejó de mirar los documentos.

—No tiene que demostrarme que lo que me ha contado es cierto. Le creo.

—¿Y por qué no me cree él? ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Por qué no me ha preguntado nada? —Volvió a enfurecerse, agitando manos y brazos, y difundiendo por el aire oleadas de sudor.

Intenté calmarlo.

—El banco estaba en crisis, Welker había perdido a su mujer y tenía que separarse de sus hijos... No puede usted esperar que, con todo eso, tuviera ganas de ponerse a ver documentos y archivos. A mí me encargó que buscara al socio secreto sólo porque se encontró conmigo de una manera casual.

—¿Usted cree? —me preguntó en un tono, al mismo tiempo, dubitativo y esperanzado.

Asentí con la cabeza.

—Todo eso no debe de ser fácil para él. No me ha dado la impresión de que sea una persona especialmente fuerte.

Schuler se puso a recordar.

—Sí, los niños tardíos son más delicados y, como se han hecho esperar, se les consiente tanto que aún se vuelven más débiles. Cuando nació Bertram, en 1958, sus padres ya pasaban de los cuarenta. Era un chico encantador, inteligente, un poquito soñador y bastante mimado. Un niño del milagro económico; usted ya sabe a qué me refiero. Pero tiene razón; no debe de serle fácil estar sin Stephanie y sin los niños, y sólo hace unos años

que sus padres murieron en un accidente de coche. —Sacudió la cabeza—. Uno tiene todo cuanto puede desear y de pronto...

OceanofPDF.com

8. ¡MUJERES!

Por la noche preparé polenta y medallones de carne de cerdo con salsa de anchoas y aceitunas para Brigitte y Manu. Estábamos sentados a la mesa grande que tengo en la cocina.

—Un hombre tiene una mujer, dos niños y, en común con su mujer, mucho dinero. Un día, el hombre y su mujer se van de excursión a la montaña. Él regresa solo.

—La ha matado él —dijo Manu, frotándose la garganta con un dedo. Nunca ha sido demasiado melindroso y, desde que le cambió la voz, aún menos. A Brigitte, eso le preocupa y, como madre soltera que es, espera que yo la ayude proporcionándole al chico un modelo masculino sensible y fuerte a la vez.

Nos lanzó una mirada severa.

—Podría tratarse de un trágico accidente. ¿Por qué pensáis inmediatamente en...?

—¿Por qué no has hecho espaguetis? Esa cosa amarilla no me gusta.

—Sí, podría tratarse de un accidente, pero supongamos que efectivamente la ha matado. ¿Por dinero?

—Tenía una amante.

—¿Una qué? —Habíamos subestimado la riqueza de vocabulario de Manu.

—Pues, una mujer con la que follaba.

—Hoy en día no es necesario matar a tu mujer porque tengas una amante. Te divorcias y, luego, te casas con tu amante.

—Pero, entonces, pierdes la mitad del dinero. Gerd ha dicho que tenían mucho dinero los dos juntos. Y, además, ¿por qué hay que casarse con la amante?

—Por cierto, la polenta está exquisita, y la carne y la salsa, también. Nos has preparado la cena y has traído el Merlot que me gusta. Eres un sol —levantó la copa—, pero vosotros los hombres sois tontos. ¿Qué volvió solo, has dicho?

Asentí con la cabeza.

—Exactamente, y su cadáver nunca se encontró.

—Pues, claro; porque no está muerta. Tenía un amante con el que se largó. Y a su marido, que nunca se ocupó de ella, le está muy bien empleado.

—Ya, mamá, ¡qué guay! Pero no corras tanto. Si todos la dan por muerta, ¿cómo va a recuperar su dinero?

Me tocaba a mí.

—Ella no piensa en eso. Aunque su amante no sea más que profesor de tenis o de golf, es el amor de su vida y el amor vale más que todas las riquezas de este mundo.

Brigitte me miraba con compasión, como si yo fuera el más tonto de todos los tontos.

—El hombre y la mujer no sólo tenían dinero en común, también dirigían una empresa. Y, aunque me cueste decirlo, la mujer era más lista y, sin que él se diera cuenta, se llevó su dinero y lo depositó en Costa Rica. Ahora vive allí con su amante que, por cierto, es un joven pintor, y como no puede estar inactiva, ha vuelto a meterse en otro negocio y está ganando un dineral con la venta de trufas de chocolate a los costarricenses.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar en Costa Rica?

—Astrid estuvo allí con Dirk y los dos quedaron encantados. ¿Por qué no podemos hacer nosotros un viaje así? Manu y yo hablamos portugués y lo único que a ellos les fastidió fue que sólo sabían inglés y parecían unos gringos estúpidos.

—¿Mamá?

—Dime, Manu.

—¿Y qué pasa con los hijos? Si la mujer se va a Costa Rica con su amante... ¿se olvida de sus hijos, sin más ni más?

Manu estuvo varios años en Brasil con su padre. Brigitte nunca ha hablado con él de por qué estuvo de acuerdo con que su padre se lo llevara

a Brasil, y él nunca le ha dicho cómo se sintió ni cómo se siente. En ese momento sus ojos oscuros la miraban de un modo impenetrable.

Ella también le miró y, luego, bajó la mirada al plato. Cuando las lágrimas empezaron a caer sobre la polenta dijo «¡Mierda!», cogió la servilleta de su regazo, la puso junto al plato, echó la silla hacia atrás, se levantó y salió de la cocina. Manu la siguió con la mirada. Un poco después también él se levantó y salió. Desde la puerta se volvió hacia mí, se encogió de hombros y con una sonrisa irónica dijo: «¡Mujeres!».

Más tarde, después de que Manu y Turbo se quedaran dormidos frente al televisor y nosotros les tapáramos con una manta y nos fuéramos a la cama, estábamos tumbados uno al lado del otro, sumido cada uno en sus pensamientos. ¿Por qué me había contratado Welker? ¿Sería porque había matado a su mujer por el dinero y ahora temía que un descendiente del socio secreto se lo disputara? ¿Su temor era más serio de lo que me había confesado? Pero ¿por qué no había enviado a Schuler a buscar al socio secreto o por qué no me había enviado a mí a hablar con Schuler? No podía imaginarme que se hubiese olvidado, simplemente, de Schuler y del archivo. Tampoco podía imaginarme que aquel asunto tuviese algo que ver con la historia del banco. Y el que hubiera matado a su mujer... Eso tampoco tenía sentido. Uno no mata a su mujer para contratar luego a un detective privado que, como es archisabido, es un curioso y un desconfiado; un fisgón. Entonces pensé en la conversación que habíamos tenido durante la cena y me eché a reír.

—¿Qué pasa?

—Que eres una mujer maravillosa.

—¿Te vas a casar conmigo?

—¿Yo, con lo viejo que soy?

—Ven aquí, viejo —dijo dándose la vuelta hacia mí, y yo me sentí a gusto, y estar entre sus brazos fue como si hubiera unas olas grandes y, luego, unas olas pequeñas y, luego, un mar tranquilo.

Cuando se hubo hecho un ovillo, abrazándose a mí para dormir, noté sus lágrimas.

—Manu y tú conseguiréis resolver vuestros problemas.

—Ya lo sé —dijo en un susurro—. ¿Y tú, con tu caso?

Decidí no ir a ver a mi viejo amigo el comisario Nægelsbach, no informarme sobre la muerte de la señora Welker, no seguir el rastro del padre del que me había hablado Welker y que, puesto que su propio padre había muerto, tenía que ser su suegro, y no averiguar cómo se había recuperado el banco ni cómo se mantenía. Dejaría todo aquello y, como corresponde a un detective privado competente, informaría a mi cliente del estado de mis pesquisas y le preguntaría si quería que investigara el rastro de Estrasburgo.

—Yo también conseguiré resolverlo.

Pero, para entonces, ella ya se había dormido.

OceanofPDF.com

9. UN PROCESO INTERMINABLE

En un principio no me irritó la imposibilidad de ponerme en comunicación con Welker. En varias ocasiones me contestaron amablemente al teléfono diciendo que no podía ponerse y me preguntaron si quería hablar con el señor Samarin. Al día siguiente, por la mañana, la amable voz femenina me informó de que el señor director no estaría en el banco en todo el día y me pidió que lo intentara al día siguiente. Pero me dijo también que podía pasarme con el señor Samarin. Al día siguiente, me volvió a hacer el mismo ofrecimiento, tras decirme que, lamentablemente, el señor director permanecería fuera más tiempo del previsto y que todavía tardaría en regresar.

—¿Cuándo estará de vuelta?

—No sabría decirle. Quizás lo sepa el señor Samarin. Un momento.

—Hola, ¿qué tal, señor Selb? ¿Cómo van sus pesquisas? —A pesar de que su acento era perceptiblemente más acusado por teléfono, no pude determinar de dónde procedía.

—Progresando. ¿Cuándo vuelve su jefe?

—Le esperábamos ayer y contamos con él hoy. Pero no puedo descartar la posibilidad de que sea mañana. Lo mejor será que llame usted la semana que viene. ¿Puedo ayudarle yo?

Más tarde recibí una llamada de Schuler, furioso e indignado.

—¿Qué le ha dicho usted sobre mí a Bertram?

—Ni una sola palabra. Ni siquiera le he...

—¿Y por qué no me ha dejado verle ese mangoneante de Gregor Samarin? También he sido profesor suyo y él ha sido alumno mío, aunque fuese un terco. ¿Por qué me dice con tono de desprecio que está al corriente de todo y que no me necesita, y que Bertram tampoco me necesita?

—El señor Welker está ausente por unos días. ¿Por qué...?

—¡No diga tonterías! Justamente cuando yo llegaba, entraban con el coche los dos, Bertram y Gregor. No sé si Bertram me ha reconocido. Creo que no, porque él no me habría dejado ahí plantado.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace un rato.

Pero, cuando volví a llamar al banco, me dijeron que el señor director seguía de viaje. Entonces quise saber qué estaba pasando y me fui con el coche hasta Schwetzingen. Brillaba el sol; la nieve había desaparecido por completo; en los jardines florecían las campanillas, y olía a primavera. Por la Schlossplatz de Schwetzingen ya se veían los primeros paseantes; los muchachos llevaban los jerséis descuidadamente colgados sobre los hombros y las camisetas de las chicas dejaban los ombligos al aire. Los cafés habían sacado algunas mesitas en las que se podía aguantar con el abrigo puesto.

Me quedé sentado allí fuera hasta que el sol se puso y empezó a hacer frío. Fumé y me tomé un té, un Earl Grey, porque le va bien al Sweet Afton. Veía quién entraba en el banco y quién salía, la actividad de la gran sala destinada a oficina de la primera planta, y a los empleados que se levantaban y se sentaban, iban y venían. En el despacho de Welker los estores de lamas metálicas estaban cerrados y no permitían distinguir nada del interior. Pero, cuando me levanté para entrar a sentarme a la mesa que había junto a la ventana, descorrieron los estores; Welker abrió la ventana, puso las manos sobre el alféizar y miró la plaza. Me apresuré a entrar, vi cómo miraba, meneaba la cabeza y, al cabo de un rato, cerraba la ventana. Los estores volvieron a cerrarse y se encendió la luz.

El movimiento de clientes era escaso. De los pocos que entraban en el banco, la mayoría lo hacía en coche; llegaban hasta el portón, que se abría para permitirles entrar y, pasada una media hora, volvían a salir. A las cinco salieron del banco cuatro mujeres jóvenes; a las siete, tres hombres jóvenes. La luz del despacho de Welker se mantuvo encendida hasta las nueve y media. Yo había estado preguntándome si conseguiría llegar a mi coche lo bastante deprisa como para poder seguirle. Pero allí seguí, en la plaza, esperando en vano que se abriera el portón y que Welker saliera en el coche

o a pie por la puerta empotrada en el portón. El banco estaba a oscuras. Pasado un rato, crucé tranquilamente la plaza y di la vuelta a la manzana. No encontré ningún otro acceso al banco. Pero desde un patio vecino, que estaba abierto, se veía el tejado del banco; tenía una construcción en la parte posterior, y las ventanas y la puerta del balcón estaban iluminadas. Conseguí distinguir algunas paredes en las que colgaban cuadros y noté que las cortinas eran de tela. No eran otros despachos; era una vivienda.

No volví a casa directamente. Llamé a Babs, una vieja amiga, profesora de francés y de alemán, que nunca se acuesta antes de medianoche.

—Sí, claro que puedes pasarte todavía.

Estaba corrigiendo redacciones, con la segunda botella de vino tinto al lado y un cenicero lleno de colillas. Le conté el caso que estaba investigando y le pedí que, a la mañana siguiente, llamara a una agencia de detectives de Estrasburgo y les pidiera que buscasen juristas que hubiesen vivido allí entre 1885 y 1918, y cuyo nombre o apellido comenzase por L, C o Z. Yo no hablo francés.

—¿A qué agencia de detectives?

—Te lo diré mañana temprano. Trabajé con ellos a principios de los cincuenta; espero que siga existiendo.

—¿Y cómo te las arreglaste entonces con el francés?

—Mi colega de allí hablaba alemán. Pero entonces ya era bastante mayor; seguro que ya no vive. Un joven de Baden-Baden había acabado en la Legión Extranjera, al parecer contra su voluntad, y logramos dar con él. No lo pudimos sacar de allí, porque para eso hubiéramos tenido que remover cielo y tierra, embajadores y obispos. A pesar de todo, estuvimos dándole vueltas a cómo podríamos intentarlo. Imagínate, la operación de un comando franco-alemán pocos años después de terminada la guerra.

Babs se rió.

—¿Añoras los viejos tiempos, cuando eras joven y fuerte y todo era posible?

—Todo era posible... Durante la guerra, ya no todo era posible, y después de la guerra, ya no lo fue en absoluto. ¿O te refieres a si me preocupa envejecer? Pues sí, aunque ya puede decirse que soy viejo. Antes creía que un día uno empezaba a envejecer y que, unos años más tarde, se

terminaba de envejecer y ya se era viejo. Pero no es así. Envejecer es un proceso interminable; no se acaba nunca.

—Yo espero ansiosa el día de mi jubilación. Enseñar ya no me gusta. Los niños van a lo suyo; pasan por el colegio, luego hacen la formación profesional y nada les afecta, ni un libro, ni una idea ni un amor; todo les resbala. Ya no me gustan.

—¿Y los tuyos?

—Naturalmente que a mis hijos los quiero. Y cuando Röschen dejó de teñirse el pelo de verde y se lo dejó crecer, me puse contenta. Y me parece maravilloso que haya terminado el bachillerato con unas notas brillantes y que haya conseguido una beca de la Fundación para el Estudio del Pueblo Alemán y que se haya ido un año a la London School of Economics, después de hacer el segundo semestre de Empresariales. ¿Sabes que ahora, siendo estudiante, gana más que yo, que llevo no sé cuántos años de profesora?

Moví la cabeza con incredulidad.

—Tiene una empresita de esas de recaudación de fondos, que marcha muy bien y, como en lo de la recaudación de fondos todo depende de saber cuándo es el cumpleaños de cada cual, cuándo celebra cada empresa su aniversario, qué intereses tiene cada donante potencial y qué tipo de vida han llevado sus antepasados, Röschen ha organizado un importante banco de datos, que no cesa de aumentar, con ayuda de algunos estudiantes, a los que paga lo mínimo. Hace poco me preguntó: «Mamá, ¿crees que podría formar a estudiantes de Filología Germánica de la Europa del Este? Reduciría a la mitad mis costes salariales».

—Y tú, ¿qué le dijiste?

—Que me parecía genial y que si no había pensado en instalarles allí los ordenadores y que, en vez de pagarles un sueldo, ellos le pagaran los ordenadores haciéndole el trabajo. Ordenadores viejos, claro, de los que aquí ya no quiere nadie; total, allí no necesitan ordenadores modernos.

—¿Y qué dijo?

—Pues la propuesta le pareció fantástica. Pero, ahora que caigo en la cuenta, ¿no querías mandar a Estrasburgo a mi hijo mayor? En realidad, más que de un trabajo de detective, se trata de un trabajo de historiador y,

después de haber pasado tres semestres en Dijon, habla francés mejor que yo. Ya tiene aprobado el examen, pero no empieza a desempeñar el puesto de magistrado de trabajo hasta mayo, así que tiene tiempo libre.

—¿Sigue viviendo en Jungbusch?

—Sí. Llámale.

OceanofPDF.com

10. PARA MORIRSE DE RISA

Al día siguiente no intenté dar con Welker en absoluto. En vez de eso, empecé a averiguar qué pesquisas se habían hecho sobre él.

—Naturalmente que tenemos un expediente. Los suizos nos enviaron su informe y nosotros también estuvimos metiendo las narices por acá y por allá. Espere. —Por lo general, el comisario Nägelsbach refunfuñaba más antes de dejarme echar una ojeada a sus expedientes—. ¿No hay nada que le haya llamado la atención? —preguntó después de haber buscado el expediente y haberse vuelto a sentar detrás de su escritorio.

Le miré y, luego, miré a mi alrededor. Bajo la ventana había un montón de cajas de cartón plegadas.

—¿Se muda de oficina?

—Me voy a casa. Estoy recogiendo mis cosas, las que me pertenecen y me llevo de aquí. Lo dejo.

Yo moví la cabeza, incrédulo.

Él se rió.

—Sí, sí. En abril cumpliré los sesenta y dos y, cuando salió lo de que uno podía jubilarse a los sesenta y dos, le tuve que prometer a mi mujer que, cuando los cumpliera, lo dejaría. La semana que viene me tomo las vacaciones que me quedan. Tenga. —Empujó el expediente hacia mí sobre la mesa.

Me puse a leer. Bertram y Stephanie Welker fueron vistos juntos por última vez la mañana en que subieron al refugio que hay en la parte alta del glaciar Roseg. Al día siguiente, por la tarde, él llegó solo al refugio de más abajo, el de Coaz. Por la mañana se había encontrado una nota en la que su mujer le decía que iba a atravesar el glaciar y que se podían encontrar a las once a la mitad del camino que él quería tomar para rodearlo. Se había

puesto en marcha inmediatamente. Al principio, la había esperado en el lugar indicado; luego, se había aventurado por el glaciar y la había estado buscando y, al final, había bajado todo lo deprisa que había podido al refugio que había más abajo y que tenía guarda, para avisar al equipo de rescate. La búsqueda duró varias semanas.

—¿Le parece posible que no se encuentre un cadáver en un glaciar?

—¿En un glaciar? ¡Dentro de un glaciar! Debió de caer en una de las numerosas grietas que hay y, como no se sabía qué ruta había tomado, no se pudo hacer una búsqueda precisa, como se hace en otros casos.

—Es una imagen escalofriante, ¿verdad? La mujer queda tendida sobre el hielo, con todo el esplendor de su juventud, y un día lejano, puede que la encuentren y entonces su ya anciano marido, con un pie casi en la tumba, irá a identificarla.

—Mi mujer también dijo eso y me comentó que en una novela hay una historia parecida. Pero eso no suele ocurrir tan deprisa. Piense en el hombre de la Edad de Piedra encontrado en el valle de Ötz; piense en los soldados de Aníbal; en los emperadores alemanes, en Suvarov; en los monjes benedictinos y en los primeros alpinistas británicos. Todos ellos llevan mucho tiempo en los glaciares; más que la señora Welker.

No conocía yo a mi viejo amigo de aquella guisa. Debí de mirarle con gesto de asombro.

—¿Quiere usted saber si yo creo que él la mató? Que tuviera una nota suya no significa nada; no tenía fecha y podía ser una nota antigua. Que estuviese completamente destrozado cuando llegó al refugio de abajo, tampoco significa nada. Tendría que haber sido un monstruo para no perder los nervios después de haber matado a su mujer. Pero lo que habla en su favor es el hecho de que un glaciar cercano a St. Moritz no es un lugar solitario ni siquiera a una hora tan temprana. Empujar a tu esposa a una grieta del glaciar sin que te vea nadie es algo tan seguro como lanzarla desde un puente a la autopista.

—Cuando hay tanto dinero en juego...

—... se corren riesgos mayores, ya lo sé. Pero, desde que adquirieron la Cooperativa Sorbia de Banca, los dos hicieron dinero más que suficiente.

—¿Desde que hicieron qué?

—Tras la reunificación, la banca Weller & Welker adquirió la Cooperativa Sorbia, un banco de la Alemania del Este, con sede central en Cottbus y filiales en los alrededores. Esa compra ha sido un éxito. Cada una de las inversiones que hace cuenta con miles de apoyos financieros que van desde Berlín hasta Bruselas.

—Mayores riesgos se corren cuando el amor o el odio...

—No; a pesar de haber buscado a lo largo y a lo ancho, no le encontramos ninguna querida a él ni ningún amante a ella. Los dos estaban enamorados desde niños y eran un matrimonio feliz. ¿Ha visto alguna fotografía de ella? Una belleza morena, con fuego en la mirada. Claro que también se mata a mujeres hermosas, o precisamente a ellas, pero no lo hacen sus amantes y felices maridos.

—Brigitte opina que, simplemente, se largó.

—Mi mujer también pensó en eso —dijo, y soltó una carcajada—. Es la expresión de un profundo anhelo femenino. Sí, podría haberse largado.

Yo esperaba que me dijera si la policía había rastreado aquella posibilidad, a qué conclusiones había llegado y si a él esa posibilidad le parecía plausible, pero como no decía nada, hablé yo.

—Puede estar en cualquier sitio. No sería la manera más fina de abandonarle, pero, en último término, ninguna manera de abandonar a alguien resulta muy fina.

Conozco a Nägelsbach desde que empezó de ordenanza en la fiscalía de Heidelberg. Es un funcionario tranquilo, serio y discreto. Su *hobby* consiste en hacer construcciones con cerillas: desde la catedral de Colonia hasta la cárcel de Bruchsal, pasando por el palacio de Neuschwanstein. Siempre que lo veo está alegre y se ríe de buena gana con un buen chiste. El humor negro, la sátira y el sarcasmo le son ajenos.

—¿Qué le ocurre?

Apartó su mirada de la mía y se puso a mirar por la ventana. Los árboles aún estaban desnudos, pero los brotes de las hojas ya estaban a punto de abrirse. Levantó las manos y las dejó caer de nuevo.

—En mi despedida me van a conceder la cruz federal al mérito.

—Mi más cordial enhorabuena.

—¿Cordial enhorabuena? Al principio yo también estaba contento, pero... —respiró profundamente— tenemos un jefe nuevo. Joven, enérgico, eficiente. Naturalmente, no nos conoce como nos conocía el otro. Pero tampoco le interesamos. Viene y me dice: «Señor Nägelsbach, el día de su despedida le van a conceder la cruz federal al mérito y necesitamos un par de páginas sobre el porqué. Yo no le conozco, pero usted se conoce a sí mismo... Así que escriba por qué merece llevar esa cintita en el ojal». ¡Imagínese!

—Así son los jefes jóvenes de hoy en día.

—Le dije que yo eso no lo iba a hacer y me contestó que era una orden.

—¿Y qué pasó luego?

—Luego se rió y se fue.

—O sea que lo de que era una orden no era más que un chiste malo.

—Todo esto no es más que un chiste malo: las cruces federales al mérito, las órdenes, los años que he pasado aquí sentado, los casos en los que he trabajado... Todo es para morir de risa. Sólo que me he dado cuenta demasiado tarde. Si me hubiera dado cuenta antes, me podría haber divertido más.

—¿No lo hemos sabido siempre?

—¿El qué? —Se sentía herido y estaba a la defensiva.

—Que en la vida podríamos habernos divertido más.

—Pero... —No acabó la frase. Volvió a mirar los árboles, luego, la mesa y después, a mí. Frunció la boca esbozando una sonrisa—. Sí, tal vez lo haya sabido siempre. —Echó la silla para atrás y se puso de pie—. Tengo que ir para allá. ¿Se ha anotado la dirección del viejo Weller? El Augustinum de Emmertsgrund. Los padres de Welker murieron. Por cierto, que el viejo no tiene Alzheimer. A veces hace como si lo tuviera, cuando no le gusta una pregunta.

11. DINERO FÁCIL

Emmertsgrund queda más arriba de Leimen am Hang. Los bonitos apartamentos del Augustinum dan al oeste y la vista se extiende sobre la llanura del Rin, igual que las bonitas habitaciones de la clínica del Speyerer Hof. Al pie de la montaña hay una fábrica de cemento que echa un polvillo fino y claro.

El viejo Weller y yo estábamos junto a la ventana. Había amueblado las dos habitaciones de su apartamento con sus propios muebles, cuya historia me contó antes de sentarnos. También me había hablado de sus vecinos, que no le caían bien; de la comida, que no le gustaba, y de las actividades organizadas, que iban desde los grupos de baile hasta la pintura sobre seda, y que no le interesaban. A causa de su mala vista ya no podía conducir; tenía que estar anclado en el Augustinum y se sentía solo. No creo que se tragase que yo recolectaba fondos para la Unión Alemana para los Cementerios de Guerra. Pero estaba tan solo que le daba igual quién fuese yo. Y, además, los dos habíamos sido heridos en la campaña de Polonia.

Yo me inventé un hijo, una nuera y un nieto, y él me habló de su familia y de la muerte de su hija.

—¿Y no vienen su yerno y sus nietos a visitarle?

—Desde que Stephanie murió, él ya no viene. Yo no le he hecho ningún reproche, pero él tiene mala conciencia. Y mis nietos están en un internado en Suiza.

—¿Y por qué tiene él mala conciencia?

—Tendría que haberse preocupado de ella y haber dejado a un lado ese disparate del banco de la zona oriental. —Mientras había estado hablándome de sus condiciones de vida, su tono de voz había sido

lastimero, pero en ese momento sonaba decidido y comprendí cuánta autoridad debió de haber irradiado en su juventud.

—Yo creía que nuestros bancos se estaban forrando en los nuevos estados federales.

—Mire, joven —era un hombre de mi edad y se dirigía a mí llamándome «joven»—, usted no procede del negocio de la banca y no entiende nada de eso. Nuestro banco subsistió porque se hizo más pequeño, no más grande. Administramos capitales, asesoramos a inversores, tenemos fondos, y los gestionamos a nivel internacional. Los pocos clientes de Schwetzingen que aún mantienen cuentas con nosotros ya no encajan en ese esquema, en realidad. Los mantenemos por sentimentalismo. Y los clientes de la Cooperativa Sorbia de Banca tampoco encajan en el esquema, aunque sean muchos y grano a grano se haga granero.

—¿Y su yerno no piensa lo mismo?

—Ése... —Soltó una risa breve y desdeñosa—. No sé lo que ve ni si ve algo. Es un chico listo, pero el banco no es lo suyo y nunca lo ha sido. Estudió medicina y Welker debería haberle dejado que fuese médico, en vez de forzarle a entrar en el negocio de la banca porque era la tradición familiar. ¡La tradición familiar! Como si lo que ahora se hace tuviese algo que ver con la tradición familiar... Ahora, lo único que importa es hacer dinero rápido, nuevos amigos, nuevo personal. Ya no sé si sigue existiendo el negocio de fondos y depósitos que Welker y yo levantamos. Hasta ahí hemos llegado: ya no lo sé.

Cuando iba a irme me enseñó una foto de su hija. No era la belleza exuberante que yo me había imaginado por la descripción de Nägelsbach y por el retrato de su tía abuela, que había visto en casa de Schuler. Tenía el rostro delgado, pelo negro liso, labios severos y, aunque bien es cierto que tenía fuego en la mirada, también se reflejaba en ella una inteligencia despierta.

—Estudió derecho y trabajaba en el banco. Había heredado todo ese sexto sentido que nuestra familia ha desarrollado para las finanzas. Si aún siguiera viva, el banco iría de otro modo. —Sacó la cartera del bolsillo y me dio cincuenta marcos—. Para los cementerios de guerra.

De camino a casa pasé por Schwetzingen. El camarero del café me saludó como si fuera un cliente habitual. Eran las tres y media, hora de tomarse un chocolate con bizcocho y, al ser viernes, hora también de salida del banco Weller & Welker. A las cuatro salieron las cuatro jóvenes del banco. Se quedaron un momento juntas y luego se despidieron; dos de ellas se fueron por el Schlossgraben y las otras dos se dirigieron a la estación. A las cuatro y media salieron los tres jóvenes y se fueron por el Schlossgraben, pero en sentido contrario. Dejé un billete de veinte marcos sobre la mesa, hice una seña al camarero y los seguí. Fueron caminando un buen trecho: pasaron junto al recinto ferial y bajo las vías del ferrocarril hasta llegar a un barrio con almacenes de cables, instalaciones de lavado de coches, naves de materiales de construcción y de bebidas. Allí entraron en un hotel de siete plantas y pude ver que en la recepción les entregaban las llaves de sus habitaciones.

En mi oficina parpadeaba la luz del contestador del teléfono. Mensaje de Georg, que había oído el mío y quería pasar por mi casa; que si me iba bien el sábado o el domingo. Mensaje de Brigitte diciendo que le apetecía ir al cine el sábado por la tarde. La tercera llamada era de Schuler. «Siento haber sido tan brusco antes por teléfono. Entretanto he hablado con Bertram y Gregor y ya sé que usted no dijo nada negativo sobre mí. Simplemente es que Bertram está hasta arriba de trabajo, pero me ha dicho que se pasará hoy a última hora por mi casa. ¿No quiere usted también pasar por mi casa otra vez? ¿Qué tal la semana que viene? ¿Qué tal le va el lunes? —Se rió, pero no era una risa alegre—. Este viejo tejón todavía está vivito y coleando. Y ha cazado un ganso».

12. HASTA LOS BORDES

Durante el fin de semana, la primavera nos aseguró que había venido en serio, que se iba a quedar y no se iba a dejar ahuyentar ni por hielos ni por nieves. En el Luisenpark había tumbonas en las praderas y yo dormía envuelto en una manta, como si el mundo estuviera a salvo y mi corazón, sano. Cuando Brigitte y yo salimos del cine, la luna llena brillaba sobre calles y plazas. En la explanada unos punkis jugaban al fútbol con una lata de cerveza. Los vagabundos que estaban delante del Ayuntamiento hacían circular la botella de vino tinto y bajo las pérgolas de la Rosaleda, las parejas de enamorados se hacían carantoñas.

—Me alegra que se acerque el verano —dijo Brigitte rodeándome con su brazo.

Con Georg comí el domingo a mediodía en el Kleiner Rosengarten. Estaba dispuesto a ir a Estrasburgo a buscar al socio secreto en viejas guías de calles y de teléfonos, documentos del colegio de abogados y del de notarios, y catálogos de conferencias impartidas, y quería irse para allá aquel mismo lunes. Le nombré ayudante de detective y pedí champán, pero él sólo quiso cerveza sin alcohol.

—Bebes demasiado, tío Gerd.

Por la tarde, me encontraba de nuevo sentado en mi oficina leyendo la historia de la banca. A la Cooperativa Sorbia de Banca también se le dedicaba un capítulo. Era un caso único. Las cooperativas de banca surgieron, en realidad, como instituciones de autoayuda de grupos gremiales. Con los bancos populares, Schulze-Delitzsch pretendió convertir en cooperativistas a los artesanos, y Raiffeisen, a los agricultores. Hans Kleiner, natural de Cottbus y fundador en 1868 de la Cooperativa de Banca, quiso aprovechar el concepto de las cooperativas para que la minoría eslava

de los sorbios cobrase mayor fuerza. Su madre era sorbia, llevaba el traje típico sorbio, le contaba al pequeño Hans cuentos sorbios y le enseñaba canciones sorbias, y eso hizo que él convirtiera la cuestión sorbia en la tarea de su vida. Mientras vivió, el banco sólo contó con clientes sorbios. Tras su muerte se abrió también a otra clientela, se expandió, prosperó y sobrevivió a la inflación y a la crisis económica mundial. Y, después, se acabó: a los nazis no les importaba el asunto sorbio y transformaron aquella institución en un banco popular normal y corriente.

Saber cuándo y cómo se recuperó la Cooperativa Sorbia de Banca de aquel revés podía esperar hasta el día siguiente. La banca Weller & Welker lo había adquirido, lo cual quería decir que se había recuperado y había tenido un final feliz. Durante el regreso a casa, ya de noche, el concepto de cooperativa me pareció algo tan convincente que, de pronto, los habituales esfuerzos de bancos y banqueros por conseguir más y más dinero me resultaron extraños. ¿Por qué esa acumulación de dinero? ¿Sería porque el afán coleccionista de los niños ya no puede contentarse, cuando se hacen adultos, con las chapas, las canicas y los sellos, y ha de satisfacerse por ello con el dinero?

A la mañana siguiente, nuevamente estaba sentado a mi mesa de la oficina antes de que los niños fueran de camino al colegio. El panadero de unos pocos portales más allá había abierto ya y ante mí humeaba una taza de café junto a un *croissant*. Ya no quedaba mucho de la historia de la Cooperativa Sorbia de Banca. Mientras que los bancos populares tuvieron que cerrar por orden de los soviéticos, las oficinas de la Cooperativa Sorbia de Cottbus y sus alrededores continuaron con su actividad. De ella ya no quedaba más que el nombre; la institución había entrado de lleno en el sistema de las cajas de ahorros nacionalizadas. Pero el nombre lo siguió conservando. El respeto por el pueblo eslavo de los sorbios, pueblo hermano del victorioso pueblo soviético, impidió su supresión. Y el nombre llevaba emparejada suficiente independencia como para que el Instituto Fiduciario, que se encargó de las entidades financieras de la Alemania del Este después de la caída del Muro, pudiera disponer libremente de la Cooperativa Sorbia de Banca y, finalmente, se la vendiera a Weller & Welker.

Eran las nueve. El tráfico mañanero de la Augustaanlage se había calmado. Oía pasar a algunos niños que, por algún motivo, iban al colegio más tarde. Luego oí cómo un coche se paraba junto al bordillo y se quedaba con el motor encendido. Pasado un rato, aquel ruido, un penetrante runrún y un traqueteo, me empezó a irritar. Me levanté y me puse a mirar por la ventana.

Era el Isetta verde de Schuler. Tenía la puerta abierta y no había nadie en su interior. Salí a la calle. Schuler estaba en la entrada de la casa contigua leyendo los nombres que figuraban junto a los timbres. «¡Señor Schuler!», le llamé y él se dio la vuelta y movió la mano. La movió como si quisiera que retrocediese y que volviera a mi oficina. Yo no entendía nada y, a pesar de que me hacía muecas como si me estuviese gritando algo, tampoco oía lo que me decía. Con pasos titubeantes se dirigió hacia mí, sin dejar de hacer gestos con la mano derecha, mientras se apretaba la izquierda contra el vientre. Me di cuenta de que llevaba agarrada el asa de un maletín negro que, al caminar, le iba golpeando las piernas. Di unos pasos hacia él y se me echó encima; noté su mal olor, oí que susurraba «fuera» y «aquí»; me pasó el maletín y yo lo cogí. Con la mano con la que me había dado el maletín se apoyó en mí, se enderezó, se fue hacia el coche, se subió, cerró la puerta y arrancó.

Trazó una larga línea diagonal desde el bordillo hasta el carril de la derecha y desde éste al carril de la izquierda; se fue contra los bolardos que delimitan la zona verde del centro de la Augustaanlage, rozó uno, rozó el siguiente, rozó el semáforo que hay antes de la confluencia con la Mollstrasse, aceleró sin prestar atención a que el semáforo se había puesto en rojo ni a los coches que, justo en ese momento, arrancaban en la Mollstrasse, ni a los niños que, justo en ese momento, iban a atravesar la Augustaanlage. Al principio pareció que iba a chocar con el semáforo o con el árbol del extremo de la zona verde que hay tras la Mollstrasse. Pero dio contra el bordillo, sorteó el semáforo y se golpeó ligeramente contra un árbol. De todos modos, bordillo y árbol bastaron para que el Isetta se ladease y volcara. Fue deslizándose ladeado sobre el césped y acabó estrellándose contra otro árbol.

El impacto sonó fuerte y, en ese mismo instante, chirriaron los frenos en el carril contrario, que había estado a punto de invadir, se pusieron a sonar las bocinas de los coches cuya prioridad no había respetado, y el niño, cuyos pies había estado a punto de atropellar, empezó a gritar. Aquello se convirtió en un infierno. Mi vecino, el turco, que había salido de su tienda a todo correr, me quitó el maletín de la mano y me dijo: «Vaya a ver qué ha pasado. Yo llamo a la policía y a la ambulancia». Eché a correr, pero ya no soy tan rápido y, cuando llegué, los curiosos ya se amontonaban alrededor del Isetta. Me abrí paso. El árbol había aplastado la puerta y se había incrustado entre el suelo y el techo. Desde arriba miré hacia el interior a través de la ventanilla; todo estaba lleno de cristales y de sangre; la chapa de la puerta, que se había aplastado, aprisionaba a Schuler contra su asiento y el volante se le había incrustado en la caja torácica. Estaba muerto.

Después llegó la policía y la ambulancia y, como no se podía desempotrar el Isetta del árbol, también acudieron los bomberos. La policía no tomó ninguna medida para interrogarme como testigo, así que yo tampoco tomé la iniciativa de presentarme como tal. Volví a mi oficina, que había dejado abierta. Desde lejos vi que, en ese momento, alguien salía de ella. No se me ocurría qué podía haber ido a buscar allí ni qué habría estado buscando. No faltaba nada. La tienda de mi vecino turco estaba viviendo un pequeño auge; los curiosos miraban los trabajos que se estaban llevando a cabo para quitar de allí el Isetta de Schuler, hacían comentarios de expertos y compraban barritas de chocolate, leche y cereales.

Hasta que no hubo pasado todo y volvió la calma, no pensé en el maletín de Schuler. Entonces lo fui a buscar a la tienda de al lado, lo coloqué sobre el escritorio y me quedé mirándolo. Era un maletín de imitación de piel, de color negro mate, que tenía un cierre dorado con combinación de seguridad: un horrible maletín normal y corriente. Eché mano a la botella de sambuca y a la lata de café del escritorio, me serví una copa y le añadí tres granos de café. Encontré un paquete de Sweet Afton en el archivador, prendí el sambuca y el cigarrillo, y me quedé mirando las llamas azuladas y el humo, también azulado.

Me puse a pensar en Schuler. Me hubiese gustado volver a oírle contar historias: por qué habían llegado a tirarse de los pelos el teniente Welker y

el prusiano; qué había sido de la joven Weller, después de que su amor hubiera ido en busca de la muerte, casi como Romeo (sólo que en este caso las familias no eran enemigas sino demasiado amigas); cuándo se habían enamorado Bertram y Stephanie. Apagué las llamas de un soplo y bebí. Hubiese deseado que, antes de morir, Schuler hubiera podido recobrar el gusto y el olfato.

Luego abrí el maletín. Estaba lleno de dinero hasta los bordes: de billetes usados de cincuenta y de cien marcos.

OceanofPDF.com

13. PERSEGUIDO

No. No se me ocurrió pensar en meter los billetes en la maleta, junto con un par de camisas y jerséis, el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar; ir hasta el aeropuerto de Frankfurt y tomar un vuelo para Buenos Aires; o para las Maldivas, las Azores o las Hébridas. Mi vida en Mannheim ya me parece bastante complicada. ¿Cómo me podría ir a otro lugar en el que ni siquiera hablase la lengua local?

Tampoco busqué un escondite para el dinero. Sometido a tortura, lo habría entregado sin más. Bajé la persianilla de mi archivador, apilé en un compartimento los escasos documentos antiguos, saqué las baldas de los otros compartimentos e hice sitio para el maletín. Luego volví a subir la persianilla.

Tampoco conté el dinero. Había muchísimo. Suficiente como para dar a alguien un susto de muerte. Al pensar en mi encuentro con Schuler en la acera, en su forma de andar, sus gestos con la mano, sus muecas y su manera de hablar, me pareció que le habían dado un susto de muerte.

El tono de voz de Nägelsbach al teléfono no sonaba más alegre que cuando fui a verle.

—Entonces, ¿qué? ¿Accidente o asesinato? Ya sabe que, en función de lo que sea, es competencia de un departamento u otro.

—Yo sólo quiero saber cuándo van a llevar a Schuler al Anatómico-Forense.

—¿Por qué entonces llamará usted a su amigo del Hospital Municipal, quien, a su vez, llamará al Anatómico-Forense? Y, entonces, ¿qué le quedará por hacer a usted? Por lo que a mí respecta..., el martes..., mi mujer..., yo... Bueno, que mañana es mi último día de trabajo y por la tarde

tendremos una pequeña fiestecita de despedida en casa y nos encantaría que viniera; con su amiga, claro. ¿Vendrá?

Sonaba como si temiese que nadie fuera a acudir a la fiesta. A mí siempre me había dado la impresión de que él y su mujer no necesitaban amigos, que se bastaban el uno al otro y, por eso, les envidiaba a veces. Se sentaban en el estudio, él construía el palacio de justicia de Munich con cerillas, ella leía *El proceso* de Kafka en voz alta y, antes de irse a la cama, se bebían una copita de vino. ¿Funcionan las simbiosis matrimoniales sólo hasta la jubilación?

Cuando iba conduciendo de camino a Schwetzingen observé que me seguían. Ya mientras iba desde la oficina hacia el coche, que había dejado a la vuelta de la esquina, había tenido la sensación de que alguien me seguía. Pero, al darme la vuelta, no había visto a nadie, y las sensaciones pueden ser engañosas, aunque Brigitte opine que siempre reflejan la verdad y que sólo los pensamientos mienten. En la autopista no había mucho movimiento. El Fiesta de color *beige*, que llevaba viendo por el retrovisor desde el cruce de Mannheim, me adelantó cuando me detuve en el arcén, a la altura de Pfingstberg, siguió su marcha y desapareció tras la siguiente curva. Pero cuando también yo volví a ponerme en marcha, pasé la siguiente curva, adelanté a un camión y miré por el espejo retrovisor, volvía a estar detrás de mí. Repetí el juegucito unos cientos de metros antes de la salida de Schwetzingen. Cuando me adelantó, me pegué a él hasta que tomó la salida; yo seguí recto y salí precipitadamente de la autopista, dando tumbos por el terraplén, unos kilómetros más allá de Brühl, para ir a parar a un camino vecinal.

No me sorprendió que hubiera un coche de policía frente a la casa de Schuler. Frente al viejo almacén no había ninguno. Llamé al timbre, entré en el edificio, pero no logré abrir la puerta que daba al archivo. Cuando me fui de allí, el Ford Fiesta volvía a estar en mi espejo retrovisor.

Estaba harto. Estaba harto de un mundo en el que se podía dar un susto de muerte, sin más ni más, a un viejo inofensivo y maloliente, a un bendito sepultado entre legajos. Un mundo inundado de billetes usados de cien y de cincuenta marcos. Un mundo en el que alguien se paseaba por mi oficina y me seguía en un Ford Fiesta de color *beige* sin que yo supiera quién era ni

qué quería. Un mundo en el que yo no sabía a qué atenerme respecto al trabajo que me habían encargado; trabajo que no me interesaba y que, en realidad, tampoco podía interesarle a mi cliente. Lo que, en cambio, sí me interesaba era el propio cliente, la muerte de su mujer y la de su archivero. Pero que yo estuviera interesado por aquello no tenía para mi cliente, por supuesto, el menor interés. Pero ¿qué era, entonces, lo que le interesaba a él? ¿Por qué me había pedido algo que, en realidad, no podía interesarle?

Por el mensaje que me encontré en el contestador parecía que Welker me hubiese leído el pensamiento: «Buenos días, señor Selb. ¿Podría pasarse mañana por aquí? Hace tiempo que no sé nada de usted y me gustaría saber cómo van sus pesquisas y en qué punto nos encontramos. El asunto empieza a apremiar y... —Entonces Welker tapaba el micrófono y en la línea se oía un sonido como el de aquella concha de la playa de Timmendorf en la que mi madre me hizo escuchar el mar, cuando yo era pequeño, y entremezclados unos retazos de palabras que no logré entender. Luego se oía la voz de Samarin—. Sabemos que el señor Schuler fue a verle y que le dejó un dinero. Tiene que ayudarnos a que su buen nombre no se vea empañado por haber cometido una estupidez. El dinero ha de volver al banco. Así que hasta mañana a las tres».

También estaba harto del juego que se llevaban entre manos Welker y Samarin. No llamé ni al uno ni al otro. Decidí llamar a Georg, a Estrasburgo, a la mañana siguiente y preguntarle si ya había obtenido algún resultado. También decidí telefonear a Nägelsbach en su último día en la dirección de la policía. Al final, se me había olvidado que un Ford Fiesta me había estado siguiendo.

14. CON LAS MANOS VACÍAS

Pero el conductor del Fiesta no me había olvidado. A la mañana siguiente, a las ocho y media, estaba en la puerta de mi apartamento tocando el timbre. Tocó varias veces. Más tarde me explicó que él era una persona especialmente respetuosa; que había tocado el timbre varias veces, aunque podría haber abierto la puerta con toda facilidad. El cierre era de chiste.

Estaba en la puerta como un vendedor ambulante, con la expresión a un tiempo desafiante y esperanzada, y una actitud acechante. Debía de tener unos cincuenta años; no era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco; tenía las mejillas cubiertas de venitas rotas y el pelo ralo. Llevaba un pantalón negro de fibra, mocasines gris claro, una camisa azul clara con el bolsillo y la botonadura ribeteados de azul marino y un anorak sin cerrar. El anorak era del mismo color *beige* que el Fiesta.

—Así que era usted.

—¿Yo?

—Ayer me estuvo siguiendo.

Asintió.

—La maniobra que hizo en Schwetzingen no estuvo mal. Pero yo sabía adónde quería ir. ¿Se salió de la autopista por las buenas, bajando, por así decirlo, campo a través? —hablaba con un tono de condescendencia altanera—. ¿Y el Mercedes azul? ¿Le siguió campo a través?

No quería que se me notara que no sabía de qué me estaba hablando. Pero me lo notó.

—¡Vaya! Así que ni siquiera se dio usted cuenta. Y a mí no me descubrió hasta ayer.

—Lo mejor sería no descubrirle hoy tampoco. ¿Qué quiere usted?

Pareció ofendido.

—¿Por qué me habla así? No le he hecho nada. Sólo quería...

—¿Qué?

—Usted es... Yo soy...

Aguardé.

—Usted es mi padre.

Soy lento, siempre lo he sido y, con los años, no me vuelvo más rápido. A menudo mis emociones salen a relucir con retraso y hasta el mediodía no caigo en la cuenta de que, por la mañana, alguien me ha ofendido y hasta la noche no me doy cuenta de que, durante el almuerzo, alguien me ha dicho algo agradable de lo que debería haberme alegrado. No tengo hijos, pero ni me reí del hombre que tenía enfrente ni le cerré la puerta en las narices, sino que le invité a pasar al cuarto de estar y a sentarse en un sofá, y yo me senté en el otro.

—¿No me cree usted? —dijo moviendo la cabeza—. No, no me cree. Nosotros no existimos para usted.

—¿Nosotros? ¿Tengo más hijos?

—No debería hacerse el gracioso.

Me contó que con el cambio de régimen en la Alemania del Este, o después de él, había conseguido ver sus papeles y había descubierto que era adoptado y que su verdadera madre era Klara Selb, natural de Berlín.

—¿Qué papeles?

—Mi expediente.

—¿Su expediente?

—Yo trabajaba en el Ministerio de Seguridad Nacional y estoy orgulloso de ello. Hacíamos investigaciones sobre delincuentes importantes y alcanzábamos unos índices de esclarecimiento que ustedes, los del Oeste, no pueden ni soñar. No, no todo era malo en el Este y no permito que se nos difame ni tampoco que se me difame a mí.

Le hice un gesto de asentimiento con la mano.

—¿Cuándo nació usted?

—El 9 de marzo de 1942; cuando ustedes estaban atacando a la Unión Soviética con su Wehrmacht fascista.

Empecé a echar cuentas. El 9 de marzo de 1942 yo estaba en Heidelberg, en un hotel; había dejado atrás la campaña de Polonia, las

heridas y el hospital; había hecho el examen de asesor y había empezado a trabajar en la fiscalía. Como aún no había encontrado casa, Klara vivía con sus padres en Berlín. ¿O se había ido de viaje a Italia, con su amiga Gigi? ¿O se había escondido en cualquier parte y había traído un niño al mundo? A mí me hubiera gustado tener niños, pero no que nacieran el 9 de marzo de 1942: desde mayo hasta agosto de 1941 estuve en Warthegau y no pasé con Klara ni una sola noche.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, pero...

—Ya lo sabía. Sabía que sacudiría la cabeza y diría: lo siento, pero yo no tengo nada que ver con usted. Hablar de que somos hermanos es algo que sí sabéis hacer los del Oeste, pero que seamos hermanos de hecho..., ante eso, sacudís la cabeza y levantáis las manos.

Sacudió la cabeza y levantó las manos, tal como imaginaba que lo hacíamos. Quería parecer sarcástico, pero parecía desalentado.

Yo no debería de haber dicho que lo sentía. No sentía no ser su padre y, además, mis disculpas provocarían otras acusaciones a las que reaccionaría mi reflejo de disculparme. Estaba a punto de pedir disculpas por todos los agravios que el Oeste había cometido con el Este y por los que no había cometido.

—A pesar de todo, no vengo con las manos vacías. Usted no reparó en el Mercedes azul, cuando iba a Schwetzingen, y, presumiblemente, tampoco lo ha visto esta mañana. —Vio el interés reflejado en mi rostro—. Ahora quiere saber más. Y yo también le voy a contar más. El Mercedes llegó cuando el viejo le había entregado el maletín y se subía a su coche. Se detuvo y, tras el desastre, el acompañante del conductor se bajó y miró primero en su oficina y, después, junto al coche del viejo. No hace falta que le diga qué era lo que buscaba.

—¿Y usted sabe quiénes eran esos hombres?

—Sólo sé que el Mercedes tenía matrícula de Berlín. Pero lo voy a averiguar. Sí, a partir de ahora, trabajamos juntos, usted y yo, quiero decir que, como los dos somos del mismo oficio y usted dentro de poco... ya no podrá...

Se quedó en suspenso.

O sea, que el hijo de su padre quería hacerse cargo de mi negocio. No de inmediato, pero sí después de un período de transición, en el que figuraríamos como «Gerhard Selb e hijo. Investigadores privados». No le sugerí «Gerhard Selb y el hijo de Klara Selb». No le aclaré que, tal vez, fuese el hijo de mi difunta esposa, pero en ningún caso hijo mío. No quería entrar en confidencias con él, ni hablar de mi matrimonio, ni darme a conocer, ni comprometer a Klara. Al final, nuestro matrimonio estaba vacío. Pero en aquel entonces, cuando empecé a trabajar en la fiscalía de Heidelberg y Klara estaba a punto de reunirse conmigo, nuestro matrimonio era joven y yo pensaba que estaba lleno de magia y prometía ser feliz y duradero. No me había dejado indiferente el hecho de que hubiera habido alguien con el que Klara hubiese tenido una relación y del que hubiera tenido un hijo. Alguien que no la había querido tanto como para empeñarse en que se separara de mí y se casara con él. ¿O habría caído en el frente? Me vino al recuerdo un oficial amigo, del que Klara hablaba mucho al principio y luego dejó de hablar, y que cayó en el frente de Moscú. Busqué en el rostro de mi interlocutor rasgos de aquel hombre, pero no los encontré.

—¿Cómo se llama usted?

—Karl-Heinz Ulbrich, con guión entre los nombres y sin «t» final en el apellido.

—¿Y dónde vive?

—En el Kolpinghaus de la... la calle se llama R7. ¡Qué locura! Ese nombre se le pone a unos cigarrillos, pero no a una calle. —Sacudió indignado la cabeza.

Renuncié a explicarle el sistema de cuadrícula de Mannheim y tampoco le pregunté si, como viejo comunista, no le daba vergüenza pernoctar en un Kolpinghaus, siendo esos albergues de ideología católica.

Como si todo aquello no fuera ya bastante terrible, en ese momento Turbo regresó de una correría por los tejados, saltó desde el alféizar de la ventana hasta el sofá y, de camino a la cocina, le pasó por encima de los pies a Karl-Heinz Ulbrich. Él dijo «bsss, bsss», miró a Turbo satisfecho y a mí con aire triunfal, como si siempre lo hubiese sabido y, por fin, tuviese la demostración palpable de que en el Oeste los animales son mejores que las personas. Afortunadamente, no dijo nada.

Se puso de pie.

—Ahora será mejor que me vaya. Pero ya volveré.

Sin esperar a que yo me despidiera, se fue por el pasillo hacia la puerta, la abrió y la cerró desde fuera con mucho cuidado.

[***OceanofPDF.com***](http://OceanofPDF.com)

15. SIN CONFESIÓN NO HAY ABSOLUCIÓN

Llamé a Estrasburgo. Pero no di con Georg y, además, tras un día escaso en la ciudad, no tendría mucho de qué informarme. Así que habría de arreglármelas con lo que sabía por Schuler.

Pero el jurista de Estrasburgo, cuyo nombre o apellido empezaba por C, por L o por Z, dejó indiferentes a Welker y a Samarin. Cuando me senté frente a ellos y les hice el informe, en varios momentos me pareció que Samarin se estaba aburriendo y que Welker hacía gala de una paciencia ímproba.

Terminé.

—He emprendido la pista de Estrasburgo y puedo seguirla, pero también puedo abandonarla. ¿Ya no le interesa tanto ese socio secreto?

Welker me aseguró que no había cambiado de idea acerca de la búsqueda del socio secreto.

—Permítame que le extienda otro cheque. Estrasburgo no debe de ser barato.

Sacó el talonario y la pluma del bolsillo interior de la chaqueta y se puso a escribir.

—Señor Selb, parece que Schuler tenía acceso al banco y se llevó un dinero —dijo Samarin inclinándose hacia delante en su sillón y mirándome fijamente—. Le dejó ese dinero a usted y...

—Me trajo un maletín que tengo a buen recaudo. Aún no sé si debo dárselo a sus herederos o a la policía. Todavía no sé quiénes son sus herederos ni por qué murió Schuler.

—Tuvo un accidente de coche.

—Alguien le dio un susto de muerte.

Samarin sacudió la cabeza. Lo hizo lenta y pesadamente, al tiempo que bamboleaba de acá para allá la parte superior del cuerpo.

—Señor Selb —las palabras salieron de su boca como masticadas—, quedarse algo que a uno no le pertenece no está bien.

—Vamos, vamos... —dijo Welker intentando apaciguar los ánimos y mirándonos irritado a Gregor y a mí. Después, me dio el cheque—. Tiene que comprenderlo, señor Selb. El señor Schuler fue hace años nuestro maestro, un buen maestro, y eso es algo que no podemos olvidar. Su muerte nos ha afectado mucho y la sospecha acerca del dinero, también. La verdad es que yo no creo que...

Samarin saltó furioso.

—Tú creerás lo que...

—¿Lo que tú digas?

Durante unos instantes Welker nos miró a Samarin y a mí con aire triunfal. Samarin se puso tan furioso que, al levantarse, a punto estuvo de volcar el pesado sillón. Pero se dominó. Despacio y con tono amenazador me dijo:

—Señor Selb, ya tendrá noticias mías.

Me dirigí a casa de Schuler atravesando el parque del palacio. No entendía en qué había triunfado Welker; ni por qué parecía que el dinero desaparecido le inquietaba mucho menos que a Samarin. Lo que, en realidad, seguía sin cuadrar en el caso de los billetes usados de cien y de cincuenta marcos, tanto si Schuler los había cogido como si no, era que deberían haber puesto más nervioso al jefe que al ayudante, aunque el ayudante fuese el responsable de todas las cuestiones prácticas, además de un arrogante y un colérico. ¿O acaso estaban jugando conmigo a una variante del juego del poli bueno y el poli malo? Pero, en ese caso, Samarin tendría que haber explotado, en vez de dominarse.

Miré a mi alrededor, pero nadie me seguía, ni mi falso hijo ni ningún Mercedes azul. La mujer que me abrió era la sobrina de Schuler. Había estado llorando y volvió a ponerse a llorar tan pronto como empezó a hablar.

—Apeataba, era un criticón pedante y siempre estaba refunfuñando, pero era una persona tan buena, tan buena... Todo el mundo lo sabía y sus

alumnos le apreciaban y venían a visitarle y él les ayudaba en lo que podía.

Ella misma y su marido también habían sido alumnos suyos. Se habían conocido al coincidir, por casualidad, cuando iban a visitarle.

Estábamos en la cocina. Ella había limpiado y ordenado un poco. Había hecho té y me ofreció una taza.

—Azúcar no hay. Eso, al menos, lo conseguí; pero del alcohol no se le podía decir ni una palabra.

Al recordarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No habría durado mucho más, pero eso no lo hace menos terrible, ¿sabe? No lo hace menos terrible.

—¿Y qué dice la policía?

—¿La policía?

Le conté que su tío había tenido el accidente delante de mi puerta.

—He venido inmediatamente a Schwetzingen para decírselo, pero ya estaba aquí la policía.

—Sí, la policía de Mannheim informó a la de Hiesing y ésta es la que ha venido. Ha sido una casualidad que yo estuviera en la casa. No vengo todos los días; él quiere... Quiero decir que él quería... —Rompió a llorar de nuevo.

—¿Y ha dicho alguna otra cosa la policía o le han preguntado algo?

—No.

—Cuando estuve con él, poco antes del accidente, su tío se encontraba mal; era como si hubiese sufrido un *shock* o como si le hubieran dado un susto horrible.

—¿Y por qué le dejó conducir? —me preguntó mirándome con los ojos empañados y llenos de reproches.

—Todo ocurrió demasiado deprisa. Su tío... se fue casi nada más aparecer.

—Podría haberle retenido, quiero decir que podría... —Buscó un pañuelo y se sonó la nariz—. Discúlpeme; ya sé lo difícil que era cuando algo se le metía en la cabeza. Casi le hago un reproche. No era ésa mi intención.

Entonces su mirada sólo traslucía tristeza, pero era yo mismo quién se hacía los reproches que no me hacía ella. Sí, ¿por qué no le había retenido?

¿Por qué no lo había intentado siquiera? En esa ocasión había sido demasiado lento no sólo con mis emociones.

—Yo... —comencé a decir, pero no supe qué añadir. Me quedé mirándola: su figura encorvada, agarrando el pañuelo con las manos juntas, en actitud resignada, su rostro cálido y confiado. Ni siquiera me había preguntado quién era yo; simplemente, me había tomado por amigo de su tío y compañero de su aflicción. Sentí como si no sólo le hubiera fallado a Schuler, sino también a ella, y busqué la absolución en su rostro. Pero no la hallé. Sin confesión no hay absolución.

OceanofPDF.com

16. NINGUNA CLASE

Cuando Brigitte y yo llegamos a Pfaffengrund, a la fiesta de despedida, Nägelsbach ya traslucía una alegría ebria y desesperada.

—¿Qué tal, señor Selb? Al principio, mis colegas no querían enviar a su amigo al Anatómico-Forense. Pero he hablado con ellos y lo han hecho. A propósito..., ahora tendrá que hacer su trabajo solo, yo ya no podré ayudarle.

Su mujer nos llevó a Brigitte y a mí aparte.

—Su jefe ha preguntado qué le haría ilusión. Temo que aparezca por sorpresa. Si viene, ¿podrían ustedes ocuparse de él? No quisiera que cayera directamente en manos de mi marido.

Llevaba un vestido negro largo. Yo no sabía si era por el duelo de la despedida del trabajo de su marido, porque era bonito y le quedaba bien, o porque quería representar a alguien, a Virginia Woolf, a Juliette Gréco, o a Charlotte Corday camino del patíbulo. A ella le da por hacer cosas así.

Los invitados se agolpaban en el salón y en el comedor, que se comunicaban entre sí por una puerta corredera. Reconocí y saludé a algunos de los policías de la jefatura de Heidelberg. Brigitte me susurró:

—¿Anatómico-Forense? ¿Ha dicho algo del Anatómico-Forense? ¿Tú tienes algo que ver con el Anatómico-Forense?

La señora Nägelsbach nos trajo dos copas de ponche de albaricoque.

El timbre no paraba de sonar y seguían apareciendo invitados. La puerta que daba al recibidor estaba abierta y oí una voz conocida.

—No, no estoy invitado. Soy de la oficina del señor Selb y tengo que hablar con él.

Era Karl-Heinz Ulbrich, con su anorak *beige* sobre una camisa blanca de perlón y una corbata de flores. Vino directo hacia mí; me tomó del brazo

y me condujo, a través del recibidor, hacia la cocina, que estaba vacía.

—Son los rusos —me dijo en un susurro, como si estuviesen a su lado y no quisiera que le oyesen.

—¿Quiénes?

—Los hombres del banco y del Mercedes azul. Rusos o chechenos, o georgianos o azerbaiyanos. —Me dirigió una mirada significativa y expectante.

—¿Y qué?

—La verdad es que no se entera usted de nada —dijo meneando la cabeza—. Con esa gente no se juega. La mafia rusa no es tan inofensiva como las que tenéis en el Oeste; no es como la italiana o la turca. Es mala de verdad.

—Lo dice como si estuviera orgulloso de ello.

—Tiene que andarse con cuidado. Cuando esa gente quiere algo, lo consigue. Sea lo que sea lo que contenga el maletín, no merece la pena enfrentarse a ellos.

¿Se estaría dando importancia? ¿O acaso era uno de ellos, fueran quiénes fuesen? ¿Estaría empleando, junto a la bronca actitud externa, otra interna más sutil para recuperar el maletín?

—¿Qué hay en el maletín?

Me miró apesadumbrado.

—¿Cómo vamos a trabajar juntos, si no confía en mí? ¿Y cómo quiere que haya una oportunidad de conseguir algo si no trabajamos juntos?

Brigitte entró en la cocina.

—Ha llegado el jefe, y la señora Nägelsbach...

Pero ya era demasiado tarde: oímos cómo Nägelsbach saludaba a su jefe con una cortesía exagerada. ¿Quería una copa de ponche, o dos o tres? Hay algunas situaciones que sólo se pueden soportar borracho. Y a algunas personas, también.

Brigitte y yo nos fuimos al cuarto de estar, aunque Ulbrich seguía tratando de convencerme. Como regalo de despedida, el jefe le había llevado a Nägelsbach una fotografía de la jefatura de policía de Heidelberg, de la época en la que el edificio aún era el Grand Hotel. Se esforzaba en ser amable y no entendía las emociones que provocaba. Estuve hablando con él

sobre la policía de los distintos estados federales y sobre los servicios de espionaje y me pareció que estaba bien informado, así que le pregunté sobre la mafia rusa y él se encogió de hombros.

—¿Sabe qué me dijo hace poco uno de la RTL? Que las cadenas privadas buscan como locas argumentos para hacer películas, pero saben que lo que no se le puede ofrecer al público, en ningún caso, es el asunto de la mafia rusa. No porque no exista, sino porque no tiene ninguna clase, ni el menor estilo, ni tradición ni religión, o sea nada de todo lo que gusta de los italianos. La mafia rusa sólo es brutal. —Movi6 la cabeza como lamentándose—. También en ese aspecto el comunismo ha destruido toda la cultura.

Cuando Brigitte y yo salimos para irnos a casa, Ulbrich había desaparecido. Confiaba en que los faros que iba viendo por el espejo retrovisor durante el trayecto de vuelta fuesen los de su Ford Fiesta. De lo contrario, aquella gente ya sabría de la existencia de Brigitte.

17. EL MALETÍN NEGRO

Me pasé la noche despierto. ¿Debía llevarle el maletín negro a Samarin? ¿O debía llevarlo a la policía y asegurarme de que los del Mercedes azul me seguían y veían lo que estaba haciendo? ¿O debía ponerlo junto a la farola que hay delante de mi oficina, cuando ellos aparcasen un poco más allá, y esperar a que se bajasen, lo cogieran y desapareciesen con él? Fuera de mi vida.

Cuando llamé a Nägelsbach, por la mañana, me contestó aún amodorrado. No me resultó fácil hacerle entender lo que quería de él. Cuando, al fin, lo comprendió, se mostró indignado.

—En la jefatura de policía de Heidelberg, en la que yo, toda mi vida... —Colgó el teléfono, pero, una media hora más tarde, volvió a llamarme—. Podemos hacerlo en la jefatura superior de Mannheim. Me conocen y puedo aparcar un rato en el patio. ¿Ha dicho usted a las cinco?

—Sí, y dele las gracias a su mujer.

Se rió.

—Sí, ella ha intervenido en su favor.

No metí muchas cosas. Tenían que caber en el maletín negro y tampoco es que necesitara mucho. No habrían de ser más de un par de días.

Turbo se olió que me iba de viaje. Aunque los vecinos se ocuparían de él, se enfadó y desapareció, como hacen los niños pequeños cuando advierten que mamá y papá se van a ir de viaje.

Cogí mis cosas y me pasé por el gabinete de masajes de Brigitte, que está en el Collini-Center. Como tuve que esperar, estuve leyendo en un número atrasado de *Stern* un artículo sobre una película nueva en la que, antes de la reunificación, pero después de haberse implantado ya el marco en la República Democrática, una joven pareja de esa zona se dedica a

asaltar bancos que tienen un pobre sistema de seguridad, al viejo estilo de Bonnie y Clyde, y roba la nueva moneda. Hasta que llevan el asunto demasiado lejos, empiezan a saquear bancos en Berlín y acaban muertos a tiros.

Cuando Brigitte se despidió de su paciente, vino a sentarse a mi lado.

—La siguiente está a punto de llegar, gracias a Dios. La reforma sanitaria me ha dejado sin un tercio de mis antiguos pacientes y encontrar nuevos, que quieran venir pagando ellos de su bolsillo en vez de que se lo pague el seguro, no es fácil.

Asentí.

—¿Ocurre algo?

—Tengo que irme un par de días. Aquí, el caso no avanza. Tal vez en otro lugar lo haga. Y, además, aquí no me siento bien del todo. Si alguien te pregunta por mí, puedes decírselo.

Se levantó, con gesto ofendido.

—Ya conozco ese diálogo cinematográfico. «¿Qué pasa?, —le pregunta ella—. Nada», contesta él mirando el anochecer por la ventana con rostro impenetrable. Luego se da la vuelta y le dirige una mirada profunda a los ojos. «Es mejor así, pequeña. Es mejor que no sepas nada. No quiero que corras ningún peligro».

—¡Vamos, Brigitte! Te lo explicaré cuando vuelva. Por supuesto que tú puedes saber lo que yo sé. Pero es mejor que no lo sepas ahora. Créeme.

—«Confía en mí, tesoro. —La mira con gesto serio—. Ahora tengo que pensar por los dos».

Sonó el timbre. Brigitte se fue hacia la puerta.

—¡Ten cuidado!

Encontré un sitio donde aparcar en la Augustaanlage, no muy lejos de mi oficina. Cuando bajé del coche, y mientras me dirigía a mi despacho, no vi el Mercedes azul. Saqué el maletín negro y vacié su contenido en una bolsa de basura. Debajo de mi mesa tenía un tiesto grande nuevo y un saco de tierra que había llevado hacía tiempo para trasplantar la palmera, que había crecido demasiado. Metí la bolsa de basura en el tiesto nuevo y coloqué la palmera encima. De ese modo, la palmera no tenía bajo las raíces

tanta tierra como había pensado en un principio. Pero, si no le iba bien, por mí podía morir. Nunca me había gustado.

Metí las cosas que llevaba para el viaje en el maletín. Cuando salí con él de mi oficina, el Mercedes azul aguardaba al otro lado de la calle. El que iba junto al conductor abrió la puerta, se bajó y echó a correr. Pero, para cuando quiso llegar a mi lado, cruzando la calle por entre los coches que a esa hora salían del trabajo, yo ya estaba sentado en mi Opel Kadett y arranqué. Entonces hizo una seña y el Mercedes, tocando la bocina, se metió entre el tráfico y, a pesar de que el semáforo estaba en rojo, giró en la Werderstrasse para situarse a mi lado; se detuvo para que el tipo aquel volviera a subirse y, cuando llegué a Schwetzingen, ya lo tenía detrás de mí.

Mollstrasse, Seckenheimer Strasse, Heinrich-Lanz-Strasse... Por las calles pasaban coches y bicicletas; las tiendas estaban abiertas; la gente iba caminando por las aceras y delante de la iglesia del Espíritu Santo había niños jugando. Era mi mundo habitual, inofensivo. ¿Qué podía pasarme allí? Pero el Mercedes iba tan pegado a mí que no podía verle el morro por el retrovisor, aunque podía distinguir claramente los rostros desabridos y concentrados del conductor y el acompañante. En la Heinrich-Lanz-Strasse me dieron un golpe, un golpe suave de parachoques contra parachoques que hizo que el miedo me recorriera la espina dorsal. Cuando el semáforo de la Reichskanzler-Müller-Strasse se puso en rojo y nos detuvimos, el que iba de acompañante salió, se acercó a mi puerta, que tenía el seguro echado, y no sé qué habría hecho si no llega a pasar al lado un coche de policía y, a continuación, no se pone el semáforo en verde.

Por delante de la jefatura superior de policía pasé con dos ruedas sobre la acera y logré salir del coche con el maletín, subir las escaleras y llegar a la puerta antes, incluso, de que aquel individuo hubiese salido de su coche. Me apoyé en el muro, con el maletín abrazado al pecho, y empecé a jadear como si hubiera ido corriendo desde la Augustaanlage hasta la Bismarckstrasse.

En el patio me esperaba Nägelsbach con su Audi. Tomó el maletín y lo colocó en el suelo, delante del asiento delantero derecho. Después me ayudó a introducirme en el maletero.

—Mi mujer ha puesto ahí una manta. ¿Resulta soportable?

Cuando me abrió para que saliera, en el aparcamiento del aeropuerto de Neuostheim, estaba seguro de que nadie lo había seguido. También estaba seguro de que nadie me había visto salir del maletero y, por lo tanto, nadie había podido extrañarse por ello.

—¿Quiere que le acompañe?

—¿Ya empieza a no saber qué hacer con tanto tiempo libre?

—No. Tengo que limpiar y ordenar todo lo de ayer —dijo, pero tenía un gesto abatido e indeciso—. Bueno, pues, ¡adiós!

Poco después ya estaba yo en el aire, mirando Mannheim desde arriba y buscando con la vista un Mercedes azul y un Ford Fiesta *beige*.

OceanofPDF.com

18. MIEDO A VOLAR

La mujer que iba sentada a mi lado tenía miedo a volar. Me pidió que le diera la mano y yo se la di. Cuando despegamos, la tranquilicé diciendo que la mayor parte de los accidentes de los aviones no se producían en el despegue, sino durante el aterrizaje. Y cuando, una hora y media más tarde, empezamos a descender, le confesé que la había engañado: en realidad, la mayor parte de los accidentes de avión no se producen durante el aterrizaje, sino durante el despegue. Como ese momento ya lo habíamos dejado atrás hacía un buen rato, podía relajarse. Pero no lo hizo y, al llegar al aeropuerto de Tempelhof, salió muy deprisa y sin despedirse.

Yo no había vuelto a Berlín desde 1942 y no hubiera ido tampoco entonces de no haber sido porque ir en avión vía Berlín era la manera más rápida de llegar a Cottbus. Sabía que el edificio de cuatro plantas en el que yo me había criado había sido destruido en 1945, junto con los edificios vecinos, y que, en la década de los cincuenta, habían construido en su lugar un bloque de apartamentos de cinco plantas. Mis padres habían muerto durante el bombardeo. Los padres de Klara se habían mudado, antes de terminar la guerra, de la villa en la que vivían a orillas del Wannsee a otra villa junto al Starnberger See. Los amigos de la infancia y de la juventud se habían dispersado por los cuatro puntos cardinales. En los años setenta se celebró una reunión de antiguos alumnos. Yo no asistí. No tenía ganas de recordar.

En el cruce de la Friedrichstrasse con Unter den Linden encontré un hotel barato. Cuando me asomé a la ventana y observé la circulación, me entraron ganas de salir corriendo, darme una vuelta, y encontrar, tal vez, una fonda donde la comida tuviese el gusto de antes, el sabor a comida casera. Fui a la puerta de Brandeburgo y en la Pariser Platz vi cómo crecían

los edificios y cómo se estiraban las grúas por el cielo. En la Potsdamer Platz le habían abierto el tórax a la ciudad y la operaban a corazón abierto: reflectores, excavadoras, grúas, andamios, esqueletos de casas y, a veces, una planta sobre otra con muros, balcones y ventanas. Seguí caminado y reconocí el Ministerio del Aire, los restos de la estación y, a orillas del Tempelhof, la casa en la que trabajé haciendo prácticas con un abogado. Evité la calle de mi infancia.

No encontré ninguna fonda en la que ofreciesen comida con el gusto de antes; pero encontré un restaurante italiano en el que la perca con cecina y salvia y las natillas caramelizadas estaban como debían estar y el vino blanco de la casa, procedente de Cerdeña, dejaba en un segundo lugar a todos los Frascati, Soaver o Pinot que se sirven en garrafa. Me sentí satisfecho, pregunté cuál era la estación de metro más cercana y emprendí el camino de vuelta al hotel.

En la Halleschen Tor quise bajarme, pero, al salir del último vagón del metro, me topé con siete u ocho skins con chupas oscuras y botas militares. Parecía como si me estuviesen esperando.

—¡Eh, abuelo!

Quise seguir mi camino, pero no me dejaban pasar y cuando traté de esquivarlos, me lo impidieron. Me arrinconaron contra el borde del andén. En ese punto el metro es aéreo y va sobre el canal Landwehr, así que bajo mis pies veía el agua oscura.

—¿Adónde vamos, abuelo?

En el andén de enfrente vi a un par de jóvenes que miraban con curiosidad. Aparte de ellos, los andenes estaban vacíos.

—Al hotel y a la cama.

Se rieron como si les hubiera dado la más divertida de las respuestas. «Al hotel», repitió uno de ellos adelantándose a los demás y dándose palmadas en el muslo, «a la cama». Luego me preguntó:

—Tú estuviste allí, ¿eh, abuelo?

—¿Allí? ¿Dónde?

—Con el Führer, ¡con quién va a ser! ¿Le viste alguna vez?

Asentí.

—Dale al abuelo un poco de cerveza. ¡Ha visto al Führer! —dijo el que llevaba la voz cantante al que estaba a su lado, dándole con el codo. El otro me alargó una lata de cerveza.

—Muchas gracias, pero por esta noche ya he bebido bastante.

—Escuchad, ¡ha visto al Führer! —dijo el que llevaba la voz cantante y se lo gritó también a los jóvenes del andén de enfrente. Después me preguntó:

—¿Y cómo le saludaste?

—Ya lo sabe usted.

—Enséñamelo, abuelo.

—No tengo ganas.

—¿No tienes ganas de enseñarme cómo se hace? Entonces, te lo enseñaré yo. —Entrechocó los tacones, levantó el brazo derecho y exclamó «Heil, Hitler!». En el andén del otro lado nadie emitió el menor sonido. Él bajó el brazo—. ¿Qué?

—Que no tengo ganas.

—¿Prefieres nadar un poco, ahí abajo?

—No, sólo tengo ganas de irme a mi hotel y a mi cama. —En esa ocasión ninguno se rió. El cabecilla se acercó más a mí, y yo retrocedí hasta que noté la barandilla a mis espaldas. Levantó las manos y se puso a cachearme como si estuviera buscando armas.

—No llevas chaleco salvavidas, abuelo. Podrías ahogarte. Una vez que el agua te entre en la nariz... —De un solo movimiento me metió el índice y el corazón en los agujeros de la nariz y me echó la cabeza para atrás hasta que estuve a punto de perder el equilibrio—. ¿Qué tal? —dijo, y me soltó.

Me dolía la nariz. Tenía miedo. No podía pensar con suficiente rapidez. ¿Debía seguirles el juego? ¿Sería más hábil hacerlo? ¿Sería una cobardía? ¿Sería una traición? ¿Merecía la pena una contusión o un enfriamiento por aquello? Pero, entonces, me agarraron y yo balbuceé: «Heil, Hitler!», y como el cabecilla me exigió que lo dijera más alto, lo dije más alto y cuando me dijo: «¡Más alto!» y me soltaron, allí, en el andén, grité todo lo alto que pude: «Heil Hitler!».

Entonces volvieron a reírse y aplaudieron.

—¡Bravo, abuelo! ¡Bravo!

Pero el cabecilla se puso a mover la cabeza en silencio, hasta que los demás también enmudecieron, y dijo:

—¿No lo habéis visto? No ha levantado el brazo. Sin levantar el brazo, no vale.

Los demás le miraron, me miraron a mí, volvieron a mirarle a él y comprendieron antes de que yo comprendiera. Me cogieron de los brazos y de las piernas, me balancearon de acá para allá, jalearon «a la de una, a la de dos y a la de tres» y, mientras el metro entraba rugiendo en la estación, me lanzaron al aire por encima de la barandilla. Cuando asomé a la superficie, aún seguían jaleando.

En la orilla más cercana el talud de piedra era demasiado empinado, pero conseguí subir por el otro lado y por un camino de maderos llegué hasta la calle. Después de que dos taxis pasaran de largo, el tercero llevaba plástico en los asientos. Así que veinte minutos más tarde estaba en el hotel bajo una ducha bien caliente.

No me había producido ninguna lesión seria. El lado sobre el que había caído en el agua era a la mañana siguiente una gran mancha morada. También moqueaba y tenía un poco de fiebre. Pero lo que me dolía era otra cosa. Había tenido la oportunidad de hacer bien lo que en su momento hice mal. ¿Cuándo se tiene semejante oportunidad? Sin embargo, había vuelto a hacerlo mal.

19. LOS DE LA MISMA SANGRE VOLVÍAN A HERMANARSE

La Cooperativa Sorbia de Banca de Cottbus se encuentra en la plaza del Mercado Viejo o Altmarkt. Entré y estuve mirando en torno a mí hasta que ya casi iba a llamar la atención, y luego fui a la caja a que me pagaran 91,50 marcos por un billete de 50 dólares por el que acababa de pagar 99,50 marcos en el Deutsche Bank de la acera de enfrente.

Todo era como en todos los bancos. El mobiliario moderno, de madera y acero, y arte abstracto de gran formato en las paredes. Lo que era diferente a cualquier otro lugar era el Hans Kleiner, a tamaño natural, un bajorrelieve en madera, situado junto a la puerta, que vigilaba la entrada y la salida. Y la otra diferencia era que la directora, Vera Soboda, tenía su escritorio en el patio de operaciones, una herencia, tal vez, del espíritu socialista o cooperativo, o bien el último grito en gestión de empresas y recursos humanos. Si quien estaba sentada a la mesa era efectivamente Vera Soboda, la directora de la Cooperativa Sorbia de Banca era una mujer de mediana edad, algo rellenita y un poco tosca, que se asemejaba más al tipo de una tractorista de una granja estatal que al de una empleada de banca. Pero, por la rapidez con la que volvían a sus puestos las empleadas que iban a hacerle alguna consulta, llegué a la conclusión de que la directora las había formado con competencia y precisión.

También allí había un portón, que daba a un patio, junto al edificio. Pero, aunque me pasé todo el día congelándome en la acera de enfrente, entrando en los comercios, en una cafetería Eduscho, en las entradas de los garajes y en los portales de las casas, no vi que ningún coche entrara o saliera por el portón. Tampoco vi a ningún hombre joven con traje oscuro.

El numeroso público se componía de ahorradores modestos, con los pies en la tierra, algunos con anorak y mocasines claros como los que usaba Karl-Heinz Ulbrich, otros con chándals brillantes de varios colores, y otros con pantalón y chaqueta con remaches de un color tan azul que parecía como si el azul de las camisas de los jóvenes socialistas de la FDJ estuviera intentando hacer una segunda carrera en el diseño occidental.

Sólo la ropa que vestía la gente ponía de relieve que aquélla era la otra Alemania. Las tiendas pertenecían a las mismas cadenas que las de Mannheim y Heidelberg, Viernheim y Schwetzingen. Me asomé a las calles laterales y vi que algunas estaban recién levantadas; había un par de casas que estaban renovando y, aquí y allá, se veía alguna en estado ruinoso. Había, en cambio, pocos crímenes arquitectónicos de los años sesenta y setenta, y las colonias de casas prefabricadas que había visto desde el tren al entrar en la ciudad no eran peores que las colonias de Waldhof o Boxberg. «Los de la misma sangre volvían a hermanarse».

Por la tarde se puso a llover, la nariz me empezó a moquear, me subió la fiebre y compré en la farmacia un medicamento, que era capaz de transformar todas las mucosas en pergamino. No, allí también las personas eran diferentes. No sólo llevaban una ropa diferente, más gastada. También tenían un rostro diferente, más cansado. Y se movían más despacio, con menos determinación, con más cautela. En sus gestos y en sus rostros no se advertía la vivacidad y la resolución que me eran familiares. Me recordaban otros tiempos. Me miré en un escaparate: tenía un aspecto deplorable con mi viejo impermeable mojado, la fatiga en el rostro y sin ganas de moverme. ¿Pertenecía más al mundo del Este que al del Oeste?

Por la tarde, desde la cabina de teléfonos de la Cooperativa Sorbia de Banca conseguí hablar con Georg, que estaba en Estrasburgo. Ya tenía un nombre: Paul Laban. La L cuadraba; la época, también. Laban, catedrático de la Universidad de Estrasburgo y conocido experto en temas jurídicos, era un hombre rico y gozaba de gran reputación en la Universidad de Heidelberg justo en la época en la que el socio secreto había pedido información sobre casas y pisos en Heidelberg.

—¿Existen herederos?

—No tuvo hijos. Y aún no sé qué ha sido del hijo y de la hija de su hermana, pero lo averiguaré.

A las cuatro cerró el banco. A las cinco salieron los empleados. A las seis salió también la directora. La seguí de camino al tranvía. Iba vacío, así que éramos los únicos viajeros: ella, delante, en la segunda fila, y yo, detrás, en la séptima. A las pocas paradas, se levantó y se detuvo a mi lado, camino de la salida:

—Bueno, pues, venga usted conmigo.

OceanofPDF.com

20. LOS NUESTROS DE ANTES

Caminamos bajo la lluvia. Era un viejo barrio de casas unifamiliares. Algunas habían recuperado su antiguo esplendor y las placas indicaban las empresas, bufetes de abogados o asesores financieros que se habían instalado en ellas. Otras tenían desconchados que dejaban a la vista los ladrillos; sus puertas y ventanas estaban visiblemente podridas y, aquí y allá, faltaba un balcón. La señora Soboda caminaba sin decir palabra y yo caminaba a su lado sin decir palabra tampoco. Cuando entró en una de las casas venida a menos, entré tras ella. En el segundo piso habían añadido un tabique y una puerta de entrada. La señora Soboda abrió y me invitó a pasar.

—No está apagada —dijo señalando una estufa grande, de azulejos verdes—, sólo está al mínimo. Enseguida calentará más. —Echó una palada de carbón y abrió la puertecilla de entrada del aire.

—Yo...

—Usted es policía. Ya lo sé.

—¿Cómo...?

—Tiene exactamente el mismo aspecto que los nuestros de antes. Me refiero a los de la empresa. Los de la Brigada Social. La manera de entrar en el banco y mirar; la manera de no quitar ojo al banco en todo el día, de esa forma que no se nota enseguida, pero que, cuando se nota, ya da igual, porque, sea como sea, el juego ha terminado. —Se quedó mirándome—. Usted viene del Oeste y es mayor de lo que eran los de aquí antes. A pesar de todo...

Seguíamos de pie.

—¿Puedo colgar mi impermeable fuera? No quisiera mojarle la alfombra.

Ella se rió.

—Deme. Los de aquí no habrían hecho esa pregunta.

Cuando regresó, me invitó a sentarme en un sillón y, cuando ya estábamos sentados, me dijo:

—Me alegro de que esto se haya acabado.

Esperé a que continuara, pero se había sumido en sus pensamientos.

—¿No le importaría empezar, sencillamente, por el principio?

Asintió.

—Durante mucho tiempo no me percaté de nada. Creo que es por eso por lo que me han dejado dirigir el banco. Yo aprendí mi oficio antes de 1990. Del negocio de la banca, tal como ustedes lo conocen, yo no sabía nada y me fui formando despacito y con mucho esfuerzo. —Alisó el tapete que había sobre la mesita, entre su sillón y el mío—. Realmente creí que era la oportunidad de mi vida. De las otras cajas de ahorros, muchas cerraron; muchos compañeros fueron despedidos y los que pudieron quedarse tuvieron que volver a empezar desde abajo. Y ahí estaba yo, que de cajera pasé a directora. Durante una temporada pensé que sólo me habían nombrado para que fuese uno de nosotros el que tuviera que encargarse de despedir a sus compañeros y que nadie de vosotros, los del Oeste, tuviese que ensuciarse las manos. Huelga decir que eso sucedió con bastante frecuencia. Pero no, en la Sorbia no se despidió a nadie. Así que fue como si me tocara el gordo de la lotería; me puse a trabajar y trabajar hasta que... mi matrimonio se fue al garete. —Sacudió la cabeza—. Bueno, no es que mi matrimonio funcionase bien. Se habría ido al garete de cualquier modo. Pero, tal vez, no precisamente hace un año, cuando yo me dedicaba a leer y estudiar como una posesa, y cuando me di cuenta de que lo conseguía, de que todo lo que había leído, aprendido, visto y hecho bien (la verdad es que, muchas veces, más por una cuestión de suerte que por mi inteligencia) encajaba. Y, hoy en día, me atrevería a dirigir cualquier banco de un tamaño similar en la Alemania occidental. —Me dirigió una mirada llena de orgullo—. Pero no me ofrecerán ninguno así como así; bueno, ahora ya, mucho menos.

Entre otras cosas para disculparme por haberla comparado, en mi fuero interno, con una tractorista, le respondí:

—Si yo tuviera un banco, la nombraría directora.

—Pero no lo tiene.

Sonrió. Mientras había estado hablando yo había visto la inteligencia reflejada en su áspero rostro. En ese momento vi también su encanto oculto.

—¿Cuándo se percató de lo que estaba pasando?

—Hace seis meses. Al principio sólo noté que algo no cuadraba. Necesité un poco de tiempo para saber qué era. En aquel momento hubiera querido ir a la policía, pero el abogado al que consulté, con cierta cautela, no estaba seguro de que pudiese ir a la policía directamente. Parece que en la legislación laboral existe eso del *whistle blower* que permite echar a quien denuncie a su patrono, aunque éste haya hecho algo indebido y el trabajador lo haya denunciado con razón. Y yo no sólo tenía miedo a perder mi puesto de trabajo. Mire —dijo mirándome desafiante—, yo volvería a recuperarme. Pero ¿qué habría sido de mis compañeros de la Sorbia? Somos muchos, probablemente demasiados; y no creo que la Sorbia se mantuviera, si todo esto llega a saberse.

Cuanto más hablaba, más me gustaba. Antes pensaba que los hombres eran los pragmáticos y las mujeres, las románticas. Hoy sé que es al contrario, y que los hombres pragmáticos y las mujeres románticas sólo se engañan a sí mismos y a los demás. Y también sé que una mujer pragmática con corazón y un hombre romántico con sensatez son algo poco frecuente y maravilloso. Vera Soboda era una de esas mujeres.

—¿Y cómo lo descubrió?

—Por casualidad. ¿Cómo si no? Como uno no se lo espera, no anda buscando. Pero un día se presentó una clienta afirmando que había hecho un ingreso de cincuenta marcos la semana anterior, en un momento en que no llevaba la cartilla encima, y que, como en ese momento sí la llevaba, quería que se lo reflejasen y en el sistema no aparecía.

—¿Y qué hizo usted?

—Conozco a la señora Sellmann desde tiempo inmemorial. Es una mujer mayor, todo lo agarrada que se quiera, pero meticulosa hasta decir basta. Llevaba el resguardo del ingreso que, aunque es cierto que puede falsificarse fácilmente, estoy segura de que la señora Sellmann no haría eso. Así que hice el apunte del ingreso de los cincuenta marcos en su cartilla y,

por la tarde, me puse a averiguar dónde los había acreditado el sistema, porque Tanja, la empleada que había firmado el resguardo de ingreso, es igual de meticulosa que la señora Sellmann, y me resultaba imposible imaginar que se hubiese olvidado de registrarlo.

—¿Y encontró los cincuenta marcos?

—Tenemos un sistema con el que trabajamos, y un archivo histórico que registra todos los pasos que se dan en el trabajo y al que no tenemos acceso: como sirve para controlarnos, se supone que no deberíamos poder manipularlo. Pero yo soy muy buena con los ordenadores, así que intenté entrar en él.

—¿Y qué?

Se rió.

—Tiene usted mucha curiosidad.

Asentí. La fiebre me había subido y tenía la sensación de que no iba a aguantar mucho rato más, sólo un poco, y que en ese breve espacio de tiempo tenía que averiguarlo y comprenderlo todo.

—Logré entrar en el histórico y allí estaban registrados los cincuenta marcos. Pero, al mismo tiempo, había un ingreso de treinta y cinco mil marcos, cantidad que jamás habría podido reunir la señora Sellmann ni con toda su tacañería. En el histórico vi que, por error, se había hecho el apunte de lo que iba, no a su cuenta real, sino a una cuenta ficticia y, como las dos imposiciones eran de la misma fecha, habían contabilizado los cincuenta marcos junto con los treinta y cinco mil en la cuenta ficticia. Seguí investigando y descubrí el sistema de las cuentas ficticias y en la cuenta de la señora Sellmann vi los cincuenta que había ingresado y los treinta y cinco mil, hasta un total de ciento veinte mil marcos. Aproximadamente cien mil marcos más que en su cuenta real. También encontré todas las demás cuentas, en las que mis pobres sorbios son ricos, y también las cuentas en las que mis pobres sorbios muertos son vivos ricos.

—En realidad es todo bien sencillo —le dije esperando que ella me lo hiciera comprensible.

—Sí, cuando se tiene un banco, no es difícil blanquear dinero..., de esta manera y, probablemente, también de otras. Una vez que el dinero está en el

banco, sólo hay que invertirlo de manera que desaparezca. La mayor parte se ha invertido en Rusia.

—¿En sus propias empresas?

—Eso supongo —dijo, y me miró fijamente—. ¿Y cómo va a continuar esto? ¿Qué sucederá si usted detiene a Welker y Samarin? ¿Qué será de la Sorbia?

—No lo sé. Antes podría haberle preguntado a Nägelsbach, pero se ha jubilado. Me gustaría transferir mi dinero del Badischer Beamtenbank al de la Cooperativa Sorbia, pero eso no sería suficiente. Que yo no sea cooperativista, no importa, ¿verdad? Tampoco soy funcionario. Schuler era funcionario jubilado, pero está muerto. ¿Puede entenderlo? Yo sigo sin entender que Schuler esté muerto.

Me miró alarmada.

Yo me puse de pie.

—Tengo que irme. No es que quiera eludir la respuesta, pero tengo que irme y meterme en la cama. Me encuentro mal. Tengo fiebre. Ayer unos skins me lanzaron al canal Landwehr, lo cual, en cierta medida, me estuvo bien empleado. Y hoy, me he pasado todo el día bajo la lluvia y el frío. No me destila la nariz, porque me he comprado en la farmacia un medicamento contra el moqueo nasal. Pero, en cambio, tengo la cabeza pesada y espesa. Además, tengo mucho frío. —Me castañeteaban los dientes.

Ella también se levantó.

—Señor...

—Selb.

—Señor Selb, ¿quiere que le llame un taxi?

—Lo mejor sería que me tumbara en el sofá y que usted se tumbara a mi lado hasta que entre en calor.

No se tumbó a mi lado. Pero me ofreció el sofá, me echó encima cuantos edredones de plumas y mantas de lana tenía, me dio dos aspirinas, me preparó un grog y me colocó sus manos frías sobre la frente hasta que me quedé dormido.

21. CARAS DE NIÑOS

Cuando me desperté era pleno día. Mi traje estaba perfectamente colocado en la silla. Sobre la mesa había una nota: «Intentaré estar de vuelta en casa a las cuatro. ¡Qué se mejore!». Me preparé un té en la cocina, me lo tomé en el sofá y volví a tumbarme.

Había recuperado los cinco sentidos. Pero la nariz me moqueaba, el cuello me dolía y me encontraba tan débil que hubiese querido quedarme tumbado y pasarme todo el día dormitando; mirando por la ventana y viendo cómo el viento arrastraba las nubes grises por el cielo azul y agitaba las ramas desnudas de los plátanos; y cómo las gotas de lluvia resbalaban por los cristales de la ventana; escuchando la lluvia; sin pensar en Schuler, al que podría haber salvado, si no hubiese sido tan lento; ni en los skins, a los que había permitido que se burlaran de mí; ni en Karl-Heinz Ulbrich, que me conmovía, aunque no me gustase. Pero si me ponía a dormir, aparecían todos ellos: Ulbrich, en busca de mi reconocimiento paterno y mi solicitud paternal; los skins y mi miedo, y Schuler tambaleándose con el maletín. Así que me levanté, me senté junto a la estufa y me puse a pensar en lo que Vera Soboda me había contado. Tenía razón: cuando se tiene un banco, no es difícil blanquear dinero. El dinero sucio iba a las cuentas ficticias de los clientes de la Cooperativa Sorbia, que se llevaban con un sistema paralelo, y desde allí se invertía en empresas que sólo arrojaban pérdidas y que, tal vez, ni siquiera existiesen de verdad. Así, los clientes se deshacían de un dinero de cuya existencia nada sabían, y aquellos a los que pertenecía tanto el dinero sucio como las empresas, ya lo tenían limpio. La señora Sellmann tenía cien mil marcos de más en su cuenta... Aunque, la idea general no fuese acreditar cien mil a cada uno de los clientes, sino sólo

tres o cuatro veces su saldo, con unos miles de clientes se podían blanquear miles de millones.

Schuler debió de haberse enterado de dónde se guardaba el dinero sucio. Pero ¿por qué no se había dirigido a la policía? ¿Por qué había ido a verme a mí? ¿Sería porque le desazonaba delatar a Welker, su antiguo alumno, el hijo de su amigo y benefactor?

Eran las doce. Me puse a recorrer la casa. En otro tiempo, la cocina había sido parte del cuarto de baño; el cuarto de estar era también el dormitorio, y el sofá era también la cama. Aquella noche la señora Soboda había dormido en la terraza acristalada, que también era su cuarto de trabajo, con su máquina de escribir, su ordenador y su hamaca. Con su sueldo de directora de banco, debería poder permitirse algo mejor. ¿Qué haría con su dinero? Junto a su escritorio había colgadas varias fotografías de ella, con y sin marido, y con y sin hija, una niña de frente alta y pelo rubio, tan delicada como fuerte era la señora Soboda. Tal vez no fuese su hija, sino una sobrina. Saqué una hoja de papel de su escritorio.

Querida señora Soboda:

Le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí. He pasado un rato muy agradable en su compañía, aunque me haya molestado parecer un miembro de la Brigada Social.

He dormido mucho; la fiebre casi me ha desaparecido y estoy contento de haber recuperado la cabeza.

No soy policía. Soy detective privado y —no lo va a creer— estoy trabajando por encargo del señor Welker. Estoy investigando para él un asunto, del que estoy casi seguro que es sólo un pretexto. Pero no sé con qué objeto.

Me gustaría saberlo y me gustaría saber más cosas antes de ir a contarle a la policía lo que sé. Cuando lo haya averiguado, se lo haré saber.

Con mis saludos más cordiales,

Gerhard Selb

Añadí mi dirección y mi teléfono. Después llamé a un taxi y le pedí que me llevara a la estación. A última hora de la tarde estaba de vuelta en Berlín.

No sé qué mosca me picó. En vez de cambiar el vuelo del día siguiente para ese mismo día, o incluso de perderlo y tomar el tren, volví a establecer mis cuarteles en Unter den Linden, volví a caminar por Berlín y volví a aterrizar en la Halleschen Tor. ¿Qué andaba buscando? Sí, también estuve en la calle en la que viví de niño. La boca de riego de la que bombeé agua, por el gusto de hacerlo, accionando su gran palanca, podía ser la misma con la que había bombeado agua siendo niño. Aunque no estaba seguro.

En esa ocasión, en la Halleschen Tor estaban los otros: pantalones y chaquetas de color negro y un par de chicas con ropa negra más bien informe. Yo no les reconocí. Pero ellos a mí sí.

—Ése es el viejo que el otro día gritó «Heil Hitler!». Un viejo nazi, ¿no?

No contesté nada. ¿Acaso no habían visto que no lo había hecho de forma voluntaria y que, al final, había acabado en el canal? ¿Sería que el metro, al entrar en la estación, les había impedido verlo?

Se acercaron y me arrinconaron contra la barandilla. ¡Qué caras de niños!, pensé, ¡qué caras de niños bobos y vehementes! Además, pensé que por el «Heil Hitler!» de hacía dos días ya había recibido suficiente castigo. Por los «Heil Hitler!» de muchos años atrás y por los daños que causé entonces como fiscal... Tal vez, por eso mereciera un castigo mayor. Pero no por parte de aquellos niños.

—Hagan el favor de dejarme pasar.

—Somos de los Grupos Antifascistas. —Ellos también tenían un cabecilla, un tipo flaco y larguirucho, con gafas. Cuando intenté deslizarme entre ellos, me puso la mano en el pecho—. No queremos fascistas en nuestra ciudad.

—¿Y no hay bastantes jóvenes a los que pueda demostrárselo?

—Primero, una cosa, y luego, la otra. Antes de los jóvenes, van los viejos —dijo, sin quitarme la mano del pecho.

En ese momento perdí el control. Le aparté la mano de un golpe y le propiné dos bofetadas, una en la mejilla derecha y otra en la mejilla

izquierda de aquella cara de bobo. Se me echó encima y me empujó contra la barandilla. No hubo «a la de una, a la de dos y a la de tres»; los demás le ayudaron en silencio y sin cejar; y yo me defendí en silencio y sin cejar, hasta que acabé suspendido cabeza abajo. Caí y choqué contra el agua.

Cuando llegué al borde de la calle, vi pasar varios taxis, uno tras otro; primero lentamente, cuando el conductor me veía hacerle señas, y después, cuando comprobaba que yo estaba todo mojado, acelerando para pasar de largo. El coche de la policía hizo exactamente lo mismo. Por fin, una mujer joven se apiadó de mí; me dejó subir a su coche y me depositó delante de mi hotel. Volvía a estar de servicio el mismo portero de dos noches atrás. Me reconoció y soltó una carcajada en alto. A mí, aquello no me parecía nada cómico.

22. EL VIEJO JAMELGO DE CIRCO

Despedirme de Berlín no me resultó difícil. Aquel sábado por la mañana, mientras el avión ascendía describiendo un gran círculo sobre la ciudad, miré hacia abajo. Mucha agua, mucho verde, calles rectas y curvas, casas grandes y pequeñas, iglesias con torres e iglesias con cúpulas; en fin, todo lo que precisa una ciudad. Sobre que Berlín sea grande no tengo nada que decir. Sobre que los berlineses sean desagradables, sus niños maleducados, sus taxistas poco hospitalarios, sus policías ineptos y sus porteros incorrectos... No sé. Tal vez, las cosas no puedan ser de otro modo en una ciudad que se ha mantenido artificialmente decenas de años. Pero, a mí, no me gusta.

Aterricé en Mannheim tal como había despegado de Berlín: de mal humor, resfriado y febril. Nägelsbach me había dejado un recado en el contestador diciendo que mi coche estaba en la Werderstrasse; que había conseguido que la policía no se lo llevase a la isla de Friesenheim, a las puertas de la ciudad, sino que lo dejaran a la vuelta de mi casa, y que también había podido evitar que me pusieran una multa. Georg había vuelto de Estrasburgo y quería hacerme un informe de sus gestiones. Brigitte se iba a pasar el fin de semana a Beerfelden con Manu. Welker me instaba a que nos viéramos y, entremedias, Karl-Heinz Ulbrich se lamentaba de que así no podía ser; que teníamos que hablar urgentemente; que ya se había conseguido un móvil y que le llamara. Borré el mensaje sin anotarme su número.

Los pocos metros que dista la oficina de mi casa fueron para mí como abrirse paso a través del cieno y, ya en las escaleras, tuve miedo de no poder subirlas, como en aquella otra ocasión antes de Navidad. Cuando ya me

había metido en la cama, llamé a Philipp. No estaba de guardia y vino enseguida.

—No puedes imaginarte la alegría que me produce verte. ¿Me auscultas, me recetas algo y me lo traes? Mañana tengo que poder ponerme en pie.

Sacó el estetoscopio.

—Vamos a ver si aún funciona. No lo he utilizado desde la época en que era residente.

Tosí, retuve el aire, inspiré y expiré. Se oía una especie de crepitación que hasta yo mismo pude notar. Philipp me miró muy serio y se incorporó.

—Tienes que tomar un antibiótico. Voy a buscarlo. Pero lo de levantarse mañana es una idea descabellada.

—Tengo que hacerlo.

—Cuando vuelva, me lo explicas y ya te lo quitaré de la cabeza.

Cogió mis llaves y se fue. ¿O seguía estando junto a mi cama? No, ya había vuelto; había comprado el medicamento, y había traído un vaso de agua de la cocina. Es que yo me había dormido.

—¡Toma!

Trajo una silla de la cocina y se sentó junto a mi cama.

—El próximo infarto es sólo cuestión de tiempo. Aunque fumes menos. Si no estás del todo bien, como ahora, y, además, haces un esfuerzo, el riesgo que corres es aún mayor. Harás lo que quieras, ya lo sé. Pero la cuestión es muy sencilla: sea lo que sea lo que tengas que hacer mañana, ¿crees que vale la pena correr el riesgo? ¿No te parece que hay cosas que lo merecen más: casos más importantes, una aventura con Manu, una noche de pasión con Brigitte?

—Antes habrías puesto lo de la noche de pasión con Brigitte en primer lugar. O me habrías recomendado que ligara con dos enfermeras estupendas.

Esbozó una sonrisa irónica.

—¡Qué proposiciones te hacía yo antes! Aunque, todo, margaritas para los puercos... Ya puedes estar contento de tener a Brigitte. Sin ella serías un viejo atrabiliario, avinagrado y gruñón.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo estoy contento de tener a mi Füzuzan. Voy a ver si hago un segundo intento y me caso con ella.

Recordé el primer intento: cómo estuve esperando a Philipp en compañía de Füzuzan, la guapa y orgullosa enfermera turca, su madre y su hermano. Recordé a Philipp, borracho como una cuba, a la entrada del registro civil, diciendo que no era capaz, y al hermano de Füzuzan, que le asestó un navajazo. Recordé a Philipp, ingresado en el hospital, y cómo, una vez recuperado del navajazo, le seguían volviendo loco la vida y las mujeres.

—Entonces, ¿se han acabado las otras mujeres?

Alzó las manos y las dejó caer de nuevo.

—Cuando alguna me mira, yo le devuelvo la mirada. Soy como un viejo jamelgo de circo. Cuando oye el redoble, da una vuelta a la pista, aunque preferiría quedarse en la cuadra mordisqueando la avena. Y de la misma manera que el público del circo nota que es un jamelgo viejo, aunque siga dando vueltas a la pista, las mujeres también notan que ya no soy tan joven, aunque las mire y coquettee con ellas y les diga lo que les gusta oír y les haga las carantoñas que a ellas les gustan.

Se quedó con la mirada perdida.

—Y esto, ¿lo has visto venir?

—Yo pensaba que, cuando llegara, los recuerdos me resarcirían de lo que me robara el presente. Pero recordar no sirve. Uno puede contarse a sí mismo lo que pasó y cómo pasó y decirse lo maravilloso que fue, y también puede pasarse mentalmente la película. Pero eso no hace revivir las sensaciones. Sé lo maravilloso que era acariciar sus pechos o sus nalgas o el modo que tenía de, simplemente, bueno... Pero sólo lo sé. No lo revivo. No tengo la sensación.

—Es que es así. Los recuerdos son recuerdos.

—No —respondió con vehemencia—. Cuando me acuerdo de lo furioso que me puse cuando reformaron el quirófano, vuelvo a enfurecerme. Cuando me acuerdo de lo contento que estaba cuando me compré el barco, vuelvo a ponerme contento. Sólo el amor escapa al recuerdo. —Se puso de pie—. Tienes que dormir. Mañana no hagas ninguna tontería.

Seguí tumbado mirando el anochecer. ¿Escapaba el amor al recuerdo? ¿O sólo el placer? ¿Habría confundido mi amor y placer?

Me propuse no llamar a Welker al día siguiente. De todos modos, no sabía qué debía decirle, con qué podía amenazarle ni cómo frenarle. Dormiría y descansaría lo que me apeteciese. Le daría a Turbo la lata de caballa que le había traído de Cottbus. Leería un libro y jugaría una partida de ajedrez contra Keres, Euwe o Bobby Fisher. Cocinaría. Bebería vino tinto; Philipp no había dicho nada sobre la incompatibilidad del antibiótico con el vino tinto ni de la del vino tinto con el antibiótico. Dejaría el próximo ataque al corazón para más adelante.

OceanofPDF.com

23. EL RATÓN Y EL GATO

Pero, a las nueve, me despertó la llamada de Welker.

—¿De dónde ha sacado usted mi número? —Hace cinco años que ya no aparezco en la guía.

—Ya sé que es domingo y que es temprano, pero tengo que pedirle encarecidamente que se pase por aquí. Aparque en el patio; así, por lo menos... —No acabó la frase. Entretanto, yo ya me conocía el juego: Welker empezaba la conversación; luego tapaban el auricular, y después, seguía Samarin—. Le esperamos a mediodía, a las doce.

—¿Cómo hago para entrar en el patio?

Dudó.

—Dé tres timbrazos.

En fin, nada de dormir y descansar lo que me apeteciera, ni cocinar, ni leer ni jugar al ajedrez. Abrí el grifo y dejé correr el agua en la bañera; eché un poco de romero y me metí dentro. Turbo vino al cuarto de baño y yo le hice rabiarse con unas cuantas gotas de agua bien dirigidas. Se pone agua en el dedo gordo y se lanza con el índice... Con un poco de entrenamiento, se puede conseguir gran maestría. Yo me he entrenado durante muchos años.

¿Por qué dudaba de cómo comportarme sobre el blanqueo de dinero de mi cliente? En realidad, no había elección. La mafia rusa, que, ¡desde luego! no tenía ninguna clase ni el menor estilo, ni tradición, ni religión y, probablemente, tampoco el menor sentido del humor, podía no interesarle a la cadena de televisión RTL, pero a la policía sí le interesaría y estaba bien que así fuera. Entonces, ¿por qué no la llamaba? ¿Por qué no lo había hecho ya el día anterior? Comprendí que, simplemente, no podría hacerlo mientras Welker siguiera siendo cliente mío.

Así que la llamada temprana y la cita a las doce tenían su parte positiva. Podría concluir mi cometido. Alcancé el teléfono desde la bañera y llamé a Georg, que me contó el triste final de la familia Laban. La sobrina había muerto de tuberculosis a principios de los años treinta, en Davos. El sobrino se había suicidado, junto con su mujer, en la Noche de los Cristales Rotos. El hijo del sobrino y su mujer habían muerto en Londres, sin haber tenido descendencia. La hija, que no había conseguido salir del país, había desaparecido cuando empezaron las deportaciones y, desde entonces, no se sabía nada de ella. No quedaba nadie que pudiese hacer valer derechos hereditarios.

Salí de la bañera y me sequé. Me parece que Dorian Gray exageró un poco. Cuando se envejece, uno no debería empeñarse en querer parecer siempre un chico de veinte años, así que no es de extrañar que acabara mal. Pero ¿por qué no puedo yo parecer un hombre de sesenta y seis? ¿Con qué derecho se me han puesto tan delgados los brazos y las piernas? ¿Con qué derecho ha abandonado su antiguo hogar la carne que los cubría y ha encontrado un nuevo hogar debajo de mi ombligo? ¿No podría haberme consultado antes de emprender esa excursión por mi cuerpo?

Metí la tripa sin una sola queja mientras me ponía los pantalones de pana que no había usado desde hacía tiempo. Con el jersey de cuello alto y la chaqueta de cuero, ya casi parecía que tuviera sesenta y seis. Mientras desayunaba, me puse un disco de Udo Jürgens. A las doce y cuarto estaba en Schwetzingen.

Samarin me condujo al piso construido en la buhardilla. Mientras cruzábamos el antiguo patio de operaciones y las nuevas salas de oficinas, jugamos al ratón y al gato.

—He oído que estuvo usted en la policía.

—Seguí su consejo.

—¿Mi consejo?

—Sí, su consejo de que no hay que quedarse con algo que a uno no le pertenece. Se lo llevé a la policía. Allí lo puede reclamar quien lo haya perdido.

Welker estaba nervioso. Apenas prestó atención a mi informe sobre el socio secreto. Miraba el reloj una y otra vez, y mantenía la cabeza como si

tratara de escuchar algo que estaba esperando. Cuando acabé de hacerle el informe, pensé que me haría algunas preguntas. Preguntas que, si no se referían al socio secreto, podrían tener que ver con Schuler, el maletín negro, mi escapada a la policía o mi desaparición de Mannheim. Asuntos urgentes que, por eso, debían obtener una respuesta un domingo por la mañana. Pero no hubo ninguna pregunta. Welker permanecía sentado como si, en realidad, fuese otra cosa lo que le preocupaba, algo de lo que ni siquiera confiaba que se llegara a hablar. Pero no dijo nada, sino que, simplemente, se levantó.

Yo también me levanté.

—Bueno, pues eso es todo. Le enviaré la factura.

De todos modos, al día siguiente, tal vez mi antiguo cliente estaría ya en la cárcel y no vería la factura hasta pasados unos años. ¿Seis? ¿Ocho? ¿Cuántos eran por pertenecer a una organización delictiva?

—Le acompaño al coche.

Primero Samarin, luego yo, y por último Welker. Atravesamos la zona de las oficinas y bajamos la escalera. En el antiguo patio de operaciones me despedí de las viejas ventanillas con sus barrotes de madera y sus incrustaciones de marquetería, y de los asientos con los almohadones de seda verde. Era una lástima no poder pasar un rato sentado en uno de aquellos asientos y pensar en el transcurso del tiempo y en los cambios que se habían producido. Me despedí de Welker en el patio. Se encontraba en un estado de extraña excitación, le sudaban las manos, tenía manchas rojas en la cara y la voz le temblaba. ¿Sospecharía lo que yo iba a hacer? Pero ¿cómo iba a sospechar?

Samarin no respondió a mis palabras de despedida. Se limitó a apretar el botón inferior de los dos que había junto a la puerta y el portón del patio se abrió. Me dirigí a mi coche, me senté al volante y me puse el cinturón de seguridad. Miré hacia atrás y vi a Welker con un gesto tan tenso y tan desesperado que casi me asustó, y a Samarin, fuerte, con una expresión de furia y de satisfacción al mismo tiempo... Me alegré de irme de allí.

Puse el motor en marcha y arranqué.

Segunda parte

OceanofPDF.com

1. ¡SIGA! ¡SIGA!

Arranqué y, en ese mismo momento, Welker dio un salto y vi su cara, los ojos desorbitados y la boca abierta, en la ventanilla del otro lado, al tiempo que golpeaba con los puños en la puerta. ¿Qué querrá?, pensé. Frené, me incliné hacia el asiento de al lado y bajé la ventanilla. A través de ella, Welker levantó el seguro, abrió violentamente la puerta, saltó dentro, se dejó caer en el asiento, se inclinó hacia mi lado, bajó mi seguro, hizo lo mismo con el de su puerta y subió su ventanilla, al tiempo que gritaba: «¡Siga! ¡Siga! ¡Maldita sea!».

Yo no reaccioné de inmediato. Pero luego me di cuenta de que el portón del patio se cerraba; metí enseguida la marcha atrás y logré salir en el último segundo haciéndome un par de arañazos en las aletas delanteras. Samarin fue corriendo hacia el coche e intentó abrir la puerta.

—¡Siga! —volvió a gritar Welker sujetando la puerta desde dentro, como si eso le fuera a servir de algo si el seguro fallaba—. ¡Siga!

Cambié la velocidad y atravesé la plaza hasta llegar a la Schloss-Strasse. Welker alargó la mano.

—¡Rápido, deme el móvil!

—No tengo móvil.

—¡Pero, bueno! —dijo dando un puñetazo en el salpicadero—. ¿Cómo es que no tiene móvil?

Giré en el aparcamiento de la Hebelstrasse con la intención de pararme junto a la cabina de teléfonos y prestarle mi tarjeta.

—¡No se pare! ¡Siga hasta donde haya gente!

El aparcamiento estaba vacío; lo normal un domingo por la mañana. ¿De qué tenía miedo Welker? ¿De que Samarin apareciese con un par de tipos con traje oscuro y le secuestraran? Seguí hasta la estación de

Schwetzingen, que no era un sitio de mucha animación, pero donde había taxis, un autobús esperando, un quiosco abierto, una ventanilla que atendía al público y algunos viajeros. Welker agarró mi tarjeta, miró con cautela en todas direcciones y se fue hacia el teléfono. Le vi descolgarlo, meter la tarjeta, marcar, esperar y hablar. Luego colgó y se apoyó en la pared. Se apoyó y, de no haber habido allí una pared, creo que se habría desplomado.

Esperé un poco. Luego bajé y fui hacia él. Estaba llorando. Lloraba en silencio. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, se le juntaban en la barbilla y le goteaban sobre el jersey. No se las enjugó. Los brazos le colgaban como si hubieran perdido las fuerzas y ya no le sirvieran para nada. Se dio cuenta de que yo estaba delante de él y me dijo:

—Tienen a los niños. Hace media hora que han salido.

—¿De dónde han salido? ¿Adónde van?

—Han salido de Zurich; iban de vuelta al internado. Pero sólo llegarán, si yo regreso. —En ese momento se repuso y se enjugó las lágrimas.

—¿Puede usted decirme qué está pasando? ¿En qué está usted metido? ¿De qué se trata?

—¿Tienen los detectives privados obligación de guardar secreto, como los médicos o los curas? —No esperó a que le contestara. Empezó a hablar y ya no paró. Hacía frío y, pasado un rato, las piernas y el vientre me empezaron a doler de tanto estar de pie. Pero él no interrumpió su relato ni yo le interrumpí a él. Entonces una señora quiso usar el teléfono, nos fuimos y nos sentamos en el coche. Encendí el motor y puse la calefacción al máximo. ¡Al cuerno con tanto que si el medio ambiente por aquí, que si el medio ambiente por allá! Al final, se puso a llorar de nuevo.

2. ASEGURADO POR PARTIDA DOBLE

Su relato empezaba en el mes de agosto de 1991. Algunos generales habían intentado dar un golpe en Moscú; la buena estrella de Gorbachov iba en declive y la de Yeltsin, en ascenso. Gregor Samarin propuso a la banca Weller & Welker que le enviaran a Rusia para ver las posibilidades de invertir. Con el fracaso del golpe de Estado, el futuro del comunismo estaba sentenciado y el triunfo del capitalismo era imparable. Era el momento idóneo para crear fondos con participación rusa. Los conocimientos que Gregor tenía de la lengua, el país y sus gentes proporcionaban a la banca Weller & Welker una ventaja sobre la competencia, que merecía la pena aprovechar.

Hasta ese momento, Gregor había sido chico para todo: había hecho de chófer y de recadero, a pie y en coche; toda clase de reparaciones en el banco, la casa y el patio, y había servido de ayudante en la ventanilla, la contabilidad y la gestión de expedientes. Había terminado el bachillerato, pero no había querido seguir estudiando después ni nadie le había animado a hacerlo. Ya en su época de colegial se había mostrado cumplidor y servicial, y luego resultó muy cómodo que siempre estuviera disponible. Vivía en un apartamento dentro de la casa del viejo Welker, en la Gustav-Kirchhoff-Strasse; percibía un modesto sueldo mensual y, cuando lo pedía, un dinero extra para compras, vacaciones o lo que pudiera necesitar. Pero eso sucedía en muy raras ocasiones. Su madre le había hecho aprender ruso en el colegio, y una vez al año viajaba a Rusia. Utilizaba los coches que ya no usaban ninguna de las dos familias, que le consideraban parte del inventario familiar.

Al principio su propuesta sorprendió a todos. Pero ¿por qué no? ¿Por qué no había de intentar, también él, demostrar su valía alguna vez? Si la

cosa no resultaba, sólo se habría dado una vuelta por ahí, habrían sido una especie de vacaciones. Pero, si se conseguía algo, cosa en la que nadie confiaba, pues, tanto mejor. Y así, dieron su aprobación.

Estuvo casi seis meses fuera. Llamaba por teléfono; mandaba faxes y correos electrónicos; proponía las más diversas inversiones en el sector energético, desde centrales eléctricas en Moscú y Sverdlovsk hasta derechos de sondeo en Kamchatka y, de vez en cuando, enviaba a hombres de negocios rusos que querían invertir en la Alemania occidental y que se presentaban en Schwetzingen. Las propuestas no llegaron a concretarse y los acuerdos con los hombres de negocios rusos, tampoco. Pero cuando Gregor volvió, estaba cambiado. No sólo había adquirido un ligero acento ruso, sino que también se vestía, se movía y se comportaba de otro modo. Parecía como si perteneciese a la dirección del banco. El viejo Weller acababa de dejar el negocio y se había retirado al Augustinum para pasar allí los últimos años de su vida. Bertram y Stephanie no querían ofender a Gregor. ¿Acaso no se habían propuesto ser unos jefes diferentes, evitando la arrogancia y la altivez de sus padres? Al fin y al cabo, Bertram y Gregor habían crecido juntos y Gregor siempre había trabajado por y para sus familias y el banco.

Fue entonces cuando empezó a hablar de la adquisición de la Cooperativa Sorbia de Banca. Bertram y Stephanie intentaron hacerle ver que aquella adquisición sería un error. El futuro de la banca Weller & Welker estaba en el asesoramiento de inversiones y no en la gestión de ahorros. La crisis de los ochenta se había logrado superar gracias a que el banco se había hecho más pequeño, a que habían prescindido de lo que no era esencial para concentrarse en lo que sí lo era. Pero Gregor no cejaba en su empeño. Un buen día volvió de un viaje a Berlín con la noticia de que había concluido las negociaciones mantenidas durante varias semanas con el Instituto Fiduciario y que había comprado la Cooperativa Sorbia de Banca por dos perras gordas. Había abusado de los poderes que le habían otorgado y ellos podían denunciarle, llevarle ante los tribunales y meterlo en la cárcel. Si actuaban con suficiente rapidez y decisión, aún podrían, incluso, deshacer el acuerdo con el Instituto Fiduciario. Pero ¿no daría aquello una mala imagen de Weller & Welker? ¿Les gustaría a los

clientes enterarse por la prensa del enfrentamiento surgido en la dirección del banco? ¿No sería mejor permitir que Gregor llevara la Cooperativa Sorbia de Banca? Ya la reflataría. Era un banco de gente modesta y de eso Gregor entendía bastante; él mismo lo era. ¿No le debían, al menos, una oportunidad?

Transigieron y, bueno, pareció que la cosa funcionaba. Pasado un año, si bien la Cooperativa Sorbia no había obtenido beneficios, tampoco había generado pérdidas, a pesar de que se habían hecho reformas en la oficina principal de Cottbus y en las sucursales de la región y se había cumplido la condición impuesta por el Instituto Fiduciario de conservar a todo el personal. Parecía que entre la gente de la antigua República Democrática circulaba más dinero de lo que, por regla general, se creía. Y también parecía que Gregor se las arreglaba bien para conseguir subvenciones regionales, federales y europeas. ¡Todo un éxito del Este!

Hasta que Stephanie lo descubrió. No se fiaba de que aquello fuese tan bonito como parecía ni se fiaba de Gregor, tampoco tuvo el menor escrúpulo en registrar la documentación que Gregor guardaba en el archivo y en el ordenador, y traducir lo que no entendía con la ayuda de un economista ruso emigrado, con el que se había puesto en contacto en Berlín. Informó a Bertram y ambos se enfrentaron a Gregor. Le dieron un mes para largarse con sus sucios negocios y desaparecer del banco y de sus vidas. No le denunciarían, pero tampoco querían volver a verle.

Pero Gregor reaccionó de una forma muy distinta a la que habrían esperado. ¿Qué se habían creído Stephanie y Bertram? Él no les había hecho nada, más bien les había aportado algo y ellos querían arruinarlo. Él era un hombre de negocios, tenía sus obligaciones y no podía permitirse no cumplirlas. Y no pensaba marcharse. Y ya que había surgido el asunto: estaba harto de tener que pasar por Lusacia el dinero que se conseguía en la Europa occidental; en el futuro lo cobraría directamente y lo depositaría en Schwetzingen.

—Un mes —le dijo Stephanie—, ni un día más. No nos obligues a ir a la policía.

Dos semanas más tarde Stephanie estaba muerta. Si Bertram no se avenía a colaborar, los siguientes serían sus hijos: primero uno y luego el

otro, y por último él... Gregor no renunciaría a lo que se había ganado a fuerza de trabajar.

Desde entonces, los niños estaban en un internado en Suiza y siempre les seguían de cerca dos hombres jóvenes con traje oscuro. O con ropa de esquiar, de jugar al tenis, de correr o de ir de excursión. Bertram había tenido que decirle al director del colegio que eran guardaespaldas. Después de la misteriosa desaparición de su madre tras la que, tal vez, se escondiese un secuestro o un chantaje, era obligado extremar las precauciones. La dirección del colegio no puso ninguna objeción. Y aquellos tipos también se mantuvieron en un discreto segundo plano, siempre que pudieron.

—Y, en cuanto a mí, ya lo ha visto usted mismo. Tuve que dejar mi casa e instalarme en el banco, y no podía dar un solo paso sin él. Luego, apareció usted y conseguí meterle en la historia del socio secreto ya que a Gregor sus pesquisas le parecían inofensivas y, además, temía despertar sus sospechas, si lo mandaba a paseo. Yo no le contraté por lo del socio secreto. Tenía la esperanza de que usted se percatase de lo que aquí estaba pasando y estuviese dispuesto cuando llegara el momento. Pero no ha sido así.

Le miré sin entender nada.

—¡Por el amor de Dios! No le estoy haciendo ningún reproche. Sí, tenía la esperanza de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. Cuando Gregor no me permitía llamarle; cuando no se interesaba por lo que yo decía; cuando dijo que yo tenía que pensar lo que él dijera o cuando lo del maletín, que a mí me daba igual, era tan importante para él, pensé que se daría cuenta de lo que estaba ocurriendo en el banco. También confiaba en que hoy usted hubiera acudido más temprano. Aunque también había pensado que los niños se iban a quedar más tiempo. Con su ayuda, quería haber escapado de las garras de Gregor mientras los niños estuvieran de visita en casa de unos amigos de Zurich. ¿Comprende? Pero él se ha asegurado por partida doble: cuando no tiene controlados a los niños, me tiene a mí, y cuando no me puede controlar a mí, como en el caso de relaciones de negocios o de actos sociales en los que no puede impedirme hablar, tiene a los niños. Mientras estaban en casa de los amigos de Zurich no los tenía, pero ahora ya los tiene.

—Deberíamos ir a la policía.

—¿Está usted loco? ¡Tienen a mis hijos en su poder! Los matarán si vamos a la policía. —Se miró fijamente las manos—. Lo único que puedo hacer es volver. Lo único que puedo hacer es volver. —En esta ocasión se puso a llorar como un niño, entre hipos y sollozos desconsolados.

[***OceanofPDF.com***](http://OceanofPDF.com)

3. ÉSTE YA NO ES MI MUNDO

Le aclaré a Welker que podía esperar un par de horas antes de volver. A los niños no les ocurriría nada mientras Samarin no estableciese contacto con él. Samarin necesitaba a los niños vivos. Los necesitaba para amenazar con matarlos, y sólo podía amenazar con matarlos, si hablaba con Welker.

—¿Y para qué servirá esperar?

—Un par de horitas sin Gregor... ¿Le parece poco? Y, además, a mí me gustaría poder hablar con un viejo amigo, un policía jubilado. Ya sé que usted no quiere policías. Pero así no podemos seguir, ni los niños ni usted. Tiene que pasar algo. Y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—Como a usted le parezca...

Así que llamé a Nägelsbach y, como los hombres de Gregor sabían dónde vivía y como era muy probable que me hubieran seguido a casa de Nägelsbach y a casa de Brigitte, llamé a Philipp y le pedí que nos acogiera. Evitamos la autopista y fuimos a su casa, que está en Waldparkdamm, dando una serie de rodeos por Plankstadt, Grenzhof, Friedrichsfeld y Rheinau. No había a la vista Mercedes alguno, ni azul ni negro ni verde; ni hombres jóvenes con traje oscuro. En la Stephanienufer, a orillas del río, madres y padres que ya habían almorzado empujaban carritos de bebé, y por el Rin traqueteaban apaciblemente las barcas.

Welker estaba receloso. Nägelsbach había aparecido con su mujer y Philipp, ya que estábamos en su casa, quería enterarse de qué se iba a hablar. Welker los fue mirando uno a uno desde la puerta entreabierta del dormitorio de Philipp, con su espejo en el techo sobre la cama de agua, y luego me miró a mí.

—¿Está usted seguro de que...?

Yo asentí y empecé a contar la historia. Al principio él sólo añadía algo de vez en cuando pero, después, ya se encargó de seguir él. Al final se le volvieron a saltar las lágrimas. La señora Nägelsbach se levantó, se fue a sentar en el brazo de su butaca y le rodeó con sus brazos.

—Éste ya no es mi mundo —dijo Nägelsbach sacudiendo la cabeza apesadumbrado—. No es que en mi mundo todo fuese como debiera ser. Si todo hubiera sido como debía ser, yo no habría sido policía. Pero el dinero era el dinero, un banco era un banco y un delito era un delito. Los asesinatos tenían que ver con la pasión, los celos o la desesperación y, si se cometían por codicia, era por auténtica codicia. Estos asesinatos calculados, este blanqueo de millones, este banco que es una casa de locos, en la que los locos han encerrado a médicos y enfermeras... es un mundo que me es ajeno.

—¡Vamos, déjalo ya! —dijo la señora Nägelsbach enfadada—. Llevas varias semanas hablando siempre de lo mismo. ¿Por qué no te olvidas de una vez de las penas de la jubilación o las dejas a un lado o las empleas para decirles a tus amigos y a este pobre hombre algo que les sea de utilidad? Tú has sido un buen policía; yo siempre he estado orgullosa de ti y quisiera poder seguir estándolo.

Philipp intervino.

—Yo le comprendo. Tampoco es ya mi mundo. No sé exactamente a qué se debe, si al fin de la guerra fría, al capitalismo, a la globalización, a Internet o a que la gente ha perdido el sentido de la ética.

Debí de mirarle con aire perplejo. Él me devolvió una mirada de indiferencia.

—¿Piensas que yo no debería hablar de ética? Que haya estado con muchas mujeres no significa que no tenga sentido ético. Además, donde se blanquea dinero también se explota a las mujeres. No, yo no estoy dispuesto a entregar mi mundo sin luchar por él, y espero que vosotros tampoco.

Yo miraba asombrado a uno y a otro. La señora Nägelsbach sacudió la cabeza.

—¿Luchar? Vosotros no tenéis necesidad de demostrar al mundo que aún no sois unos trastos viejos, que aún podéis dar lecciones a los jóvenes. Llamad a la policía sin poner a Samarin sobre aviso. Tú conoces a las

personas adecuadas, Rudi. Cuando Samarin se dé cuenta de que el juego se ha terminado, no estará tan loco como para hacerles daño a los niños.

—Yo también lo creo, pero, seguro, seguro... no estoy. ¿Usted sí? Que el juego se haya terminado puede devolverle a uno la cordura, pero también puede nublarle la razón. Yo nunca he presenciado un momento en el que Samarin haya perdido el control. Aunque, hace poco, anduvo cerca, y temo que, en caso de que explote, sea capaz de cualquier cosa.

—Pues, no le quepa la menor duda: puede explotar. Puede asesinar. No, ¡nada de policía! Muchas gracias, pero yo... —Welker se puso de pie.

—Siéntese. Tenemos que aprovechar lo que tenemos: un médico, una ambulancia...

Philipp asentía.

—... un policía de uniforme...

Nägelsbach se rió.

—Si me cabe... Hace años que no me lo pongo.

—... y la elección del lugar. Señor Welker, ¿sería usted capaz de fingir por teléfono tal pánico que Samarin se asuste y prefiera encontrarse con usted donde usted diga a arriesgarse a que haga una locura? ¿Cree que podrá?

Philipp sonrió entre dientes.

—No te preocupes. De eso me encargo yo.

—En la Wasserturm —dijo Nägelsbach y colocó el cenicero en el centro de la mesa, como si fuese la torre; puso delante un periódico como si fuese el Kaiserring, y agarró un bolígrafo para señalar—. Samarin, lógicamente, apostará a sus hombres en torno a la Wasserturm. Y, si cuenta con cuatro coches, los tendrá aparcados en las cuatro calles que parten de la torre. Pero no puede tener a toda su gente sentada en los coches y, cuando...

Nägelsbach planificaba, aclaraba detalles, respondía preguntas, tomaba en cuenta objeciones. La empresa iba tomando cuerpo. Su mujer le miraba con orgullo. También yo me sentía orgulloso de mis amigos. ¡Con qué calma, concentración y autoridad se había metido Philipp en el asunto! ¿Planificaría así sus operaciones? ¿Prepararía a sus ayudantes para desempeñar sus cometidos en equipo de igual manera que a Welker para que hiciera su papel? Le persuadía, le interrogaba, se burlaba de él, le

tranquilizaba, le imponía su criterio y, pasado un rato, lo tuvo ya dispuesto para que, cuando llamase a Samarin, estuviera efectivamente casi a punto de perder los nervios.

Samarin aceptó la propuesta de encontrarse a las cinco en la Wasserturm.

—Nada de policía. Hablamos tú y yo; luego hablas con los niños por el móvil y, después, volvemos en el coche a Schwetzingen.

OceanofPDF.com

4. MINUTO A MINUTO

Si los deseos se hicieran realidad, yo viviría en uno de los torreones circulares de cualquiera de los dos edificios de piedra arenisca que hay en la esquina de la Friedrichsplatz con la Augustaanlage y, en vez de andar dando vueltas junto a la Wasserturm, donde, en realidad, no se me necesitaba, habría instalado una tumbona en la terraza, habría sacado los prismáticos Zeiss que heredé de mi padre, y me habría puesto a observar lo que pasaba.

Welker llevaba allí desde mucho antes de las cinco, daba vueltas alrededor de la Wasserturm, miraba los estanques vacíos y volvía la cabeza, expectante, de la Rosaleda a la Kunsthalle. Estaba desazonado, cruzaba los brazos sobre el pecho, como si se lo quisiera sujetar, andaba demasiado deprisa y, cuando se quedaba quieto, se apoyaba, nervioso, primero en una pierna y luego en la otra. Nägelsbach estaba sentado en un banco, en actitud de paisano, pero de uniforme. A su lado estaba sentada su mujer.

Probablemente, desde allá arriba yo habría tenido a todos los hombres de Samarin al alcance de la vista. Vi el Mercedes azul; estaba junto a la parada de autobús del Kaiserring, con alguien al volante. No vi a los demás hombres. Tampoco vi a Samarin hasta que, atravesando el Kaiserring, se acercó a Welker. Caminaba con paso firme y pesado, como si nada pudiera afectarle o detenerle. Es de suponer que había inspeccionado el terreno de alrededor y se había asegurado de que todo estaba normal. Si Welker se hubiese puesto en contacto con la policía, ésta no habría permitido que hubiera uno de uniforme, sentado con su mujer, al lado del punto de encuentro. Tampoco habría permitido que yo estuviese en ese punto. Samarin miró hacia la parte superior de la Wasserturm para comprobar que estaba desierta, sacudió la cabeza y se echó a reír.

Más tarde, me olvidé de preguntarle a Welker qué le había dicho Samarin y qué le había contestado él. No estuvieron hablando mucho rato. Habíamos planificado todo minuto a minuto.

La ambulancia estaba esperando en la Kunststrasse a que el semáforo se pusiera verde. Atravesó el Kaiserring, giró alrededor de la fuente que hay delante de la Wasserturm y accionó las luces giratorias y la sirena justo unos metros antes de pararse cerca de Welker y Samarin. Éste se puso furioso; miró a la ambulancia de la que, inmediatamente saltó Philipp por delante, vestido de blanco, y Füruzan y una compañera suya, con sus trajes de enfermeras y una camilla, por la parte de atrás; se dio la vuelta; vio a la señora Nägelsbach tendida en el suelo, tras caerse del banco, y se relajó justo en el momento en que Philipp le echaba un brazo por los hombros y le aplicaba una inyección en el brazo. Se tambaleó y pareció que Philipp le agarraba por los hombros para sostenerle y afianzarle. A continuación ya estaba tendido en la camilla y, en un abrir y cerrar de ojos, lo estaban metiendo en la ambulancia. Acto seguido las enfermeras cerraron la puerta desde dentro; Philipp se puso al volante de un salto y, en pocos segundos, la ambulancia ya estaba en el Friedrichsring y salía de allí a toda marcha. Nägelsbach se estaba ocupando de su mujer, a la que su papel le había gustado, y no quería volver en sí. No se puso de pie hasta que la sirena de la ambulancia dejó de oírse. Entonces dejó que su marido la acompañara a la parada de taxis que hay delante del Deutsche Bank. En un minuto todo había pasado.

El Mercedes arrancó haciendo chirriar las ruedas; giró saltando por encima de la franja de césped y los raíles, y se fue por el Friedrichsring sin posibilidad alguna de dar alcance a la ambulancia. Yo seguía sin ver a los otros hombres. Ninguno de los viandantes ni de los que iban de paseo se había detenido; nadie se había asombrado ni nadie había preguntado a los otros qué habían visto o qué había pasado. Todo había sucedido tan deprisa que nadie había tenido tiempo de sentir curiosidad.

Me senté en el mismo banco en el que había estado sentado el matrimonio Nägelsbach y encendí uno de mis escasos cigarrillos. Los cigarrillos, cuando son escasos, no saben bien; saben igual que el primero, que tampoco sabe bien. Media hora más tarde, Samarin recobraría el

conocimiento en el hospital, en un trastero sin ventanas, con una camisa de fuerza y atado a la cama. Yo negociaría con él; ya nos conocíamos. Welker había insistido en que el intercambio de Samarin por los niños se hiciera estando todos presentes. Quería que Samarin viviese realmente su derrota.

—Si no, nunca me dejará en paz.

OceanofPDF.com

5. A OSCURAS

Cuando me acerqué a Samarin, tenía los ojos cerrados. Allí no había espacio suficiente para una silla; me apoyé en la pared y esperé. Samarin tenía puesta la camisa de fuerza y estaba atado a la cama.

Entonces abrió los ojos y me di cuenta de que sólo los había mantenido cerrados para sentir, escuchar y oler en qué disposición de ánimo y de qué humor me encontraba yo. Se quedó mirándome fijamente y no dijo nada.

—Welker quiere que le devuelvan a sus hijos. Sus hijos a cambio de usted. Y también quiere que usted desaparezca de su vida y de su banco.

Samarin sonrió.

—¿Para que el mundo vuelva a funcionar como debe? ¿Los de arriba, entre ellos, y los de abajo, entre nosotros?

Yo no dije nada.

—¿Cuánto tiempo me va a tener aquí atado?

Me encogí de hombros.

—El que sea necesario. Este cuarto no se utiliza. Si se pone usted a incordiar, le atiborramos de pastillas y le llevamos ante el juez de guardia, que le mandará al psiquiátrico. Aunque, como es usted un asesino, en realidad, lo que corresponde es llevarle ante un tribunal. Tal vez hagamos eso más tarde.

—Si no vuelvo pronto con mis hombres, le harán algo a los niños. En eso quedamos: si a mí me ocurre algo, también les ocurrirá algo a los niños.

Yo sacudí la cabeza y me incorporé.

—Piénselo. Volveré dentro de una hora.

Philipp, Füzuzan y su compañera estaban tomándose un coñac en el cuarto de enfermeras. Füzuzan no paraba de alabar a Philipp. Su compañera estaba encantada de que la hubieran llevado a una misión que no entendía

del todo, pero que, al parecer, había sido importante y peligrosa. Philipp, que volvía a ser el fanfarrón irreflexivo y amable de siempre, no paraba de celebrarlo.

—¡La cara que puso al sentir la aguja! ¡Y la señora Nägelsbach tumbada en el suelo! ¡Hay que ver lo rápido y lo bien que fue todo! ¡Y el recorrido, con las luces giratorias y la sirena!

La tensión que atenazaba a Welker iba aflojándose lentamente. En la Wasserturm se había sentado en el banco, a mi lado, sin decir palabra. Pocos minutos más tarde nos habíamos subido a un taxi que Nägelsbach nos había mandado desde la parada. Antes de dirigirnos al hospital, habíamos dado unas cuantas vueltas por Mannheim para estar seguros de que nadie nos seguía; durante todo el trayecto, Welker, sentado en un rincón, estaba pálido y mudo. Pero, en ese momento, escuchaba a Philipp como si no pudiese entenderlo.

—¿Puedo tomarme yo también un coñac?

Cuando hubo pasado una hora, volví a ir a ver a Samarin.

—¿Y mi dinero?

—¿Su dinero?

—Bueno, vale, a mí sólo me corresponde una parte. Por eso, precisamente, lo necesito. A mis... socios no les hará ninguna gracia que su dinero se haya esfumado.

—Si con el dinero hay una mayor seguridad de que usted desaparezca, Welker no tendrá nada en contra de que se lo lleve. Se lo voy a preguntar.

Welker hizo un gesto de protesta.

—¡Por Dios bendito! Yo no quiero su sucio dinero. Si lo encuentro, lo donaré; si ha volado, pues ha volado. Que pase a recogerlo mañana.

Samarin me miró estupefacto.

—¿Eso ha dicho Welker, el hombre más tacaño y codicioso que conozco?

—Sí, eso ha dicho.

Samarin cerró los ojos.

—¿Necesita más tiempo? Volveré luego.

Philipp quería salir con los demás a comer, a beber y a celebrarlo.

—Nosotros vamos delante, vente tú luego. Los Nägelsbach también vienen. Aunque Samarin coopere, aún pasarán varias horas hasta que lleguen los niños. No tienes que estar vigiéndolo. No puede soltarse y, si arma jaleo, la enfermera del turno de noche le pondrá una inyección.

—Id vosotros. Yo me quedo. Quizás duerma una horita o dos.

Me quedé en el cuarto de enfermeras y oí sus risas fuera. Luego llegó el ascensor, se tragó las risas y todo quedó en silencio. Sólo se oía el tenue zumbido de la calefacción. A Samarin le queríamos decir el lugar y la hora del intercambio lo más tarde posible, de manera que no le diese tiempo más que a comunicárselo a su gente. De momento, sólo debía indicarles que se dirigieran a Mannheim con los niños. Fui de nuevo a verle.

—Tengo... tengo que mear.

—No puedo soltarle.

Aunque estaba atado y con la camisa de fuerza, su aspecto seguía siendo peligroso e imponente. Busqué una botella para orinar en el cuarto de enfermeras. Mientras le desabotonaba los pantalones, le bajaba los calzoncillos, le sacaba el pene y se lo introducía, arreglándomelas como podía, en el orificio de la botella, giró la cabeza para el otro lado.

—Venga, ya puede —le dije.

Después de haberle abrochado el pantalón, me miró.

—Gracias —me dijo y, pasado un rato, me preguntó—: ¿A quién se supone que he matado?

—No se haga el tonto... Primero, a la señora Welker y, luego... No puedo demostrarlo, pero estoy seguro de que a Schuler alguien le dio un susto que le causó la muerte. Qué más da que haya sido usted en persona o sus mafiosos.

—Conocía a Stephanie desde que éramos niños. Schuler me enseñó a leer, a escribir, a hacer cuentas y geografía e historia de nuestra región: la muralla celta del Heiligenberg; el puente romano del Neckar; la iglesia del Espíritu Santo, incendiada por Mélac.

—Eso no hace menos malos los asesinatos.

Dejó pasar un rato antes de preguntarme:

—¿Y qué se supone que tengo yo que ver con la mafia?

—¡Vamos, no me venga con milongas! Ya no es ningún secreto que se dedica a blanquear dinero para la mafia rusa.

—¿Y eso nos convierte a mí y a mi gente en mafiosos? —dijo resoplando despectivamente—. Es que no tiene usted ni idea. ¿Cree que Welker seguiría vivo si fuéramos de la mafia rusa? ¿O usted mismo o esos mamarrachos que me echaron el guante? Weller & Welker me han estado mangoneando toda la vida y no me voy a dejar mangonear más. Sí, blanqueo dinero. Y me da lo mismo para quién..., igual que a cualquier banquero. Mis hombres son rusos y son profesionales. Y yo —volvió a resoplar de un modo enérgico— soy mi propio dueño. —Cerró los ojos y, cuando ya creía que no iba a decir nada más, añadió—: No, nunca me gustaron esas familias, ni los Weller ni los Welker. El abuelo de Bertram y la madre de Stephanie tenían buen corazón, pero el padre de Bertram... y el propio Bertram..., debería haberlos matado a los dos.

—¿No fue el padre de Bertram quién le crió?

Se rió.

—Siberia hubiese sido mejor.

—¿Y qué pasa con los hijos de Welker?

—Pues, ¡qué va a pasar! Nadie les ha tocado un pelo. Creen que mis hombres son sus guardaespaldas, presumen de tenerlos y la niña coquetea con ellos.

—Bueno, ¿qué? ¿Llama usted a sus hombres? ¿Les dice que se pongan en camino con los niños?

Asintió lentamente.

—Que salgan inmediatamente. Así, aún podemos hacer el intercambio hoy mismo. No me apetece seguir aquí tumbado.

Busqué su móvil, marqué el número que me dijo y se lo puse al oído.

—Hable en alemán.

Dio unas instrucciones sucintas. Luego me preguntó:

—¿Dónde se va a hacer el intercambio?

—Ya se lo diremos cuando su gente llegue a Mannheim. ¿Cuánto tiempo les llevará?

—Cinco horas.

—Bien, pues hablaremos dentro de cinco horas.

Le pregunté si quería que le dejara la luz encendida o apagada. Quiso quedarse a oscuras.

OceanofPDF.com

6. BUENO, PUES ¡ADELANTE!

Volví a tener fiebre y le pedí dos aspirinas a la enfermera del turno de noche.

—No tiene buen aspecto. Váyase a casa y métase en la cama.

Negué con la cabeza.

—¿No puedo dormir aquí un par de horitas?

—Al fondo del pasillo tenemos otro trastero. Le pondré una cama.

Cuando me tumbé, me puse a pensar en Samarin. ¿Sería el aire de su cuartucho tan asfixiante como el del mío? ¿Se le haría a él también tan angosto? ¿Oiría él también el zumbido de la calefacción? El cuarto no tenía ventanas y estaba sumido en una oscuridad absoluta. Me puse las manos delante de la cara, pero no me las veía.

A veces pienso que una cosa se ha acabado cuando, en realidad, está empezando. Eso era lo que me había ocurrido por la mañana, cuando Welker y Samarin me acompañaron al coche. Otras veces pienso que estoy en el meollo de la historia cuando, en realidad, ya se ha terminado. ¿Habría sucedido ya, en realidad, lo que queríamos llevar a cabo por la noche? Claro que aún no había tenido lugar, pero ¿no estaban ya repartidos los papeles, y establecidas las entradas y salidas, de tal modo que lo que imaginábamos y lo que queríamos convenir no podía suceder más que de una única manera?

No era más que una sensación. Un temor. El temor a ser, una vez más, demasiado lento y no percatarme con la suficiente rapidez de lo que ocurría en realidad. Así que me puse a repasarlo todo: qué quería Welker, qué quería Samarin, qué conseguirían en el mejor de los casos, qué perderían en el peor, y con qué podrían sorprenderse entre sí o sorprendernos a los demás.

Pensando en eso me quedé dormido. A medianoche me despertó la enfermera.

—Los otros ya han vuelto.

Philipp, Nägelsbach y Welker estaban en el cuarto de enfermeras y discutían sobre dónde debía llevarse a cabo el intercambio. Welker quería un sitio retirado y discreto, a ser posible en las afueras.

Nägelsbach se inclinaba por un lugar abierto y bien iluminado o una calle céntrica.

—Quiero poder ver a esa gente.

—¿Para estar seguro de que no nos van a tender una trampa? Les diremos dónde y cuándo nos encontramos, calculando la hora de manera que no tengan tiempo de prepararnos ninguna trampa.

—Pero si es un sitio abierto y bien iluminado...

—En el sitio en que se haga deberíamos tener una o dos personas en reserva, que puedan verlo todo sin ser vistas, y que, si es necesario, puedan actuar por sorpresa.

Nos decidimos por el Luisenpark. Allí había árboles y arbustos para esconderse y, al mismo tiempo, una amplia superficie cubierta de césped. Los otros tendrían que subir por la Werderstrasse y nosotros llegaríamos con Samarin por la Lessingstrasse. El intercambio podría hacerse en medio del parque.

—¿Lo hacemos nosotros, Philipp, mientras ustedes dos se quedan de reserva?

Los demás estuvieron de acuerdo con mi decisión. Nägelsbach también se mostró dispuesto a volver a ponerse el uniforme y la gorra.

—A lo mejor estaría bien que pudiéramos actuar como si la policía estuviese de nuestro lado.

Después, ya sólo nos quedaba esperar. El viejo y gran despertador manual del cuarto de enfermeras desgranaba los minutos. Nägelsbach había encontrado dos cajas de cerillas y se puso a hacer una torrecilla, colocando dos a lo ancho y dos a lo largo, con las cabezas dispuestas de forma regular en todas las direcciones. Welker tenía los ojos cerrados; su expresión era tensa y concentrada, como si estuviera resolviendo una complicada

operación matemática. Philipp disfrutaba por anticipado del intercambio como si de una aventura se tratase.

Fui al cuarto trastero, encendí la luz y Samarin llamó a su gente.

—Están desde hace diez minutos en la Augustaanlage.

—Dígales que esperen allí a recibir instrucciones.

A continuación lo desaté y le ayudé a bajar de la cama.

—¿Y qué hacemos con esto? —preguntó mirando la camisa de fuerza que le sujetaba los brazos por delante del pecho.

Le eché el abrigo por los hombros.

—Ya se la quitarán luego sus hombres.

Incluso con ella puesta, tenía un aspecto peligroso; como si pudiera aplastarme contra la pared con aquel cuerpo fornido y voluminoso. Me mantuve a cierta distancia de él hasta que llegamos al coche. No dijo una sola palabra al ver a los demás, entre ellos Nägelsbach de uniforme; ni cuando Nägelsbach y yo le hicimos sentarse entre nosotros en el asiento trasero; ni tampoco durante el trayecto.

Aparcamos en la Lessingstrasse, y Welker y Nägelsbach se bajaron y se pusieron en camino. Yo le expliqué a Samarin dónde debían aparcar sus hombres y adónde debían dirigirse con los niños, una vez en el parque, y él se lo transmitió.

Después nos bajamos también nosotros y nos quedamos esperando a la entrada del parque: Philipp, a la derecha de Samarin, y yo, a la izquierda. No veía a Nägelsbach ni a Welker, pero sí los arbustos del otro lado del parque entre los que habían decidido esconderse. En el cielo, una media luna proporcionaba claridad suficiente como para distinguir con nitidez árboles, arbustos y bancos y daba una tonalidad gris a la amplia superficie del césped. Volví a sentir el temor de que algún detalle se me hubiera pasado por alto y traté de volver a repasarlo todo. Nosotros soltaríamos a Samarin y ellos soltarían a los niños. ¿O nos matarían de un disparo a Philipp y a mí? ¿O, en vez de acudir a entregárnoslos, se quedarían observándonos y esperarían a que nos marcháramos, agotados y con los nervios de punta, para caer sobre nosotros? ¿Irían a...? Pero la fiebre no me permitía pensar con claridad. De pronto, la situación me pareció ridículamente irreal. Por allí delante, Nägelsbach y Welker estaban espiando

como dos niños dispuestos a saltar gritando «¡Uhhh!» y asustar a los demás. A mi lado estaba Samarin como un oso con una argolla en la nariz y una cadena sujeta a la argolla. No me hubiera extrañado oír el tintineo cada vez que se movía. En la oscuridad, a Philipp se le veía tenso y satisfecho a un tiempo, como un cazador al acecho.

Al otro lado del parque primero se vieron unos faros. Luego, se detuvo un coche grande; dos hombres se bajaron, abrieron las puertas traseras y ayudaron a bajar a un niño y a una niña. Ellos empezaron a caminar y nosotros, también. No se oía nada, salvo nuestras pisadas sobre la gravilla.

Cuando no nos separaban más de veinte metros, le dije a Samarin:

—Díales que se queden donde están y que manden a los niños para acá.

Él dio unas órdenes en ruso. Los hombres se quedaron quietos, les dijeron algo así como «¡Andando!» a los niños y ellos se dirigieron hacia nosotros.

—Bueno, pues ¡adelante!

Samarin asintió y se puso en marcha. Llegó a donde estaban sus hombres, intercambiaron unas palabras y se fueron hacia la Werderstrasse. Los niños preguntaron: «¿Qué pasa? ¿Dónde está papá?». Philipp, refunfuñando, les dijo que se callaran y se dieran prisa. Cuando llegábamos a la puerta de entrada del parque, miramos hacia atrás. Fue justo entonces cuando ocurrió todo.

No vimos de dónde había partido el disparo. Sólo lo oímos. Y después de ése, otro. Vimos cómo Samarin se desplomaba, cómo los otros dos se agachaban para ver qué le había pasado o para ponerse a cubierto, o para ambas cosas. Yo pensé: ¡Dios mío!; luego oí el silencio del parque, el eco de los disparos retumbó en mi cabeza, y después, empezó todo el jaleo. Los hombres de Samarin se enderezaron; dispararon; echaron a correr hacia el coche, sin dejar de disparar, se metieron dentro de un salto y desaparecieron.

Llevar a los niños al coche, que uno de nosotros se quedara con ellos..., antes siquiera de poder ordenar mis ideas, ellos ya habían echado a correr.

—¡Papá!

Welker había salido de detrás de los arbustos del fondo del parque; fue a su encuentro y los estrechó en sus brazos. Philipp corrió hacia Samarin. Al llegar yo también, sin aliento, él se incorporaba.

—Está muerto.

—¿Dónde está Nägelsbach?

Philipp se dio la vuelta y se dirigió a Welker:

—¿Dónde está Nägelsbach?

Welker señaló hacia los arbustos al final del camino.

—Estaba allí...

Entonces le vimos. Venía hacia nosotros arrastrando los pies y apretándose el costado con una mano.

—Es usted un idiota —le dijo Philipp a Welker. Nunca le había visto tan furioso—. Venga, Gerd, tenemos que llevarle al coche.

Corrimos hacia Nägelsbach, le agarramos por debajo de los brazos y nos dirigimos hacia el coche despacito, paso a paso.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Welker caminando a nuestro lado.

—¡Espere a que llegue la policía!

En algunas casas se encendieron las luces.

OceanofPDF.com

7. ¿PERDER LA JUBILACIÓN?

Logramos llevar a Nägelsbach al coche, al hospital y al quirófano. En dos horas Philipp le extrajo la bala y le cosió el intestino y el vientre. Después de sentarse a mi lado, quitarse la bata y la mascarilla, me miró sonriente.

—Tengo una cosa para ti.

Cogí la bala.

—La necesitará la policía.

—No, la policía necesitará esta otra —dijo sosteniendo una entre el índice y el pulgar.

Le miré desconcertado.

—Debió de recibir un balazo hace mucho y, en aquel momento, sería demasiado peligroso extraerla. Se habrá movido de sitio y ahora no estaba lejos de la otra. —Miró alrededor—. ¿Ha venido ya la policía?

Negué con la cabeza.

—Fue Welker el que le disparó a Samarin, ¿no?

—Samarin debía de llevar un arma y Welker se la quitaría. A lo mejor fue cuando estaba en el trastero...

—¿Mientras tú estabas durmiendo? Pues no comentó nada, y yo no me fijé. ¿Y Samarin no se habría dado cuenta? ¿No habría dicho algo?

—Cuenta, seguro que se habría dado, pero contarlo... No. Venir a quejarse a nosotros de que Welker le hubiera quitado el arma, no le pega nada.

—Todo iba bien hasta que ese idiota...

—¿Están hablando de mí? —preguntó Welker apareciendo a nuestro lado.

—Ustedes no pudieron verlo. Gregor y su gente se pusieron a cuchichear y después echaron mano a las armas, y justo cuando...

—Eso es una sandez. Samarin aún tenía puesta la camisa de fuerza, no podía atacar a nadie. ¿Por qué no disparó usted contra sus hombres? ¿Por qué a él y por la espalda?

—Yo... —Welker hacía esfuerzos por contener las lágrimas—. Tenía claro que no iba a funcionar; que Gregor daría por perdida la batalla, pero no la guerra; que seguiría y seguiría y, dentro de nada, yo volvería a estar como estaba. —Las lágrimas que había tratado de evitar eran lágrimas de rabia—. ¡Por Dios! ¿Es que no lo entienden? Llevaba meses aterrorizándome, se había hecho con mi banco, había asesinado a mi mujer, había amenazado a mis hijos... No, no lo siento. Estoy destrozado, pero no lo siento.

—¿Qué ha dicho la policía?

—No me he quedado a esperar.

—¿Se ha largado por las buenas?

Se sentó a nuestra mesa.

—He encontrado un taxi en el Collini-Center y me he llevado a los niños de allí. Para ellos, el día ha sido un infierno. No estoy dispuesto a sacrificarlos para acelerar las investigaciones. —Me puso una mano en el brazo—. Y, si le digo la verdad, tampoco estaba seguro de que usted me dijera en serio lo de esperar a la policía. Yo no soy del oficio; no tengo ni idea de leyes. Pero no sé si ha sido del todo ortodoxo lo que hemos hecho, lo que han hecho usted y sus amigos. Por cierto, ¿cómo se encuentra el policía?

—Se recuperará.

—Justamente me preguntaba qué podría pasarle a él. ¿Qué le puede pasar a un policía jubilado al que se le va la olla? ¿Le pueden abrir un expediente? ¿Podría perder la jubilación? Yo no quería cargar solo con esa responsabilidad y, por eso, tenía que hablar con ustedes. Tampoco sé si podemos responsabilizarnos nosotros sin hablar primero con el policía. ¿Cuándo creen que podremos hablar con él?

—Dentro de un par de días —dijo Philipp moviendo la cabeza—. No creerá usted que podremos quedarnos al margen. Nosotros somos cuatro, y también están enteradas Füzuzan, su compañera, la enfermera del turno de noche y la señora Nägelsbach, y quién sabe si alguien nos habrá visto llegar

o irnos en el coche, o a Gerd y a mí cuando llevábamos a Nägelsbach herido. Y a la policía no le costará nada averiguar que Gregor trabajaba en su banco. ¿Qué les va a decir usted?

—La verdad: que estaba en contacto con la mafia rusa; que intentaba utilizar mi banco para blanquear dinero; que tenía vidas humanas sobre su conciencia y que... que, al final, el asunto se le escapó de las manos.

Philipp había telefoneado a la señora Nägelsbach para comunicarle el buen resultado de la operación. Ahora ella se encontraba frente a nosotros y nos miraba de arriba abajo.

—¿Quién le ha disparado?

—Los hombres de Samarin.

—¿Por qué?

—Samarin ha muerto de un balazo.

—¿Un balazo de quién?

—Justamente nos estábamos preguntando qué datos podríamos o deberíamos facilitar a la investigación policial —dijo Welker mirando a la señora Nägelsbach en busca de consejo y ayuda—. Y si a su marido le gustaría que la policía... y la opinión pública...

La señora Nägelsbach leyó en el rostro de Welker que había sido él quien había matado a Samarin de un disparo. Lo miró y meneó la cabeza. Luego se dirigió a Philipp:

—Lléveme a donde esté. Quiero estar a su lado cuando despierte.

Se fueron. Welker quiso quedarse.

—Esperaré a su amigo. Al paciente, que le proporcionen todo lo que necesite; no importa lo que cueste; que no le falte de nada. Créame: lamento muchísimo que le hayan disparado.

Me miró como si de verdad lo lamentara muchísimo.

Yo asentí con la cabeza.

8. UN TIPO MUY SENSIBLE

Salí del hospital con la esperanza de encontrar un taxi en la parada. Pero aún era demasiado temprano.

Alguien se dirigió hacia mí. Al principio no le reconocí. Era Karl-Heinz Ulbrich.

—Venga, le llevaré a casa.

Me encontraba demasiado enfermo y cansado como para negarme. Me condujo a su coche. Ya no era el Fiesta *beige* sino un Polo verde claro. Me mantuvo la puerta abierta hasta que estuve sentado. Las calles estaban desiertas, pero él no pasó de la velocidad permitida.

—Tiene mal aspecto.

¿Qué podía decir yo?

Él se echó a reír.

—No es de extrañar después de las veinticuatro horas que lleva a sus espaldas.

Tampoco a eso dije nada.

—Lo de la Wasserturm... me dejó impresionado. Pero en el parque demostró usted tener más suerte que vista.

—En serio que no es usted hijo mío. Puede que sea hijo de mi difunta esposa, pero yo no soy su padre. Cuando... cuando usted fue concebido, yo estaba en Polonia, muy lejos de mi mujer.

Pero él siguió con lo suyo.

—Probablemente, entretanto ya se habrá enterado: los del Mercedes azul son rusos. Son de Moscú y llevan dos o tres años en Alemania; primero en Berlín, luego en Frankfurt y ahora aquí. He hablado en ruso con ellos, pero no hablan mal el alemán.

—La verdad es que le han enseñado a espiar estupendamente.

—Siempre ha sido mi especialidad. ¿Se da cuenta, ahora, de que formaríamos un equipo estupendo?

—¿Nosotros, un equipo? Me da la sensación de que usted trabajaría antes en mi contra que a mi favor.

Se mostró ofendido.

—Usted es que no pierde ocasión. Pero, por otra parte, siempre es bueno saber más.

No había sido mi intención ofenderle.

—No lo digo por usted. Es que no quiero tener un equipo. Nunca lo he querido, nunca lo he tenido y, ahora, a mi edad, ya no voy a empezar con eso. —Después pensé que podía contarle tranquilamente toda la verdad—. Además, los días de estas agencias de detectives pequeñas están contados. Yo he podido mantenerme tanto tiempo porque conozco bien todo esto: la región, a la gente, el tipo de vida; y porque sé a quién, dónde y cuándo pedir ayuda. Pero hoy en día eso ya no es suficiente. Los pocos casos que me encargan apenas dan para mantener la oficina. Entre los dos tampoco conseguiríamos más.

Pasamos junto al Luisenpark. La policía ya se había ido. La pradera, los arbustos y los árboles descansaban apaciblemente, envueltos en el tono gris del amanecer.

—¿No podría usted...? No sé si usted no es mi padre o no quiere serlo. Me gustaría ver un retrato de mi madre y saber qué tipo de persona era. Y, si usted no lo es, ¿quién podría ser mi padre? Usted debe de tener alguna sospecha. Ya sé que lo que quiere es que le deje en paz. Pero no puede actuar como si nosotros no existiéramos.

—¿Nosotros?

—No hay por qué hacer siempre esa pregunta. Ya sabe a qué me refiero. A ustedes les resultamos gravosos y preferirían que nos quedásemos allí y no saber nada de nosotros.

Parecía ofendido de nuevo. ¡Qué tipos tan sensibles reclutaba la Brigada Social!

—Eso no es cierto. Acabo de estar en Cottbus y me ha parecido una pequeña ciudad encantadora. Simplemente es que no soy su padre y no lo

sería más si fuese usted de Sinsheim que de... Por cierto, ¿de dónde es usted?

—De Prenzlau, al norte de Berlín.

Le miré de soslayo: su cara de buena persona ofendida, su pelo bien peinado, su anorak *beige*, sus pantalones negros de plástico brillante y sus mocasines grises. Hubiera preferido comprarle algo de vestir que hablarle de Klara. Pero era evidente que no me iba a librar así como así.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse en Mannheim? ¿No quiere venir a mi casa el domingo que viene y dejarme tranquilo hasta entonces?

Asintió.

—¿Le parece bien a las cuatro?

Quedamos en vernos a las cuatro. Habíamos llegado a la Richard-Wagner-Strasse. Salió y se apresuró a rodear el coche para abrirme la puerta.

—¡Gracias!

—¡Que se mejore!

OceanofPDF.com

9. REVERSI

Me quedé todo el día en la cama. Turbo se me enroscó en las piernas ronroneando. Brigitte vino a eso del mediodía y me trajo caldo de gallina. A última hora de la tarde llamó Philipp. Se reprochaba no haberme mandado a casa el domingo; me preguntó si mi corazón lo había aguantado todo y me dijo que Nægelsbach evolucionaba bien y que el miércoles podía ir a visitarle. Entonces tendríamos también que hablar los tres.

—La policía no ha venido hoy por aquí. ¿Te imaginas que pudiéramos mantenernos al margen? Yo, no.

Pero pudimos. El único al que interrogó la policía fue a Welker, quien les informó del origen ruso de Samarin, de sus viajes a Rusia, del medio año que había pasado allí, de sus oscuros contactos y de sus intentos de abonar grandes cantidades de dinero en efectivo a supuestos clientes rusos en la banca Weller & Welker. En un cubo de la basura del Luisenpark, cerca de la entrada de la Werderstrasse, la policía encontró el arma con la que habían matado a Gregor... Era una Malakov. Tenía puesta una camisa de fuerza y le habían disparado por la espalda... Había sido una ejecución. Los vecinos habían oído disparos, puertas de coches que se cerraban, coches que se iban a toda prisa... Había sido un ajuste de cuentas entre bandas rivales.

El martes el *Mannheimer Morgen* llevaba en titulares «Ejecución en el Luisenpark» y el miércoles, «Guerra entre bandas rivales en Mannheim». Unos días más tarde el periódico se preguntaba si la mafia rusa no se habría introducido en los bajos fondos de Mannheim y Ludwigshafen. Pero ya era sólo una breve reseña.

Philipp y yo estábamos sentados junto a la cama de Nægelsbach en el hospital, totalmente desconcertados. Como chiquillos que han hecho una travesura sin consecuencias para ellos, pero con la que otro ha sufrido un

daño que no pretendían; pero que ya no tenía arreglo. Probablemente Welker merecía ser condenado; probablemente Nägelsbach y Philipp merecían una sanción disciplinaria y yo merecía un no sé qué por imprudencia temeraria.

—¡Qué demonios! En realidad, cada día que pasa me siento más convencido de que la policía no va a querer nada de nosotros. Hoy ya me siento cuatro veces más optimista que el lunes y mañana lo estaré ocho veces más —dijo Philipp con una sonrisa irónica.

—No lo van a entender —dijo Nägelsbach con una mirada de disculpa—, pero no quiero dejar a la policía al margen. Siempre he estado en paz conmigo mismo y con la ley. Bueno, he hablado con Reni de los casos que llevaba, cosa que no debería haber hecho, aunque ella es de una discreción absoluta y, además, algunos casos los he resuelto sólo gracias a su ayuda. Pero esto es diferente. Welker se merece comparecer ante los tribunales. Lo que Samarin le haya hecho será, sin duda, un atenuante. Pero debe ser un juez el que decida si le corresponden unos años de prisión, la libertad condicional o la absolución.

—¿Y qué dice su mujer?

—Dice que... —Se puso colorado—. Dice que es una cuestión de conciencia, que aguantaremos las consecuencias y que, si es necesario, se pondrá a trabajar.

—¿Una cuestión de conciencia? —Philipp miraba a Nägelsbach como si no estuviera en su sano juicio—. ¿Y qué pasa con la mía?

Nägelsbach le miró desolado.

—No puedo pasarme la vida trabajando para que la gente tenga que asumir la responsabilidad de lo que ha hecho, y de pronto...

—La ley no le obliga a ir a la policía ni a llevar a Welker ante los tribunales. Puede seguir en paz consigo mismo aunque no lo haga.

—Bueno, señor Selb, usted ya sabe a qué me refiero.

Philipp se puso de pie, se dio con la palma de la mano en la frente y salió de la habitación.

Como Nägelsbach no juega al ajedrez, yo me había llevado el Reversi.

—¿Quiere que juguemos?

Nos sentamos, pusimos las fichas y las fuimos cambiando de la parte roja a la verde y de la parte verde a la roja. Cuando terminamos la primera partida, jugamos otra, en silencio, y luego, otra más.

—Sí, sé a qué se refiere. Y también entiendo lo que ha dicho su mujer. Es que... ir a la policía también tiene su... ¿Recuerda usted al tipo que se presentó en su fiesta de despedida? ¿El que quería hablar conmigo? Nos estuvo observando y es posible que quiera chantajearnos. Probablemente más a Welker que a usted, a Philipp o a mí.

—No, no me acuerdo —dijo sonriendo abochornado—. En mi fiesta de despedida no estaba yo del todo sereno.

—De nosotros tres soy yo el que menor riesgo corre en el caso de que vaya usted a la policía. Se podría considerar homicidio involuntario, puesto que le permitimos a Welker quitarle la pistola a Samarin... Pero ¿no le parece, en realidad, algo traído por los pelos? A diferencia de usted o de Philipp, yo no tendría que enfrentarme a un expediente disciplinario. Y para un detective privado no sería un problema que se diera publicidad a nuestra actuación; más bien, al contrario. Pero la cosa cambia tratándose de un policía jubilado o de un cirujano del Hospital Municipal. Por mí no tiene que preocuparse. Pero como nos embarcamos los tres, lo planificamos y lo llevamos a cabo los tres, ahora hemos de ser los tres quienes decidamos si informamos o no a la policía. Así que o convence usted a Philipp o tendrá que tragar con que a Welker no lo juzgue un tribunal.

Esperé a que dijera algo, pero no dijo nada. Estaba tumbado, con los ojos cerrados.

—Por otra parte, sobre la justificación de Welker..., creo que tiene razón. Samarin no le habría dejado en paz. ¿Qué ayuda le habrían prestado la policía o los jueces? Ninguna en absoluto... Usted lo sabe tan bien como yo.

Abrió los ojos despacio.

—Tengo que volver a pensar en todo eso. Yo...

—Y en cuanto a lo de la conciencia, quisiera añadir algo. Uno no pierde la conciencia por no estar alguna vez en paz consigo mismo o con la ley. Es exactamente al contrario: cuando uno está siempre en paz consigo mismo y con la ley no se necesita tener conciencia. La conciencia existe para que

podamos ponernos en paz con nosotros mismos, cuando realmente no lo estamos. A mí no me gustan los policías corruptos; pero conozco a varios que en alguna ocasión han hecho algo indebido, y aunque no lo hayan podido digerir, han asumido su culpa y precisamente por eso se han convertido en unos policías incuestionables. Policías con verdadera conciencia.

—Yo también conozco a alguno. Pero siempre los he despreciado un poco.

Se incorporó y extendió el brazo mostrándome la habitación: la cama de al lado, vacía, el televisor, el teléfono y las flores, e intentó hacer una broma.

—Mire, yo también me dejo corromper. Es Welker quien paga todo esto; yo no podría hacerlo.

OceanofPDF.com

10. COMO UNA MISIÓN ENCOMENDADA

Por la tarde, en mi oficina, escribí una carta a Vera Soboda contándole que el blanqueo de dinero en Weller & Welker se había terminado; que el banco había sido como una casa de locos en la que los locos habían encerrado a médicos y enfermeras y se habían hecho pasar por ellos; que Samarin, el cabecilla de los locos, había muerto y que Welker volvía a ser el médico de la institución. La comparación de Nägelsbach me había gustado.

En el casillero había una carta de Welker. Me daba las gracias y adjuntaba un cheque de doce mil marcos. Además, me invitaba a la fiesta de retorno a su casa de la Gustav-Kirchhoff-Strasse, el sábado de la semana siguiente.

Me pregunté si aún debería presentarle la factura detallada, tal como habíamos quedado cuando me propuso el trabajo. Por lo general, tras cerrar un caso, suelo entregar a mi cliente un informe por escrito. ¿Estaba cerrado aquel caso? Mi cliente ya no quería nada más de mí. Me había dado las gracias, me había pagado y la fiesta a la que me había invitado era una fiesta de despedida. Por su parte el caso estaba cerrado. ¿Y por la mía?

¿Quién le había dado a Schuler un susto de muerte? Samarin no lo había admitido, pero tampoco lo había negado expresamente. Yo no podía creer que se lo hubiera quitado de en medio sólo por el asunto del dinero. De lo contrario, no habría mencionado que Schuler le había enseñado a leer y a escribir. Si lo había matado, o había ordenado que lo matasen, era que detrás del asunto del maletín con el dinero había algo más. ¿Y cómo podrían haber dado a Schuler un susto de muerte?

¿O me estaría engañando? ¿Sería que me negaba a admitir que había sido yo el causante de la muerte de Schuler y por eso buscaba una conspiración o una intriga, cuando lo único que había era la debilidad y la

confusión propias de su edad, y mi lentitud de reflejos? Un organismo agotado, un mal día, una cantidad de dinero apabullante... ¿No era todo eso suficiente para provocar en Schuler aquel estado en el que vino a mi encuentro?

Me puse de pie y me dirigí a la ventana. Allí era donde estuvo su Isetta, allí me había dado el maletín, allí había trazado la larga línea diagonal por la calle y había pasado entre el semáforo y el árbol a la zona verde. Allí, contra aquel árbol, había encontrado la muerte. El semáforo se ponía rojo, ámbar y verde y luego, de nuevo, ámbar y rojo. Yo no podía apartar la mirada: era la lamparilla funeraria de Adolf Schuler, profesor jubilado.

Tanto si había sido Samarin quien le había propinado un susto de muerte como si había sido su avanzada edad la que le había sumido en aquel estado deplorable, yo podría haberlo salvado y no lo había hecho. Tenía una deuda con él. No podía cambiar nada sobre su muerte, pero podía aclarar el porqué de la misma. Era como una misión que se me hubiera encomendado.

Rojo, ámbar, verde, ámbar, rojo. No, no sólo debía a Schuler la aclaración de su muerte, sino que también me debía a mí mismo solucionar mi último caso. Porque así era: aquél era mi último caso. Aparte de aquel trabajo, resultado de un encuentro casual en la cima del Hirschhorn, hacía meses que no me habían encargado ningún otro. Tal vez me volvieran a pedir que hiciera averiguaciones sobre falsos enfermos, pero eso ya no me apetecería.

Es una lástima que uno no pueda elegir su último caso: la cima, el broche de oro que cierre y culmine todo lo hecho. Sin embargo, el último caso es tan azaroso como todos los demás. Así son las cosas. Uno hace esto, hace aquello y, de pronto, ya se ha pasado la vida.

11. MIL POSIBLES CAUSAS

Pesqué a Philipp en el pasillo.

—Preferiría no volver a entrar —dijo señalando con la cabeza la habitación de Nägelsbach.

—¿Tienes el dictamen del Anatómico-Forense?

—¿Del Anatómico-Forense? —Nada más decirlo cayó en la cuenta de a qué me refería y de que lo tenía encima del escritorio—. ¡Ven conmigo!

Sobre las dos sillas que había delante de su escritorio había carpetas y correo, así que me senté en la camilla de los reconocimientos, como si Philipp fuese a comprobar con el martillito qué tal tenía los reflejos de la rodilla. Él iba pasando las hojas del informe.

—Tórax y abdomen aplastados, lesiones en órganos vitales, fractura de cervicales... Fue un accidente muy grave.

—Yo le vi un poco antes de que ocurriese. Algo le pasaba. Era como si alguien le hubiese dado un susto horroroso.

—Puede que estuviera enfermo, o que se hubiera tomado demasiados somníferos por equivocación. Puede que sus medicinas estuviesen mal dosificadas, o que no tolerase bien un tranquilizante o un medicamento para la tensión que le acabaran de recetar. ¡Por Dios, Gerd! Hay mil posibles causas por las que alguien puede encontrarse mal y tener un accidente.

Pero a mí no me entraba en la cabeza que Schuler hubiera podido equivocarse al tomar algo para la tensión o demasiadas pastillas para dormir. Schuler no era idiota. Sus libros y sus carpetas podían parecer un caos, pero los tenía bien organizados. ¿Por qué no iba a poder organizarse con sus medicinas?

Philipp insistió.

—Y, otra cosa, Gerd: tienes que...

—¿Y si averiguo qué medicamentos tomaba? Si consigo saber quién era su médico y tú le llamas...

—¿Qué me va a decir?

—No lo sé. Puede que, efectivamente, le hubiera recetado hacía poco alguna medicina que le sentara mal; o que el propio Schuler estuviera tomando por su cuenta unas pastillas que fueran incompatibles con las que el médico le había recetado. Aunque también podría ser que averiguase que Schuler era alérgico a las fresas y que alguien le obligó a comerse una; o que era asmático y que le habría aterrorizado que alguien le quitase el inhalador que sirve para aliviar un ataque de asma. Si consigo averiguar qué pudo haberle aterrado, podré buscar mejor a quien lo hizo.

—Si logras averiguar algo, ya me ocuparé de eso —dijo Philipp esforzándose en aparentar interés. Pero era una cosa muy distinta la que le preocupaba—. Tienes que parar a Nägelsbach. Tienes que pararle antes de que sea demasiado tarde. No te lo he contado, porque no hay que vender la leche antes de ordeñar a la vaca, pero estoy en conversaciones para dirigir el departamento de cirugía de una clínica privada realmente fantástica. Éste no es precisamente el momento más adecuado para meterme en un procedimiento disciplinario.

—Creía que ibas a jubilarte.

—También. Pero las clínicas privadas son más flexibles con lo de la edad de la jubilación. Estar de la mañana a la noche cuidando las plantas del balcón y salir a navegar de vez en cuando... Eso no es para mí. Y las enfermeras... Imagínate, poder empezar de nuevo desde el principio... Trabajar en un sitio en el que Füruzan no esté vigilándome y apartando a las demás a zarpazos. Puede que sea sólo eso lo que me hace sentirme como un viejo jamelgo de circo; siempre la tengo pegada a mí.

—Yo ya he hablado con Nägelsbach.

—Su conciencia, su conciencia... La mía se irá al carajo si no tengo un hospital en el que ejercer. —Me miró totalmente desesperado. ¿Sería eso lo que les gustaba de él a las mujeres, que cuando estaba en vena lo estaba a fondo?

—Aunque no te apetezca..., si quieres algo de Nägelsbach, tendrás que hablar con él.

—Esas cosas no se me dan bien.

—Inténtalo. No es obstinado, sólo es tremendamente concienzudo; pero se tomará en serio lo que le digas.

Entonces me contestó con aire triste:

—Me vuelvo irascible, aunque no quiera. A las enfermeras les gusta que dé un grito, pero a Nägelsbach no le gustará. —Miró el reloj y se puso de pie—. Tengo que irme. ¿Tú qué opinas que hará Nägelsbach?

—Pues que irá a la policía en cuanto le den el alta, o no irá en absoluto, pero, antes de ir, nos lo dirá. Sea como sea, hasta que le den el alta no tendrás más remedio que esperar.

Se rió y sacudió la cabeza como para dar a entender que yo debería conocerlo mejor.

—¿Y cómo voy a esperar tanto tiempo?

OceanofPDF.com

12. DE VIAJE

Fui en coche a Schwetzingen y llamé a las casas de varios vecinos de Schuler para preguntar por la dirección de su sobrina, hasta que uno me envió a la Werkstrasse, detrás de las vías del tren. El portón del jardín estaba abierto y en la puerta de la casa me encontré un papel en el que decía que la señora Schubert volvería enseguida.

Esperé. En el jardincillo de la casa de enfrente estaban bañando en una bañera de cinc a unos enanitos de jardín que se sumergían sucios y tristes y emergían limpios y contentos.

La señora Schubert apareció en su bicicleta.

—Ah, es usted. Voy a preparar café.

La ayudé a meter en casa las bolsas de la compra. Después llegó el repartidor de bebidas, para el que había dejado el papel en la puerta, y metí dentro las cajas de cerveza, de refresco de limón y de agua mineral que había dejado junto a la puerta del jardín. Cuando terminé de hacerlo, la cafetera ya había acabado de filtrar el café.

Ella parecía un poco desconcertada.

—No me quedé con su nombre y no le he podido enviar la esquila. ¿Viene por eso? El entierro será el martes de la semana que viene.

Le dije que asistiría y ella me invitó a la comida que habría después del duelo. Cuando le hablé de los libros que le había prestado a su tío y que volvía a necesitar, se mostró inmediatamente dispuesta a ir conmigo a casa de Schuler a buscarlos. Durante el trayecto me habló de la oferta que había recibido por la biblioteca de su tío.

—Figúrese... ¡Quince mil marcos!

—¿Hereda usted todo?

—Él no tenía hijos y mi primo se estrelló hace algunos años haciendo ala delta. Yo heredo la casa, y son tantos los arreglos que hay que hacer en ella, que me alegro de que me den ese dinero por los libros.

Yo no sé el valor que pueden tener los libros antiguos, pero recorrí la casa de Schuler y vi que se había hecho con una biblioteca bastante particular. Por una parte, libros sobre la región que va de Edingen a Waghäusel, y por otra, libros sobre los ferrocarriles y bancos de Baden... No podía imaginar que existiese alguna obra impresa sobre esos temas que no se pudiese encontrar allí. La mayor parte eran pequeños opúsculos, pero también había gruesos volúmenes del siglo XIX, encuadernados en tela o cuero, a veces en varios volúmenes como los que trataban de la rectificación del cauce del Rin y el mejoramiento de sus vegas, llevados a cabo por el coronel Tulla; de los viaductos y túneles del ferrocarril del Odenwald o de la policía fluvial del Rin y del Neckar desde sus inicios hasta el día de hoy. Resistí a la tentación de hacer pasar *La historia de la construcción de la torre de Bismarck en el monte Heiligenberg* por uno de los libros que había prestado a Schuler y llevármelo.

El armarito que había sobre el lavabo del cuarto de baño estaba repleto de medicinas. Había pastillas para el corazón y para la tensión; contra el insomnio y el dolor de cabeza, el estreñimiento y la diarrea; para fortalecer la próstata y para tranquilizar el sistema neurovegetativo; pomadas para la circulación y los dolores reumáticos; parches y cuchillas para los callos; muchos medicamentos repetidos, muchos ya caducados; algunos tubos resecos y algunas pastillas, que habían sido blancas, amarillentas. Dejé las cuchillas, los parches, las pomadas, las pastillas contra el estreñimiento y la diarrea, los tónicos y los fortificantes. Cogí los tranquilizantes, los somníferos, las pastillas para el corazón y para la tensión; siete medicamentos en total. El armarito seguía estando suficientemente lleno.

La señora Schubert había abierto todas las ventanas y el aire primaveral luchaba contra el hedor de Schuler. En la cocina ya no olía a comida podrida y a sótano cerrado sino a detergente al limón, y todo estaba escurpulosamente ordenado.

—¿No ha encontrado usted sus libros? —me preguntó la señora Schubert al verme con las manos vacías.

—Su tío tenía demasiados. Me doy por vencido.

Asintió con expresión de orgullo y compasión a un mismo tiempo.

—Como medicinas, también tenía muchas. He tenido que pasar al cuarto de baño y está lleno.

—Es que no era capaz de tirar nada. Además, le gustaban las medicinas de antes, las que venían en frasquitos. Con la artrosis que tenía en los dedos no se las arreglaba bien para abrir los envases de aluminio o plástico de ahora. Yo siempre tenía que sacarle las pastillas y disolvérselas —dijo enjugándose una lágrima que le asomaba a los ojos.

—¿Qué médico le atendía?

—El doctor Armbrust, el que tiene la consulta en la Luisenstrasse.

Al dirigirnos hacia la puerta de salida pasamos junto a la pared en la que Schuler tenía colgadas sus fotos. En una se le veía de joven, con una amplia sonrisa y una mano colocada sobre su Isetta como la colocaría un general del Estado Mayor sobre sus mapas. Nos quedamos mirándolo hasta que la señora Schubert comenzó a llorar de nuevo.

Llamé a Philipp desde la cabina de teléfono de la Hebelstrasse desde donde, en su momento, no quiso llamar Welker.

—Su médico era el doctor Armbrust, de la Luisenstrasse de Schwetzingen.

—¡Venga, Gerd! —Era evidente que le estaba molestando, pero se contuvo—. Bueno, le llamaré ahora.

Cuando volví a llamarle, un poco después, me dijo que el doctor Armbrust se había tomado tres semanas de vacaciones.

—Bueno, y ahora, ¿me dejarás tranquilo?

—¿No podrías llamarle a su casa en vez de a la consulta? No hay que descartar que no se haya ido fuera.

—¿Quieres decir...?

—... ¿ahora mismo? Sí, quiero decir ahora mismo.

Philipp suspiró, pero buscó el número y me dijo:

—No cuelgues. Le voy a llamar por el móvil.

El doctor Armbrust tampoco estaba en casa. La asistente le dijo que estaría de viaje hasta el último día de vacaciones.

13. TARTA DE MANZANA Y CAPUCHINO

El domingo por la tarde vino Ulbrich. Ya no se tomó a mal que siguiera negando que era su padre. Yo había leído en algún sitio que a los de la Alemania del Este les gustaban los ambientes hogareños y, el sábado, había preparado una tarta de manzana. Se la tomó encantado y me preguntó si tenía chocolate en polvo para añadirse al café y a la nata, y hacerse un capuchino. Turbo se dejó pasar la mano por el lomo. Yo no podía imaginarme que bajo el régimen socialista se pudiera disfrutar de un ambiente más hogareño en la zona oriental.

Le tenía preparadas unas cuantas fotos de Klara. Tengo cinco álbumes de fotografías en un estante: uno de Klara de pequeña, con sus padres y sus hermanos; otro de Klara, en todo su esplendor, jugando al tenis, esquiando y en clase de danza; otro de nuestro compromiso, nuestra boda y nuestra luna de miel; otro de nuestros últimos meses en Berlín y nuestros primeros años en Heidelberg. Todos me ponen triste, pero el que mayor tristeza me deja es el último, el de la posguerra, los años cincuenta y sesenta. Klara, que había soñado con tener una vida deslumbrante junto a un fiscal de brillante carrera, lo cual le habría permitido brillar y deslumbrar a su vez, tuvo que conformarse con una vida mucho más humilde que, poco a poco, le fue amargando el carácter. En aquellos momentos me sentí ofendido por su amargura y sus reproches. Yo ya no podía seguir siendo fiscal; primero, porque no se aceptaba a alguien con un pasado como el mío, y después, porque algo en mi interior se resistía a actuar, junto con los demás, como si careciéramos de pasado, aunque se nos instase a ello. Yo era detective privado. ¿Por qué no podía aceptarlo? ¿Por qué no podía amarme tal como era? Ahora sé que el amor puede depender no sólo de la cara, la risa, el ingenio, la inteligencia o los desvelos del otro, sino también

de su posición en el mundo y de sus circunstancias personales. ¿Habría sido una madre feliz? Después de Karl-Heinz Ulbrich no pudo tener más hijos; algo debió de salir mal durante el parto.

Pero en las fotografías no lo dejaba traslucir. En la que le hice en abril de 1942, delante de la casa de la Bahnhofstrasse, tras la vuelta de las supuestas vacaciones en Italia con Gigi, se está riendo. Y en la de junio de 1941, caminando por Unter den Linden, también parece feliz. ¿Le haría esa foto el otro? Además de éstas, yo había sacado una de la época de colegiala; otra de los años cincuenta, en la que por fin está jugando otra vez al tenis, porque, a pesar de todo, yo volvía a ganar lo suficiente, y otra de poco antes de su muerte.

Ulbrich miró las fotos despacio, sin decir palabra.

—¿De qué murió?

—De cáncer.

Puso un gesto apesadumbrado y meneó la cabeza.

—De todos modos, no es justo. Quiero decir que un niño no sólo quiere que lo traigan al mundo, sino que... —No continuó la frase.

¿Qué habría hecho yo si Klara hubiese querido quedarse al niño? ¿Se lo habría preguntado ella y se habría respondido, acto seguido, que yo no podría soportarlo?

Ulbrich volvió a sacudir la cabeza.

—No, no es justo. ¡Era una mujer preciosa! El hombre... El hombre también debió de ser un hombre guapo. Y, ahora, míreme. —Alzó el rostro como si yo no le conociera—. Si fuera usted mi padre, todavía podía pasar, pero...

No pude evitar reírme.

Él no entendió la razón. Se preparó otro capuchino y se sirvió otro trozo de tarta.

—He leído el *Mannheimer Morgen* y he de decir que su policía no se complica mucho la vida. La nuestra lo habría llevado de otra manera. Pero puede que aquí también funcionen las cosas de otra manera, si se la ayuda un poco. —En ese momento dejó su gesto apesadumbrado y volvió a mirarme con aire desafiante, como cuando nos vimos por primera vez.

¿Sería porque se sentía en superioridad de condiciones por lo que aquel día no se estaba tomando nada a mal?

No contesté.

—En realidad, usted no ha hecho nada; pero el otro, el del banco... — Se detuvo un momento esperando, pero al ver que yo callaba, se aventuró a continuar—. Quiero decir que es evidente que ha preferido no decirle a la policía que él... Así que tampoco querrá que nadie les diga que...

—¿Se lo va a decir usted?

—No hace falta que hable en ese tono, como si yo... Lo único que quiero decir es que no debería dejar nada al azar. ¿Sigue usted trabajando para él?

¿Querría chantajear a Welker?

—¿Tan bajo ha caído usted?

—Yo...

—Debería volverse al lugar del que ha venido. Allí, como en todas partes, también prosperará el negocio de la seguridad; las empresas también buscarán allí representantes y agentes de seguros con experiencia. Aquí no tiene nada que ganar. Es su palabra contra la nuestra. ¡Qué se ha creído!

—¿Mi palabra? Pero ¿qué he dicho? Si sólo he hecho una pregunta. Quiero decir... —Un momento después continuó hablando en voz baja—. Ya he intentado encontrar trabajo en la Asociación de Agentes de Vigilancia y de Escolta, como agente de seguros y como cuidador de animales. Pero no es tan sencillo.

—Lo siento mucho.

Asintió.

—Ya nada es gratis.

Cuando se hubo marchado, llamé a Welker. Quería prevenirle. En el caso de que Ulbrich se presentara a verle, debía estar preparado.

—¡Muchas gracias por haberme llamado!

Anotó el nombre y la dirección. Su voz sonaba distendida.

—¡Hasta el sábado!

OceanofPDF.com

14. UNO MÁS UNO SUMAN DOS

Los que más disfrutaron en la fiesta de Welker fueron los niños. Estaban en la edad apropiada para ello: Manu y Max, el hijo de Welker, eran un poquito mayores que Anne, la hija de la compañera de Fűruzan que nos había ayudado a llevar a cabo lo de la Wasserturm, e Isabel, la hija de Welker. Al principio los chicos no hicieron caso a las chicas y se dedicaron al ordenador. Las chicas se retiraron y se pusieron a emperifollarse. Brigitte hubiera preferido que tecleasen en el ordenador a verlas recurrir a las armas femeninas y frunció el ceño. Pero, cuando los chicos las vieron aparecer todas emperifolladas, se olvidaron del ordenador y se pusieron a flirtear con ellas: Manu con Isabel, que había heredado el pelo negro y la mirada ardiente de su madre, y Max con Anne, rubios ambos. El jardín era grande, y cuando Brigitte y yo nos fuimos a dar un paseo hasta el peral que había junto a la valla, vimos a una de las parejitas haciéndose carantoñas en el banco, bajo el ciruelo silvestre, y a la otra, subida al muro, junto a las rosas. Era una escena dulce e ingenua. A pesar de ello, Brigitte empezó a inquietarse cuando oscureció y no vio a los chicos por los alrededores de la mesa, que estaba instalada en el jardín, y se fue a buscarlos. Estaban sentados en el balcón, bebiendo Coca-Cola, comiendo patatas fritas y hablando del amor y de la muerte.

Estaban los Nögelsbach, Philipp y Fűruzan, la compañera de Fűruzan con su amigo, Brigitte y yo. Por la expresión de alivio de Philipp deduje que Nögelsbach no había ido a la policía. Además, había una mujer joven que Welker nos presentó como profesora de Max en el Instituto Kurfürst-Friedrich y a la que trataba con la admiración que puede demostrar un joven viudo decente con dos hijos. A los demás invitados, los he olvidado. Eran vecinos, amigos o conocidos del club de tenis.

Al principio, la conversación se desarrollaba a trompicones, pero el vino, un Chardonnay del Palatinado que entraba muy bien, la comida, un menú tan sencillo como convincente, que consistió en sopa de trigo verde, perca al estilo Victoria y postre de requesón con moras, y la luz de las velas, que creaba un ambiente íntimo, hicieron que desapareciera la inhibición. Welker pronunció un discurso breve; dijo que se alegraba de estar de regreso en su casa, y con sus hijos, y dio las gracias al comando de la Wasserturm. Prefirió no dar explicaciones del porqué de su ausencia ni del motivo por el que nos daba las gracias. Pero todos quedaron satisfechos.

Cuando empezó a refrescar y en la casa se encendió la chimenea, Welker me llevó aparte.

—¿Le parece que demos una vuelta por el jardín, antes de entrar?

Atravesamos la pradera para ir a sentarnos en el banco que había bajo el ciruelo silvestre.

—He pensado mucho en Gregor... y en nosotros, los Welker. Sí, es verdad que le acogimos, pero todo lo que le dimos fueron limosnas. Y, como se las dábamos, nos creímos con derecho a exigir sus servicios. De niños, yo tenía una habitación en el ático y él, en el sótano, para que pudiera ocuparse de la calefacción en invierno, y entonces no era todavía de gasóleo, sino de carbón. —Movi6 la cabeza lentamente de un lado a otro—. He intentado recordar en qué momento de nuestra infancia noté, por primera vez, que me odiaba. No lo he conseguido. Debe de ser porque entonces, simplemente, no me interesaba y por eso no me fijé. —Me miró—. ¿No le parece horrible?

Asentí.

—Ya sé que haberle matado es aún peor. Pero, de algún modo, es el mismo tipo de horror. ¿Comprende lo que quiero decir? Lo que ocurrió en nuestra infancia ha dado sus frutos, como dice la Biblia; en su caso fue la muerte de mi mujer y todo lo demás y, en el mío, no haber encontrado otra manera de librarme de él.

—Él dijo que le tenía cariño a su mujer.

—El cariño que le tenía a Stephanie era como el que un criado pueda tener a la hija del amo, al que detesta. A fin de cuentas, ella está en el otro

bando y, si las cosas se ponen serias, eso es lo único que cuenta. Y, cuando Stephanie se enfrentó con él, las cosas se pusieron serias.

Dentro de la casa se encendieron las luces y su resplandor cubrió la pradera, aunque bajo el ciruelo seguía estando oscuro.

«Uno más uno son dos», se oyó; alguien había puesto un disco de Hildegard Knef y me entraron ganas de tomar a Brigitte entre mis brazos y bailar el vals con ella.

—Cuando Stephanie... ¿La estarían esperando al lado de la cabaña? No tengo ni idea de cómo pudieron seguirnos sin que nos diéramos cuenta. Creíamos estar solos. —Se apretó los ojos con las palmas de las manos y suspiró—. Sigo sin librarme de esa pesadilla. Y es todo lo que quiero: despertarme y olvidarla.

Me dio pena. Pero, al mismo tiempo, no quería saber, en realidad, lo que me estaba contando. Yo no era amigo suyo. Sólo había resuelto un caso que me había encargado. Ahora tenía que resolver otro.

—¿De qué estuvo hablando con Schuler cuando fue a visitarle aquella noche?

—Schuler... —Si le molestó que yo cambiase de tema, no lo demostró—. Gregor y yo fuimos juntos a visitarle. Nos habló de su trabajo con los documentos y de la pista del socio secreto en Estrasburgo, la que luego siguió usted. Aparte de eso...

—¿Le preguntó algo sobre el dinero que había en el maletín?

—Algo dijo de eso, pero en aquel momento no entendí bien el asunto. Dijo que uno se volvía desconfiado cuando encontraba dinero en el sótano; que uno se preguntaba de quién sería; que si habíamos olvidado que los bienes mal adquiridos no le hacen bien a uno y miró a Gregor.

—¿Y usted qué le...?

—Yo no estuve todo el tiempo con ellos. Tenía... tenía diarrea y tuve que ir varias veces al cuarto de baño. Schuler debió de encontrar el dinero que Gregor había dejado en una zona del sótano, en la que, en realidad, Schuler no tenía por qué ir a buscar nada. Le daría vueltas al asunto y sospecharía de Gregor, porque yo soy un Welker y él no era miembro de la familia. Y, luego, trataría de que su antiguo alumno volviera al buen camino —dijo, con una risa burlona y triste a la vez—. Querrá usted saber también

en qué estado se hallaba Schuler. Pues olía mal, pero estaba bien. Por otra parte, no profirió ninguna amenaza. Ni siquiera dijo que tuviera el dinero. Gregor no lo descubrió hasta el día siguiente.

La canción se había terminado; se oyeron aplausos, risas, gritos y luego volvió a empezar, a un volumen más alto. Ya que no bailaba, al menos me hubiese gustado corear con todos los demás «Y Dios, que todo lo ve, te ha descubierto hace tiempo».

Welker me puso una mano en la rodilla.

—No olvidaré lo que ha hecho por mí. En algún momento, el recuerdo de estos últimos meses se irá borrando, gracias a Dios. Hasta ahora, siempre se me han quedado más en la memoria las cosas buenas que las malas y lo que ha hecho por mí, como detective privado, ha sido una buena cosa. —Se puso de pie—. ¿Vamos?

Cuando Hildegard Knef cantó la canción por tercera vez, bailé con Brigitte.

OceanofPDF.com

Tercera parte

OceanofPDF.com

1. DEMASIADO TARDE

¿Por qué no podía quedarse todo tal y como estaba? Tan apacible y animado, con un punto de tristeza y otro de melancolía. Tristeza por Stephanie Welker, Adolf Schuler y Gregor Samarin; sí, también por la vida devastadora y devastada de Gregor Samarin. Y melancolía por no haber descubierto hasta entonces la naturalidad con la que nuestros pies encontraban los pasos acertados, nos movíamos al unísono y nos gustaba estar juntos. ¿Por qué no podíamos pasar bailando ese año, y otro más, y otro más, y todos los muchos o pocos años que nos fuera dado vivir?

En los rostros de los demás veía reflejada la misma felicidad que yo sentía: los Nägelsbach sonreían como si compartiesen un valioso secreto; del semblante de Philipp había desaparecido el disgusto que le causaba envejecer, y del de Füzuzan, el cansancio del largo camino que la había llevado desde Anatolia a Alemania y de los muchos turnos de noche con los que ganaba el dinero para enviar a los suyos; Brigitte estaba resplandeciente, como si, por fin, todo marchase bien. Welker no bailaba. Apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados, nos dirigía una mirada afable, mientras esperaba que llegara el momento de irnos. Cuando llegó la hora límite para los niños, nos pusimos en marcha.

Unos días más tarde, me fui a Cerdeña con Brigitte. Manu tenía vacaciones y su padre apareció de improviso para llevarle a esquiar. Brigitte, que no esperaba que el padre de su hijo apareciera, y no había concertado ninguna cita en su gabinete para poder estar con él, me dijo: «Ahora o nunca». Hasta ese punto habíamos llegado: para lo que hiciéramos o dejáramos de hacer, ya no contaba mi agenda, sino la suya.

Diez días en Cerdeña. Nunca habíamos pasado tantos días juntos. En el hotel, el antiguo lujo se había ido desvaneciendo: el cuero rojo oscuro de

sofás y butacas estaba resquebrajado; los candelabros del comedor ya no ardían y, cuando se abrían los grifos de latón del cuarto de baño, el agua salía con herrumbre. Pero nos atendían con esmero y la comida era buena. El hotel estaba situado entre los árboles de un parque frondoso, junto a una calita de guijarros y, nada más pensar en instalarnos en un punto, ya fuera en el parque o en la playa, alguien aparecía con dos tumbonas, una mesita y, en caso necesario, una sombrilla, además de lo que quisiéramos beber: café expreso, agua, Campari o vino blanco de Cerdeña.

Los primeros días nos limitamos a estar tumbados, guiñando los ojos al sol, que se filtraba entre las hojas, o soñando de cara al mar, con la mirada perdida en el horizonte. Luego, alquilamos un coche; recorrimos la costa y subimos a las montañas por carreteras estrechas y llenas de curvas hasta llegar a pequeños pueblos, con su iglesia, su plaza del mercado y vistas al valle, e incluso, algunas veces, hasta el mar. En las plazas estaban sentados los viejos. Me habría gustado sentarme a su lado, escucharles contar qué bandidos tan peligrosos habían sido en su juventud, hablarles de qué detective tan incansable había sido yo en otro tiempo y darme postín ante Brigitte. En Cagliari subimos una escalera tras otra, hasta llegar a la terraza del bastión, desde la cual se veía el puerto y los tejados desiguales de toda la ciudad. En el puertecito de un pueblo había una fiesta con procesión, orquesta y coro; tocaban y cantaban de un modo tan desgarrador que a Brigitte se le saltaron las lágrimas. Los últimos días los volvimos a pasar tumbados bajo los árboles y en la playa.

En Cerdeña me enamoré de Brigitte. Ya sé que parece una tontería. Hace años que estamos juntos, ¿y qué otra cosa puede ser lo que me ha mantenido junto a ella, sino el amor? Pero fue en Cerdeña donde se me abrieron los ojos. ¡Qué hermosa era Brigitte cuando no tenía prisas ni preocupaciones! ¡Qué gracia tenía al correr, ligera y perseverante! ¡Qué madre tan maravillosa era, llena de confianza en Manu, a pesar de todos sus miedos! ¡Qué sentido del humor podía tener! ¡Con qué delicadeza se agarraba de mi brazo! ¡Con cuánto cariño me trataba, aceptando mis manías y mis costumbres! ¡Cómo me masajeaba la espalda, cuando me dolía! ¡Cuánta alegría y luminosidad aportaba a mi vida!

Intenté recordar los deseos insatisfechos que alguna vez había manifestado, para complacerla: decirle, sin razón especial, algo cariñoso, regalarle flores, leerle algo, pensar en algo bonito que todavía no hubiéramos hecho, sorprenderla con una botella de vino que le hubiera gustado en un restaurante o con un bolso que le hubiera encantado en un escaparate; siempre se trataba de cosas tan pequeñas que me avergoncé de habérselas escatimado como un avaro durante tanto tiempo.

Los días pasaron volando. Me había llevado varios libros, pero no leí ninguno hasta el final. Mientras estaba en la tumbona, prefería mirar a Brigitte, sumida en su lectura, a leer yo mismo; o mirar cómo dormía y se despertaba. A veces no se daba cuenta de inmediato de dónde estaba. Miraba el cielo azul, el mar azul, y se quedaba un poco desorientada, hasta que caía en la cuenta y entonces me sonría, somnolienta y feliz.

Yo le devolvía la sonrisa feliz. Pero, al mismo tiempo, sentía una leve tristeza. Una vez más había sido lento; había precisado años para lo que deberían haberme bastado unas semanas o unos meses. Y como sé por experiencia que siempre me he dado cuenta de lo lento que soy cuando, a causa de mi lentitud, he perdido algo de modo irremediable, también entonces me asaltaba la sensación de que, en realidad, ya era demasiado tarde para nuestra felicidad.

2. MATEO 25, 14-30

Manu volvió muy moreno de esquiar e hizo que Brigitte se sintiera feliz cuando dijo: «¡Qué bien estar otra vez aquí!». A mí me sorprendió con el anuncio de que al día siguiente quería ir a la iglesia. Durante los días de vacaciones en la nieve, su padre le había llevado a misa, como también lo hacía en Brasil. Aquí, su madre nunca había ido con él a ningún acto religioso.

Así pues, el domingo fui con él a la iglesia de Nuestro Señor Jesucristo. Brillaba el sol; junto a la Wasserturm los narcisos y los tulipanes florecían mucho más hermosos que la seda que vestía el rey Salomón, y desde lo más alto de la cúpula de la iglesia, el ángel dorado nos saludaba con su trompeta dorada. El sermón del cura, que versó sobre la parábola del dinero que se entrega a un criado que, en vez de trabajar con él, lo entierra, eludiendo así su responsabilidad, me hizo recapacitar. ¿Qué iba a hacer yo con el dinero que había enterrado bajo la palmera? ¿Echarlo en el cepillo de las limosnas? Me había olvidado de él.

Manu también había estado atento durante el sermón. Mientras almorzábamos, nos enteramos de que su amigo tenía un hermano, unos años mayor que él, que compraba y vendía acciones por Internet y multiplicaba de esa forma su dinero. De eso, y de lo que dice Mateo 25, 14-30, Manu había sacado la conclusión de que sus padres debían comprarle un ordenador con acceso a Internet. Después de decirlo, me miró y me preguntó:

—¿O quieres comprármelo tú?

Por la tarde fuimos en coche a Schwetzingen, al parque del palacio que tantas veces había visto desde lejos, cuando estaba trabajando en el caso. Caminamos por el paseo, rejuvenecido con los pequeños castaños recién

plantados; pasamos por delante de la Orangerie, hasta llegar al acueducto romano; cruzamos el puente chino y bordeamos el lago, hasta el templo de Mercurio. Brigitte nos enseñó dónde escondían sus padres los huevos de Pascua para ella y sus hermanos, cuando eran pequeños. Ante la mezquita, Manu declamó: «Alá dirige su luz a quien quiere», cosa que había aprendido en el colegio, al estudiar el islam. Y después, nos sentamos en la plaza, al sol, y tomamos café y tarta. Reconocí a los camareros, pero ellos a mí, no. Dirigí la mirada al otro lado, hacia el edificio de Weller & Welker.

Por la plaza se paseaban los turistas y los habitantes de Schwetzingen, en un remolino de idas y venidas. Un coche, un Saab oscuro, se abría camino lenta y pacientemente entre el ir y venir de la gente. Se detuvo frente al banco y el portón se abrió, franqueándole la entrada.

Eso fue todo. Un coche que se detiene ante el portón; éste, que se abre unos instantes; el coche que entra, y el portón que se vuelve a cerrar. No era la misma imagen que guardaba en la memoria de aquella tarde que estuve observando el banco por primera vez. Entonces, la plaza estaba desierta y hoy, estaba repleta. Entonces, era casi imposible no ver los coches que entraban o salían y, hoy, el Saab oscuro casi se perdía entre el incesante movimiento de la plaza.

Sin embargo, me sacudió una especie de descarga eléctrica. Uno mete la llave en la cerradura del coche, enciende el aparato de radio o sale al balcón, quizás en pijama o en bata, para ver el cielo o comprobar qué temperatura hace, y apoya las manos en la barandilla de metal. La descarga no duele apenas. Lo que a uno le produce una sacudida no es el dolor, sino la conciencia súbita de que el coche, la radio o la barandilla, todo lo que nos es familiar y con lo que contamos a diario tiene un lado imprevisible y malvado; algo que no encaja con lo que suponíamos. El coche que entra y el portón que se abre y se cierra... Otra vez, al igual que entonces, tuve la sensación de que algo de lo que estaba ocurriendo ante mis ojos no encajaba.

¿Un cliente, en domingo? Naturalmente, no podía descartarse, tratándose de un banco pequeño y, tal vez, de un cliente importante. Pero el negocio que, con toda seguridad, no se detiene ni en domingo ni en ningún otro día de fiesta es el del blanqueo de dinero.

Cuando, media hora más tarde, el portón se abrió para dejar salir al Saab oscuro y volvió a cerrarse después, yo estaba en las inmediaciones. El coche tenía matrícula de Frankfurt. Los cristales eran tintados. Del borde del maletero no colgaba ningún billete de cincuenta marcos que le hubiera pasado desapercibido a alguien al sacar un fajo.

Cuando, por la noche, le dije a Brigitte que me iba a ir unos días de viaje, me preguntó con tono escéptico:

—¿El *cowboy* solitario cabalga en silencio a la caída del sol?

—El *cowboy* solitario cabalga hacia Cottbus; no lo hace a la caída del sol sino al amanecer, y no cabalga en silencio.

Le expliqué el asunto del blanqueo de dinero en la Cooperativa Sorbia de Banca y le dije que quería averiguar si aquello había cesado o continuaba. Le hablé de Vera Soboda, le hablé de Schuler y del dinero del maletín.

—Es un dinero que procede de la Alemania oriental y allí debe volver. Tal vez encuentre a un cura o alguna institución que pueda hacer algo sensato con él. Y quizás también encuentre algo que me ayude a aclarar la muerte de Schuler.

Brigitte cruzó los brazos por detrás de la cabeza y miró al techo.

—Yo también puedo hacer cosas sensatas con ese dinero: invertirlo en lo que me gustaría hacer en vez de trabajar en mi profesión, o en las cosas que necesito para mi gabinete, o en lo que le gustaría a Manu... Todo, cosas muy sensatas.

—Es dinero procedente de las drogas, la prostitución y el chantaje. Es dinero sucio. Me sentiré a gusto cuando me deshaga de él.

—El dinero no huele. ¿Nadie te ha enseñado eso?

Me incorporé y la miré. Pasado un ratito, apartó la mirada del techo y me miró a la cara. No me gustó su forma de mirarme.

—Venga, Brigitte... —No supe cómo continuar.

—Tal vez por eso seas lo que eres: un viejo solitario y difícil. Cuando la suerte se cruza en tu camino, no la ves. Y, si no la ves, ¿cómo la vas a atrapar? Ahora, hasta te la han puesto en la mano, pero tú la dejas escapar entre los dedos, igual que dejas escapar nuestra felicidad.

Volvió a mirar al techo.

—Yo no quiero que nuestra felicidad...

—Ya lo sé, Gerd. No quieres, pero lo haces.

Sus palabras se quedaron resonando en mi cabeza. No estaba dispuesto a darme la vuelta como un viejo, solitario y difícil. No, después de aquellos días en Cerdeña.

—¿Brigitte?

—¿Qué?

—¿Qué te gustaría hacer en vez de trabajar en tu profesión?

Tardó tanto en contestar que pensé que no quería hablar. Luego, unas lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Me hubiera gustado tener hijos contigo. Tuve a Manu, a pesar de haberme hecho la ligadura de trompas. Contigo no he tenido hijos, aunque nunca he tomado precauciones. Tendríamos que haber intentado la fecundación *in vitro*.

—¿Tú y yo en un tubo de ensayo?

—¿Crees que el médico nos agitaría en un tubo de ensayo como hace un barman con una coctelera? Tomaría un espermatozoide tuyo y un óvulo mío, los pondría sobre una superficie de cristal y, entonces, las células harían lo que hacen en la cama los que se quieren.

Me gustó lo de las células sobre la superficie de cristal. Era una imagen bonita.

—Ahora ya es demasiado tarde para eso.

—Lo siento, Brigitte. Acabo de hablarte de Schuler... Él seguiría vivo, si yo no fuera demasiado lento. Siempre he sido demasiado lento; no sólo desde que me voy haciendo mayor. Tendría que haberte preguntado si te querías casar conmigo la mañana siguiente a nuestra primera noche juntos.

Alargué el brazo y, tras un breve titubeo, Brigitte levantó la cabeza, y yo se lo pasé por debajo.

—Para eso no es demasiado tarde.

—¿Quieres?

—Sí —dijo, acurrucándose contra mí y asintiendo con la cabeza en mi axila.

—Sólo tengo que acabar este caso. Será mi último caso.

3. ROBAR TRACTORES

Esa vez evité Berlín. Fui en coche. En Weimar dejé la autopista y seguí por carreteras secundarias. Antes de entrar en Cottbus hay un parque, que mandó construir el príncipe Pückler, con una pirámide para él y su esposa, otra para su caballo preferido y otra para su perro favorito. Su amante egipcia hubo de conformarse con una tumba en el cementerio. Era joven, bella y de piel oscura, y sus tiernos bronquios orientales no pudieron soportar el clima de la región de los sorbios. La comprendía. Yo tampoco había podido soportar el clima durante mi última visita.

Por la mañana había llamado a casa de Vera Soboda y ella me había invitado a cenar. Había preparado patatas con queso blanco y de beber había Urquell de Lausacia, una cerveza de marcado sabor a lúpulo en la boca, pero final suave.

—¿Y qué le trae por Cottbus?

—La Cooperativa Sorbia. ¿Se le ocurre alguna manera de que yo pueda acceder a los datos de los que me habló?

—Ya no trabajo allí. Me han despedido —se rió—. No me mire con ese aire de desconcierto. Yo no era realmente la jefa, ¿sabe? Me ocupaba de todo sólo porque alguien tenía que hacerlo y el puesto no estaba cubierto. Hace dos semanas lo ocupó un imbécil que no sabe nada de banca. Al tercer día me peleé con él y me echó. Todo sucedió muy deprisa. Le vi delante de mi escritorio y me dijo: «Señora Soboda, está usted despedida. Tiene media hora para vaciar su mesa y sacar sus objetos personales. A continuación, le ruego que abandone el edificio».

Y se quedó a mi lado, observándome como si fuera a llevarme la taladradora, los clips o el bolígrafo. Después me acompañó a la puerta y me

dijo: «Seguirá cobrando su sueldo durante siete meses, ¡y todos tan amigos!».

—¿Y ha ido a ver a algún abogado?

—Sí, pero se mostró dubitativo y me dijo que no podía prometerme nada. Consideraba que, tal vez, le había expresado mi opinión a mi nuevo jefe con excesiva claridad. Así que lo dejé. Los del Este no estamos habituados a los procedimientos judiciales. Y si perdiera el juicio..., ¿cómo iba a pagarlo?

—Y, ahora, ¿qué va a hacer?

—Aquí hay suficientes cosas que hacer; el problema es que lo que necesitamos no da dinero y lo que da dinero no lo necesitamos. Pero ya se arreglarán las cosas. Dios no dejará en la estacada a una buena comunista, como decía siempre la jefa con la que aprendí mi oficio.

Yo confiaba en que lo conseguiría. Volvía a tener el aire de una tractorista con la que uno se iría tan contento a robar tractores. Frunció el ceño.

—¿Y qué datos quiere usted?

—Me gustaría saber si se sigue blanqueando dinero.

—Pero en su carta me decía...

—Ya lo sé, pero no estoy seguro de que sea así. Tengo el presentimiento de que...

—¿Entiende algo de informática?

—No.

Se levantó, se puso en jarras y me miró de arriba abajo.

—¿O sea que tengo que irrumpir con usted en la Sorbia al abrigo de la noche, encender el ordenador y buscar esos datos sólo porque tiene usted un presentimiento? ¿Tengo que arriesgar la cabeza porque tiene un presentimiento? ¿Cree usted que me darían un trabajo, aunque sólo fuera de limpiadora, en cualquier otro banco si me descubren en la Sorbia? ¿Qué se imagina usted...?

Estaba delante de mí, riñéndome, como nadie lo había hecho después de mi madre. Si yo me hubiese levantado, la habría sobrepasado en altura y el encanto se habría roto. Así que permanecí sentado, mirándola con total fascinación, hasta que terminó, se sentó y se echó a reír.

—¿He dicho yo algo de irrumpir?

—No —respondió riendo—, he sido yo. Sí, he dicho algo de eso, y la verdad es que me gustaría hacerlo, y poner patas arriba los programas y los ficheros, pero no se puede. Ni siquiera con usted, que no ha dicho nada de irrumpir, pero lo ha pensado.

—¿Y sin usted? ¿Podría entrar yo, sin usted, encender el ordenador y buscar los datos?

—¿No me acaba de decir que no sabe nada de informática?

—¿No podría describirme, paso a paso, lo que hizo usted entonces? Yo...

—¿Convertirle en un *hacker*, en un día? Olvídelo.

—Yo...

—Van a dar las once y los sorbios nos acostamos temprano. Nos bebemos la última cerveza y, luego, le preparo el sofá.

OceanofPDF.com

4. DENTRO DEL ARMARIO

—Sólo como ejercicio de imaginación... ¿Se podría irrumpir en la Sorbia al amparo de la noche?

Se lo pregunté mientras estábamos desayunando y me contestó con tal rapidez que supuse que también ella debía de haberlo estado pensando por la noche.

—No habría que hacerlo aprovechando la oscuridad de la noche. Lo único que tendría que hacerse es abrir el office con una ganzúa y esconderse en el armario donde está el cuadro eléctrico, hasta que todos se hubieran ido; entonces, uno podría moverse tranquilamente por el banco. Lo complicado no sería entrar, sino salir. Por la mañana, a las siete, cuando llegan las mujeres de la limpieza, habría que volver a esconderse, hasta la hora en que se abre al público, momento en que uno puede mezclarse con los clientes. Pero en ese armario no puede ser: es donde se guardan los utensilios de la limpieza. Tampoco en los lavabos, ni en el cuarto de las fotocopias, ni detrás de las ventanillas ni debajo de los escritorios, porque las mujeres de la limpieza le verían al ir a limpiar; y a la sala de las cajas fuertes o a la cámara acorazada no se puede acceder.

—¿Cómo entran las mujeres de la limpieza?

—Tienen una llave de la entrada lateral.

—Y en el momento en que abren ¿no se podría salir disparado, pasando entre ellas?

Se puso a darle vueltas. Teníamos delante huevos con panceta frita y patatas, además de café y panecillos con mermelada. La señora Soboda comía como si hiciera mucho tiempo que no se alimentara y contara con que iba a pasar otro tanto sin hacerlo. Cuando capitulé ante el segundo huevo, también se comió todo lo que me había dejado en mi plato.

—Por la mañana, como un rey; a mediodía, como un príncipe y, por la noche, como un mendigo. Las mujeres de la limpieza se llevarían un susto y llamarían a la policía. ¿Por qué no? —dijo, mientras rebañaba los platos con un trozo de pan.

—¿Seguimos imaginando?

Se rió.

—Con eso no se hace daño a nadie, ¿no?

—Una vez dentro del banco, sentado frente al ordenador, si no se lograra avanzar con los programas y los ficheros, pero se dispusiera de un móvil y se pudiera llamar a alguien que entendiera de eso, se tendría que poder...

Volvió a reírse. Se reía de tal manera que el vientre se le agitaba, y se sujetaba a la mesa como si, de no hacerlo, fuera a caerse de la silla.

Esperé hasta que se hubo calmado.

—Señora Soboda, ¿puede enseñarme en su ordenador lo que he de hacer esta noche? ¿Me ayudará si me atasco y la llamo desde el móvil? Sé que no tengo muchas posibilidades de encontrar nada, pero, aun así, no me quedará tranquilo si no lo intento.

Ella miró el reloj.

—Disponemos de seis horas. ¿Tiene usted móvil?

Me explicó cómo llegar a la tienda, y me fui a comprar uno. Cuando volví, se sentó a mi lado, frente al ordenador. Ella me enseñaba y explicaba; yo le preguntaba y hacía ejercicios. Encender. Introducir la contraseña. ¿Cuál podía ser la contraseña adecuada? ¿Cómo podría pasar del sistema operativo al fichero histórico? ¿Qué hacer para consultar el estado de las cuentas en el sistema operativo y los procedimientos previos en el histórico? ¿Cómo se podría continuar dentro del sistema del blanqueo de dinero? A las tres, ya no sabía dónde tenía la cabeza.

—Todavía tiene unas horas para volver a repasarlo todo. El nuevo jefe se queda hasta muy tarde, así que yo no saldría del armario en el que está el cuadro eléctrico antes de las ocho.

Me explicó cómo llegar al office.

—¡Mucha suerte!

Aparqué en una calle lateral y entré en la Cooperativa Sorbia. Cruzar el patio de operaciones, pasar junto a las ventanillas de caja y meterme por el pasillo, que era corto y llevaba a la entrada lateral, y en cuyo inicio se encontraban los aseos y el office, no me resultó tarea difícil. Nadie se fijó en mí mientras atravesaba lentamente el patio de operaciones ni cuando abrí rápidamente con la ganzúa la puerta que daba al office y la volví a cerrar a mis espaldas.

El armario estaba a rebosar y tuve que amontonar y apilar, con sumo cuidado, cepillos, fregonas, trapos, cubos y artículos de limpieza para hacerme un sitio. Confortable no era. Tenía que mantenerme en posición de firmes, con la caja de los plomos incrustada en la espalda, los pies juntos y los brazos pegados a ambos lados del cuerpo. El olor a productos de limpieza era muy intenso; no era un aroma a limones frescos, sino una mezcla de jabón de fregar, amoníaco y fruta podrida. Al principio dejé la puerta del armario abierta; pensé que, si alguien entraba en el cuarto, lo oiría con el suficiente tiempo como para cerrarla. Pero cuando, efectivamente, alguien entró, no me di cuenta hasta que no estuvo dentro y, si hubiese mirado hacia donde yo estaba, habría sido el final. Así que la mantuve cerrada. A las cuatro de la tarde, cuando la Sorbia cerró al público, el office se animó. Los empleados que habían estado atendiendo las ventanillas y aún tenían que acabar algunos trabajos administrativos, hicieron una pausa para tomarse un café. Oí los silbidos y borboteos de las máquinas de café, el tintineo de tazas y cucharillas, observaciones sobre clientes y chismes sobre compañeros. No me sentía bien allí dentro del armario, pero el tiempo iba pasando.

Se me hacía muy lento. Empecé a repasar mentalmente lo que había aprendido sobre el ordenador. Pero, al poco rato, ya no podía pensar sino en cómo mover las piernas un centímetro más allá o cambiar mínimamente la postura de los brazos para que me dolieran menos. Sentía admiración por los soldados que hacen guardia ante el palacio de Buckingham o el del Elíseo. Pero, al final, acabé por envidiar sus espaciosas garitas. A veces oía algún ruido, pero no sabía si provenía del patio de operaciones o de la calle; si era una silla que había dado contra una mesa, un coche que había chocado con otro o una tabla que había caído de un andamio. La mayor

parte del tiempo, sólo oía el zumbido de la sangre en mis oídos y un pitido tenue, apenas perceptible, que tampoco provenía del exterior sino del interior de mi oído. Había decidido que, a las ocho, saldría del armario, abriría la puerta y escucharía a ver si había alguien en el patio de operaciones.

Pero, a las ocho menos cuarto, todo acabó. Oí un ruido. Mientras me preguntaba de dónde vendría y qué sería, alguien abrió la puerta del office de manera brusca y ruidosa. Durante unos instantes reinó el silencio; quienquiera que fuese el que había entrado se quedó quieto, como si estuviera dejando que su mirada se paseara por el fregadero, la cocina, el frigorífico, la mesa y las sillas, el armario que había sobre el fregadero y el armario del cuadro eléctrico, que estaba al lado de la cocina. A continuación dio unos pasos enérgicos hacia mi armario y abrió la puerta.

OceanofPDF.com

5. TRAJE OSCURO CON CHALECO

La luz me cegaba y sólo podía ver que había alguien delante de mí. Cerré los ojos, los volví a abrir y parpadeé. Entonces lo reconocí. Era Ulbrich.

Karl-Heinz Ulbrich, con un traje oscuro con chaleco, camisa de color rosa, corbata roja y unas gafitas de media luna, con montura plateada, por encima de las cuales me dirigía una mirada que pretendía ser decidida y amenazadora.

—Señor Selb...

Yo me eché a reír. Me reí porque se aflojó la tensión del último minuto y la de la larga espera allí de pie. Me reí por el traje y el aspecto de Ulbrich y porque había sido descubierto dentro del armario, como si yo fuera el amante de la Sorbia, y Ulbrich, su celoso marido.

—Señor Selb... —Su voz no sonaba decidida ni amenazadora. ¿Cómo podía haberme olvidado de que era un tipo muy sensible? Intenté dejar de reírme, para que no pensara que me estaba riendo de él. Pero ya era tarde y Ulbrich me miraba como si hubiese vuelto a ofenderle—. Señor Selb, esa risa no le va a durar mucho. Ha entrado aquí de una manera ilegal.

Asentí.

—Sí, señor Ulbrich. Soy yo. ¿Cómo ha dado conmigo?

—He visto su coche en la calle de al lado. ¿Dónde iba a estar sino aquí?

—No pensé que nadie pudiera reconocer mi coche en Cottbus... Pero, quizás, sí que debería haber caído en la cuenta de que Welker podría haberle enviado aquí como nuevo jefe.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Quiere usted decir que yo...? Señor Selb, su alusión a que yo haya chantajeado al señor Welker es una ignominia, a la que me opongo rotundamente. El señor Welker ha visto en

mí lo que usted no fue capaz ver y está contento de poder utilizar mis servicios. Está contento, ¿comprende?

Salí del armario y, como tenía las piernas entumecidas, tiré algunos productos de limpieza, el cubo, la fregona y el cepillo. Ulbrich me dirigió una mirada reprobatoria. ¿Por qué, respecto a él, antes o después, siempre acababa teniendo mala conciencia? Yo no era su padre; por lo tanto, no podía haber fracasado en mi papel como tal. Y tampoco era su tío, ni su primo, ni su hermano.

—Comprendo. Usted no le chantajea y él está contento de que trabaje en su banco. Y ahora, me gustaría irme.

—Usted ha entrado aquí de forma...

—Eso ya lo ha dicho. Welker no querrá líos en su banco. Y si yo y la policía..., eso sería un lío. Supongo que ni siquiera querrá saber que me he pasado unas horas en su banco, en compañía de cepillos y cubos de fregar. Olvídese de que he entrado de forma ilegal. Olvídese y déjeme salir, sin más.

Meneó la cabeza, pero se dio la vuelta y salió del office. Le seguí hasta la entrada lateral. Abrió y me dejó salir. Miré la calle, arriba y abajo, y oí cómo se cerraba la puerta a mis espaldas y daban dos vueltas de llave en la cerradura.

La calle lateral estaba desierta. Quise ir hacia el Altplatz, pero me equivoqué de dirección y llegué a una calle ancha que no conocía. Tampoco allí había nadie. La noche estaba tibia e invitaba a darse un paseo, a sentarse fuera, a charlar delante de un vaso de vino o una jarra de cerveza, a ponerse a ligar y a hacerse carantoñas, pero por lo visto esas cosas no interesaban a la gente de Cottbus. Al doblar una esquina, me topé con un quiosco de comida turca, que había colocado una mesa con dos sillas en la acera; pedí cerveza y hojas de parra rellenas, y me senté.

Al otro lado de la calle, dos chicos daban vueltas alrededor de sus motos y, de vez en cuando, hacían rugir los motores. Pasado un ratito, arrancaron, dieron una vuelta a la manzana y luego, otra, y después, otra. Volvieron a pararse al otro lado de la calle, con los motores encendidos, haciéndolos rugir de vez en cuando, y luego, volvieron a dar vueltas a la manzana. Y así, una y otra vez. Tenían un aspecto normal y lo que se decían era inofensivo.

Sin embargo, el ruido de los motores resultaba tan agresivo como el de la fresa de un dentista que, antes de hacerte daño en la muela, te lo hace en el cerebro.

—Usted no es de aquí —me dijo el dueño del quiosco, mientras colocaba delante de mí un plato, un vaso y la botella.

Asentí.

—¿Qué tal se vive por aquí?

—Ya lo está oyendo. Siempre pasa algo.

Antes de que pudiera preguntarle qué otras cosas pasaban, además de que hubiera chicos con motos, entró en su establecimiento. Me comí las hojas de parra rellenas con los dedos. No había cubiertos. Luego, me serví un vaso.

No creía que Ulbrich hubiera chantajeado a Welker. Más bien, después de que yo le previniese, Welker habría llamado a Ulbrich, le habría invitado a verse y le habría contratado. No era difícil comprender que Ulbrich valoraría más conseguir un empleo que todo lo que pudiese obtener con un chantaje.

¿Le daría lo mismo a Welker colocar en el puesto de la competente Vera Soboda a Karl-Heinz Ulbrich, que no tenía la menor idea de hacer aquel trabajo? ¿Le resultaría conveniente? ¿Consideraría que ella tenía demasiadas sospechas? Pero ¿cómo iba a saber qué sospechas podía tener? ¿Habría guardado el fichero histórico el rastro de su incursión en el sistema? Pero si Welker lo había averiguado y la había sustituido premeditadamente por el cándido Ulbrich, para seguir blanqueando dinero, ¿qué me enseñaba eso acerca de la muerte de Schuler?

6. UN TRABAJO DE MIERDA

Apenas había saludado a Vera Soboda, cuando sonó el timbre.

—Creía que me había intimidado y que, por eso, le había dejado irse, ¿verdad? —Karl-Heinz Ulbrich me miraba con aire triunfal—. Sólo quería averiguar quién le estaba ayudando —dijo y, a continuación, miró a Vera Soboda.

—Esto lo lamentaré. Si cree que puede cobrar un sueldo de la Sorbia y, al mismo tiempo, escupir en su plato, se equivoca de parte a parte.

Ella le miró como si fuera a saltarle al cuello. De haberlo hecho, no habría quedado mucho de él, ni tampoco de mí, si yo me hubiera metido en medio a separarlos. Sin quitarle ojo a Ulbrich, me preguntó:

—¿Lo encontró?

—No. Que Welker le haya elegido precisamente a él para sustituirla a usted, encajaría. Usted sabía lo que se estaba cociendo y él no lo sabe. Pero eso no prueba nada.

—¿Qué es lo que yo no sé?

—¡Un tonto útil! —A Vera Soboda Ulbrich le producía tal rechazo que no necesitaba pruebas.

—¿Cómo...?

—No se dé esos aires de grandeza. ¿Por qué cree que Welker decidió nombrarle jefe a usted, que sabe tanto del negocio bancario como yo del cultivo de flores exóticas? ¿Cree que pensó que era capaz de dirigir la Sorbia? ¡Qué estupidez! La única razón es que sabe que usted no sería capaz de averiguar que allí se blanquea dinero. Bueno, no; ésa no es la única razón. La otra es cómo trata a mis compañeros y que se le dan muy bien las canalladas.

—¡Oiga, que el negocio bancario no es ninguna cosa de brujería, y que lo que hay que averiguar lo averiguo! Si no, ¿cómo iba a haberles descubierto? Yo he trabajado en la sección XVIII del departamento de seguridad del Ministerio de Economía, y allí sólo reclutaban a los mejores, ¿sabe? ¡Los mejores! Blanqueo de dinero... ¡No me haga reír!

—¡Así que era usted de la Stasi! —Se quedó mirándole, asombrada al principio, y después, como si no le hubiera visto desde hacía mucho tiempo y fuese reconociendo un rasgo de su rostro tras otro—. ¡Claro! Quién se mete una vez en la mierda, ya siempre anda en la mierda. Si no es para los nuestros, pues, para los otros; para el que contrate y pague, sea quien sea.

—¿Yo, en la mierda? Él entra en el banco de una forma ilegal y usted me lanza acusaciones terribles, sin fundamento... Ustedes sí que están metidos en la mierda. ¿Y qué quiere decir con que yo ya no trabajo para los nuestros, sino para los otros? Haga el favor de decirme qué trabajo voy a hacer para los nuestros. Habla como si yo fuese a traicionarlos. Hace tiempo que no oía una estupidez semejante: los nuestros ya no existen; sólo existen los otros.

Seguía intentando aparentar un aire de superioridad, pero su voz traslucía cansancio y desesperación. Como si hubiera creído en la RDA y en la Stasi, y le hubiera gustado su trabajo y no se hallase bien sin él. Como si se hubiera quedado huérfano.

Pero Vera Soboda no cejaba: perteneciente a la antigua Stasi en otro tiempo, y ahora, en un banco dudoso de la Alemania occidental; ignorante del negocio bancario; un canalla con los empleados que, primero, se había colado en el banco ante sus narices, y después, había ocupado su puesto... Estaba demasiado furiosa como para poder comprender su cansancio y su desesperación, y para apiadarse de él. Que fuera comprensiva, a lo mejor era pedir demasiado.

—Ya sé que «nosotros» no existimos. Y no he hablado de ninguna traición..., pero lo que usted hacía antes era un trabajo de mierda y lo que hace hoy también lo es. Ya está preparando los despidos, ¿verdad? Todo el mundo lo sabe. ¿Sabe usted cómo le llaman? «El ángel de la muerte»... Y no crea que todos le tienen miedo. También se puede tener miedo de una salchicha, si es venenosa y nauseabunda.

—Señora Soboda... —Yo quería calmarla, pero Ulbrich tampoco cejaba.

—¡Bájese de su pedestal! Si en el banco se blanquea dinero, no se hará desde hace dos semanas sino desde la época en la que usted, con toda su sapiencia, trabajaba allí, y se haría ante sus ojos. ¿Se preocupó usted de ello? ¿Hizo algo para atajarlo? ¿Fue a la policía? —De nuevo había adquirido un aspecto triunfal—. ¿Yo, en la mierda? Usted sí que estaba en la mierda y con las dos patas dentro, y le gustaría seguir estándolo. Si ha habido alguien a quien se le diesen bien las bajezas es a usted.

Ahora era Vera Soboda la que tenía un aspecto de enorme cansancio. Encogió los hombros, levantó los brazos, los dejó caer, y se fue del recibidor, en el que estábamos, al cuarto de estar, donde se sentó. Ulbrich fue detrás.

—Esto no se va a quedar así. Por lo menos, me debe usted una disculpa. Y, dicho eso, no supo cómo continuar.

Yo me dirigí a la cocina, saqué tres cervezas del frigorífico, las abrí y me las llevé al cuarto de estar. Coloqué una sobre la mesa, delante de Vera Soboda; otra, delante del sillón vacío, y yo me senté con la otra en el sofá. Ulbrich se quedó al principio de pie, junto al sillón vacío, pero luego, se sentó cuidadosamente en el borde, agarró la botella de cerveza y se puso a girarla entre las palmas de las manos. Reinaba tal silencio que se oía hasta el leve zumbido del ordenador que estaba en la terraza acristalada.

—¡Salud! —dijo Ulbrich levantando la botella y dio un trago.

Vera Soboda levantó la vista, le miró a él y luego me miró a mí como si hubiera olvidado que estábamos allí. Ulbrich carraspeó.

—Siento haberla despedido. No fue una cuestión personal. A mí no me dieron ninguna explicación, sólo la orden, ¿qué iba a hacer? Y ya sé que no sé nada del negocio bancario. Pero, tal vez, no necesiten a alguien que lo conozca. Tal vez sea suficiente con saber llamar por teléfono. Cuando no sé algo, llamo y me lo explican. —Carraspeó otra vez—. Y en cuanto a lo que ha dicho sobre el trabajo de mierda para «los otros»..., ninguno de nosotros tiene nada que ofrecer, ni usted ni yo ni nadie, y quien no tiene nada que ofrecer, ha de aceptar el trabajo que le den. Eso tampoco es nada personal.

Dio un trago largo, eructó bajito, se limpió los labios con el dorso de la mano y se puso de pie.

—Muy agradecido por la cerveza. Buenas noches.

OceanofPDF.com

7. PATATAS PANADERA

—¿Se ha ido?

Ulbrich había cerrado la puerta a sus espaldas con tanta suavidad y había bajado la escalera de una forma tan silenciosa que ningún ruidito había roto el silencio.

—Sí.

—Me he comportado mal y, al final, cuando podía haberlo arreglado, la he vuelto a fastidiar. Él tenía razón, e incluso ha intentado ser amable, y yo, de pura rabia, ni siquiera le he dado las buenas noches.

—¿Rabia contra él?

—Contra él, contra mí misma, contra que sea tan asqueroso.

—No es asqueroso.

—Ya lo sé, y también eso me da rabia. La verdad es que tendría que disculparme.

—La ensalada de salchichas que hay en el frigorífico, ¿es para nosotros?

—Sí. Quería haber preparado también unas patatas panadera.

—Yo me ocupo de eso.

Encontré las patatas cocidas, la cebolla, la panceta y el aceite. Tras la disputa entre Vera Soboda y Ulbrich me sentó bien cortar todo aquello, escuchar el chirrido de la sartén y oler aquel aroma. No, los fracasos no hacen que uno sea mejor, sólo empequeñecen a las personas. A mí los fracasos sufridos en mi vida no me han hecho ser mejor, y a Vera Soboda y a Karl-Heinz Ulbrich sus fracasos, tanto los anteriores como los posteriores a la caída del Muro, también les habían empequeñecido. Los fracasos no sólo cuestan todo lo que uno ha invertido. También se llevan un poco de la

fe que alberga uno de salir airoso de la siguiente prueba, del siguiente combate; de conseguir enderezar su vida.

Serví los platos y comimos. Vera Soboda quería saber qué había pasado en la Sorbia y yo se lo expliqué. Le conté de qué conocía a Ulbrich y por qué estaba seguro de que no sabía nada del blanqueo de dinero, ni del anterior ni del actual.

—Él tenía sospechas de que en la banca Weller & Welker ocurrían cosas turbias, habló de la mafia rusa o chechena y, tal vez, se le ocurrió lo del blanqueo de dinero, pero un dato preciso... No. Él no puede haber descubierto nada, y seguro que Welker no le ha puesto al corriente, si es que todavía queda algo de qué ponerle al corriente.

—Sí... Me he precipitado sacando conclusiones.

—Sí.

—Entonces, quizás Ulbrich tenga razón y aquí no se necesite realmente a nadie que sepa de banca. Tal vez la Sorbia tenga que reducir gastos, justamente porque ya no se blanquea dinero, y haya que despedir gente y han empezado por mí. Quizás querían librarse de mí para que yo no creara dificultades con los despidos de los demás —dijo, pero luego me miró sonriendo con tristeza y sacudió la cabeza—. No, eso es soñar: yo no habría creado dificultades con los despidos de los demás.

Me levanté y fui a sacar de mi maleta la bolsa de basura en la que tenía el dinero de Schuler. Le conté cómo había recibido aquel dinero y cómo suponía que lo había encontrado él.

—Usted dijo que aquí había suficientes cosas que hacer. Tome el dinero y hágalas.

—¿Yo?

—Sí, usted. Naturalmente, no le pido que haga todo lo que haya que hacer aquí, sino una parte.

—Yo... Esto... Esto me pilla por sorpresa. No sé si yo... Quiero decir que ideas tengo un montón, pero ya ha visto lo rabiosa que puedo llegar a ponerme, y cuando estoy furiosa, soy capaz de cometer las mayores tonterías. ¿No quiere pedírselo a alguien que sea mejor que yo? ¿No quiere ocuparse usted mismo?

A la mañana siguiente me la encontré en camión en la cocina. Había repartido la mayor parte del dinero en montoncitos sobre la mesa y contaba el resto con una agilidad encomiable en los dedos.

—Sí —dijo, al ver mi mirada de asombro—, nosotros todavía nos ejercitábamos en contar dinero, y quien más deprisa lo hacía se convertía en activista.

—Entonces, ¿se encargará usted?

—Son casi cien mil marcos. Le rendiré cuentas hasta del último céntimo.

Alargó la mano con un librito gris.

—Lo he encontrado entre el dinero.

Era un pasaporte del Tercer Reich. Lo abrí y encontré la fotografía y los datos de Ursula Sara Brock, nacida el 10 de octubre de 1911. Sobre el nombre estaba estampada una «J» muy florida. Junto con el dinero, Schuler me había legado algo que no entendía. Aquel legado me desconcertó. Pasé una a una las páginas del pasaporte, le di la vuelta para un lado y para el otro, y me lo guardé.

OceanofPDF.com

8. ¡TEN CUIDADO!

Hice el viaje de regreso por la autopista. Quería zambullirme en la corriente de los coches, no tener que prestar atención ni distraerme. Quería recapacitar.

¿Quién era Ursula Sara Brock? Si aún vivía, sería una señora mayor incapaz de darle a Schuler un susto de muerte. Que hubiera sido Samarin o sus hombres quienes se lo habrían dado... A todas las demás preguntas se añadía la de por qué no le habrían quitado el dinero de inmediato. Que hubiera sido Welker, que había empezado a blanquear dinero después, si es que lo blanqueaba... No, aun cuando pudiera probar que Welker blanqueaba dinero en la actualidad, no tendría sentido que le hubiera dado a Schuler un susto de muerte entonces. ¿O acaso contaba ya con heredar el negocio del blanqueo de Samarin y temía la curiosidad insaciable y eficaz de Schuler?

Yo iba por el carril de la derecha entre camiones, matrimonios de ancianos en viejos automóviles Ford u Opel, polacos en cacharros traqueteantes que soltaban una humareda, y comunistas inveterados en sus habituales Trabant de colores pastel. A veces, cuando el tubo de escape del vehículo que tenía delante echaba un humo excesivamente apestoso, me cambiaba al carril de la izquierda y adelantaba a camiones, polacos y comunistas hasta encontrar algún matrimonio de ancianos, tras los cuales volvía a circular en fila. En el espacio posterior de uno de aquellos coches tenía su reino un perro de plástico que balanceaba la cabeza de acá para allá y de arriba abajo, melancólico y afligido.

Un Saab oscuro en la Schlossplatz de Schwetzingen y la sustitución de Vera Soboda por Karl-Heinz Ulbrich..., después de todo era tan poca cosa que me puse a preguntarme si no tendría yo algo en contra de Welker.

¿Sentía envidia de su riqueza, de su banco, de su casa, de sus hijos? ¿De la facilidad con la que había logrado todo y con la que seguía lográndolo? ¿De la ligereza con la que iba por la vida? ¿De la habilidad que tenía para que no le afectase nada de todo lo malo que le ocurría o que él mismo provocaba? ¿A los viejos les produce antipatía la juventud? ¿A la generación de la guerra y la posguerra le produce rechazo la generación del milagro económico? ¿A los culpables, los inocentes? ¿Me corroía el hecho de que Welker hubiera matado de un disparo a Samarin y que hubiese puesto en peligro la vida de Nägelsbach, sin que eso le hubiese ocasionado ningún problema, y el hecho de no sentirme, también yo, inocente y ajeno?

Pasé la noche en Nuremberg. A la mañana siguiente salí temprano y a las once ya estaba en Schwetzingen. Estuve primero en un café y luego en otro, sin quitar ojo al banco, hasta las siete de la tarde. Algunos coches, algunos clientes a pie, algunos empleados que a mediodía salieron a sentarse en un banco de la plaza y a las cinco y media se despidieron ante el portón... Eso fue todo.

Ya de noche, cuando estaba en mi oficina, llamó Brigitte para preguntarme si mi viaje había dado frutos. A continuación me preguntó:

—¿Quiere eso decir que has terminado con el caso?

—Casi.

Mientras anotaba lo que sabía y lo que no sabía, lo que quedaba por hacer y lo que cabía esperar, llamaron a la puerta. Era Georg.

—Pasaba por aquí y vi que había luz. ¿Tienes un ratito?

Había venido en bicicleta y estaba limpiándose las gafas. Luego se sentó frente a mí bajo el cono de luz de la lámpara de mi mesa. Vio la botella de vino medio vacía.

—Bebes demasiado, tío Gerd.

Me serví otro vaso y le preparé un té.

—Tiene que haber documentos en la Oficina de Indemnizaciones. Seguro que el hijo del sobrino, el que emigró a Londres y murió allí en la década de los cincuenta, intentó obtener una compensación por la fortuna familiar después de la guerra. Los nazis habían destrozado el apartamento de sus padres con tal violencia que perdieron toda esperanza y se suicidaron. Quizás el hijo sabía algo y lo sacó a colación.

Necesité un momento para situarme.

—¿Me hablas del socio secreto? Eso ya no le interesa a nadie. Nunca interesó en realidad, ni a mi cliente ni a mí. Sólo que he necesitado mucho tiempo para darme cuenta de que era un pretexto.

Pero Georg estaba entusiasmado.

—Me he documentado un poco. En los años cincuenta las leyes sobre indemnizaciones fueron un asunto que dio mucho que hablar y hubo procedimientos y más procedimientos. Hubo muchas menudencias, pero también algunos casos realmente importantes: judíos que tuvieron que vender fábricas enteras, grandes almacenes o terrenos por cuatro perras gordas y que querían recuperar sus bienes o recibir una compensación. ¿No te acuerdas?

Naturalmente que me acordaba. Sobre todo, de las arizaciones. Un buen día, un judío ingenuo, que no quería vender y al que su socio alemán extorsionaba, acudió a la fiscalía. Cuando yo empecé a trabajar, en 1942, ya hacía tiempo de eso, pero aún se seguían haciendo chistes.

—¿No quieres saber qué pasó?

—¿Para qué?

—¿Para qué? Yo, simplemente, quiero saberlo —contestó, mirándose con gesto testarudo—. He seguido su rastro. Sé qué tipo de persona era. Era un hombre conservador, le gustaba oír música, beber vino y fumar puros habanos. Recibió multitud de condecoraciones. Ganó una fortuna elaborando informes jurídicos para la nobleza; era discreto, y su dinero lo invirtió para su sobrina y su sobrino. ¡Para mí está vivo!

—Georg...

—Ya sé que Laban está muerto. No es más que una forma de hablar. Pero me parece lo suficientemente interesante como para querer saberlo todo. Por cierto, ¿cuánto pensabas darme por mis pesquisas hasta este momento?

—Había pensado en mil, más los gastos. Y ya que estamos hablando de ello... —Le extendí un cheque por dos mil marcos.

—Gracias. Con esto me llega para irme a Berlín y ponerme a bucear entre documentos. Me quedan unos días antes de empezar a trabajar. Te contaré lo que encuentre.

—Georg...

—¿Qué?

Le miré: el rostro delgado, la mirada seria, atenta, la boca levemente abierta, con cierto gesto de asombro, como siempre.

—¡Ten cuidado con los skins!

Se rió.

—Sí, tío Gerd.

—No te rías, y ten cuidado también con los otros.

—Sí, claro.

Se puso de pie, riéndose, y se fue.

OceanofPDF.com

9. AUSENCIAS

El lunes llamé a Philipp, pero él se negó a llamar a su colega, el doctor Armbrust, el primer día después de las vacaciones.

—Ni te imaginas todo lo que puede tener que hacer. Dame hasta mañana o, mejor, hasta el miércoles.

El miércoles se pasó por mi oficina.

—Ya que no tengo mucho que comunicarte, por lo menos vengo a hacerlo en persona. Un tipo simpático el tal Armbrust. Hemos comprobado que ya me había remitido algún paciente.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Le he preguntado si Schuler padecía asma o alergias. Nada. Aparte de la hipertensión y el problema cardíaco, gozaba de buena salud. Contra el insomnio tomaba Ximovan, un producto que no produce pesadez de cabeza al día siguiente; para el corazón tomaba inhibidores de la ACE y Centramina; para la retención de líquidos, Moduretik, y para la tensión, Catapresan, un medicamento excelente, pero cuya ingesta no debe suspenderse de un día para otro, si no se quiere correr el riesgo de sufrir ausencias.

Conocía aquellos nombres. Estaban entre los medicamentos que me había llevado del cuarto de baño de Schuler para que Philipp pudiera informarme sobre su estado de salud. Hasta había empezado a leerme los prospectos.

—¿Ausencias?

—Sí, al conducir, al hablar, en todo lo que requiera concentración. Por eso no se receta a personas que padezcan algún trastorno, que sean distraídas o, simplemente, olvidadizas. Armbrust me describió a Schuler

como un señor mayor, con un olor penetrante, pero sorprendentemente lúcido.

—A mí también me lo pareció.

—Eso no quiere decir que no pudiera olvidarse de tomar las pastillas. El primer día se está más o menos bien. El segundo, también; pero al tercero pueden presentarse ausencias masivas. Imagínate que la cosa fue así: los dos primeros días no se sintió demasiado bien, pero pensó que se debía a un cambio del tiempo, a que había bebido demasiada cerveza la noche anterior o a que tenía un mal día, como se tienen a veces. Al tercer día ya no estaba en situación de pensar demasiado.

—¿Tú te crees eso?

—¿El qué?

—Que alguien que precisa una medicina y que la lleva tomando años se olvide, de pronto, de tomarla.

Philipp hizo un gesto de impotencia con los brazos.

—Si algo aprendes, cuando eres médico, es que no existen pacientes imposibles. Puede que se hartara de tomar la medicina, o que llevase demasiado tiempo encontrándose bien, o que se tomara otra pastilla, por error.

—O nada de todo eso, sino algo absolutamente distinto.

—Aunque me moleste reconocerlo..., así es. Puede que Schuler tomara las pastillas en días alternos y la noche anterior sólo tomase demasiada cerveza. ¡No te metas en un callejón sin salida, Gerd, y cuídate el corazón!

OceanofPDF.com

10. VIEJO CAGADO

Luego apareció Georg, de vuelta de Berlín. Se había cuidado de los skins y de los otros. Y había dado con los documentos de solicitud de indemnización del sobrino de Laban.

—Solicitar una indemnización no era mucho mejor que quedarse sin las cosas para las que se había establecido una reparación. Dos candelabros de plata, doce cuchillos, doce tenedores, doce cucharas y doce cucharillas de plata, doce platos llanos, doce hondos, un aparador, una sillería de cuero... ¿Valor estimado? ¿Fecha de la compra? ¿Tiempo de uso? ¿Tiene facturas? ¿Tiene otros comprobantes? ¿Hay testigos? ¿Puede justificar la razón del valor estimado? ¿Por qué fue abandonada la propiedad? ¿Existen testigos de que la vivienda fue destrozada y desvalijada la Noche de los Cristales Rotos? ¿Se notificaron la pérdidas a la policía? ¿Se notificó a alguna compañía de seguros...? Tal vez no pudiera hacerse de otra manera, pero era espantoso. No obstante, parece que no le fue mal en Londres: vivía en Hampstead y tenía una galería, que aún existe y es de renombre.

Volvíamos a estar sentados frente a frente en mi oficina. Su rostro resplandecía de entusiasmo. Estaba orgulloso de lo que había logrado descubrir, quería seguir, descubrir más y saberlo todo.

—¿Y qué más hay que saber?

Me miró como si le hubiera preguntado una estupidez.

—¿De dónde sacaba el dinero para vivir tan bien como vivía en Londres? ¿Qué fue de su hermana? ¿En qué quedó la herencia de su tío? Había un busto de Laban que estaba en la Universidad de Estrasburgo y que también está buscando un profesor de allí con el que he hablado. Imagínate que lo encuentro en un chamarilero de Estrasburgo o en algún otro lugar de Alsacia. En cualquier caso, ya sé adónde voy a ir las próximas vacaciones.

Yo también sabía adónde tenía que ir. Durante el camino hacia Emmertsgrund llovía pero, cuando llegué, el viento había barrido las nubes y brillaba el sol. Hacia el oeste la vista era totalmente límpida. Busqué la central nuclear de Philippsburg, las torres de la catedral de Speyer, la torre de telecomunicaciones del Luisenpark y el Collini-Center, y los encontré como pintados con un pincel fino. Mientras miraba, las nubes se fueron acumulando sobre las montañas del Haardt y prepararon la siguiente sesión de lluvia.

El viejo Weller estaba sentado en el mismo sillón, junto a la misma ventana. Como si, desde mi anterior visita, no se hubiera movido de aquel sitio. Cuando me senté, se inclinó hasta casi tocar mi nariz con la suya, por su mala vista, y se puso a examinarme el rostro.

—Usted no es joven. Usted es un viejo cagado, como yo.

—Querrá decir «cascado».

—¿Qué era lo que realmente quería la última vez que estuvo aquí?

Puse cincuenta marcos sobre la mesa.

—Su yerno me había encargado que averiguara la identidad del socio secreto que, a finales del siglo diecinueve, colocó medio millón en su banco.

—Pero usted no me preguntó nada de eso.

—¿Me habría contestado?

No negó con la cabeza ni asintió.

—¿Por qué no me lo preguntó?

Mal podía yo decirle que, entonces, no investigaba para su yerno, sino contra él.

—Me bastó con averiguar si los Weller y los Welker de su generación podían, simplemente, haberse olvidado del socio secreto.

—¿Y qué?

—No conozco al padre de Welker.

Soltó una carcajada igual al balido de un macho cabrío.

—Ése no olvidaba nada.

—Y usted tampoco, señor Weller. ¿Por qué hizo de esa cuestión un secreto?

—Secreto, secreto... ¿Ha resuelto satisfactoriamente el trabajo que le encargó mi yerno?

—Era Paul Laban, catedrático en Estrasburgo; el experto en temas legales más solicitado, de más renombre y mejor pagado de su época; no tuvo hijos, pero se ocupó de su sobrina, de su sobrino, y de los hijos de éste. No parece que ninguno de ellos tuviera ganas de reclamar la aportación secreta. —Guardé silencio, pero él también—. Aquél tampoco era el momento más adecuado para que los judíos disfrutaran de sus bienes en Alemania.

—En eso lleva usted razón.

—A veces, valía más conseguir una pequeña suma y colocarla en el extranjero que perderlo todo.

—¿Y para qué tenemos que darle vueltas nosotros, que somos unos viejos cagados? El hijo del sobrino emigró a Inglaterra, no pudo sacar nada de Alemania, y a petición nuestra, amigos nuestros de Londres se ocuparon de que no tuviese que empezar allí con las manos vacías.

—Eso le debió de costar bastante al sobrino.

—Lo único que no cuesta es la muerte.

Asentí.

—Así que en sus archivos figurará un documento de 1937 o 1938 en el que el sobrino declarará que todos los derechos y posibles exigencias concernientes a la aportación del socio secreto están satisfechos y liquidados. Entiendo que usted prefiere mantenerlo bajo llave.

—Usted, como es un viejo cagado, lo entiende. Pero, hoy en día, se prefiere sacarlo todo a la luz y pregonarlo, porque no se entiende cómo eran las cosas en aquella época.

—Es que tampoco es fácil de entender.

El viejo Weller se iba animando.

—¿Que no es fácil de entender? No era bonito, ni alegre, ni agradable. Pero ¿qué es difícil de entender, cuando se juega al viejo juego en el que unos tienen lo que otros quieren? Es el juego entre los juegos. Es lo que mantiene al dinero, a la economía y a la política en movimiento.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! —Golpeó con la mano derecha el brazo de la butaca—. Usted haga lo que tenga que hacer y deje que los demás se encarguen de lo que se tengan que encargar. Los bancos tienen que conservar su dinero.

—¿Y el hijo del sobrino dio señales de vida, después de la guerra?

—¿A quién? ¿A nosotros?

No contesté y esperé.

—Después de la guerra se quedó en Londres.

Seguí esperando.

—Se negó a volver a poner los pies en suelo alemán.

Como yo no decía nada, se echó a reír.

—¡Qué viejo cagado tan testarudo es usted!

Ya me estaba hartando.

—No se dice viejo «cagado». Se dice viejo «cascado».

—¡Ja! —dijo, volviendo a golpear el brazo de la butaca con la mano—. Eso es lo que le gustaría: sentir deseos de cascársela todavía. Pero no es así. Alégrese de poder cagar aún. —Y soltó otra carcajada como el balido de un macho cabrío.

—¿Y entonces qué pasó?

—Que su abogado le dejó bien claro que a nosotros no podía reclamarnos nada. La inflación posterior a la Primera Guerra, el Viernes Negro de 1929, la reforma monetaria después de la Segunda Guerra Mundial..., con todo eso, ni siquiera de un gran montón queda más que la cagarruta de un ratón. Y tampoco puede decirse que no se le diera una buena cantidad. Y eso, sin mencionar el riesgo que corrimos nosotros..., podíamos haber ido a parar a un campo de concentración.

—¿Su abogado era alemán?

Asintió y dijo con tono resignado:

—Sí, en aquella época, los alemanes todavía éramos solidarios.

11. REMORDIMIENTO

Sí, así eran. El Tercer Reich, la guerra, la derrota, la reconstrucción y el milagro económico eran para ellos sólo circunstancias diferentes bajo las que ejercer la misma actividad: aumentar lo que les pertenecía o lo que administraban. Era cierto cuando decían que ellos no habían sido nazis ni habían tenido nada en contra de los judíos, y que se habían mantenido en el terreno de la Constitución. Para ellos todo era sólo un terreno en el que estar y en el que poder agrandar sus empresas, hacerlas más ricas y poderosas. Tenían la sensación de hacer algo sin lo cual todo lo demás no era nada. ¿Para qué servían los gobiernos, los sistemas, las ideas, los dolores y las alegrías de los seres humanos si no florecía la economía; si no había trabajo y no había pan?

Así había sido Korten. Korten, mi amigo, mi cuñado, mi enemigo. Con esa idea había ido a la guerra, por la Rheinische Chemiewerke, y con esa idea, había llevado a su empresa a ser lo que hoy es. Como los otros, había convertido en una misma cosa el poder y el éxito de la empresa y el de su propia persona. Lo que se permitía lo hacía con la certeza de estar sirviendo a la causa: a la Rheinische, a la economía, al pueblo. Hasta que se precipitó por un acantilado en Trefeuntec. Hasta que yo le hice precipitarse por un acantilado.

Nunca he sentido remordimientos. A veces he pensado que tendría que sentirlos, porque no estuvo bien ni desde el punto de vista jurídico ni desde el punto de vista moral. Pero en mi alma no se instaló ese sentimiento. Tal vez la otra moral, la más antigua y más dura, la que precedió a la moral actual, sobrevive aún en nuestros corazones.

Sólo en los sueños queda un resto indomado e indomable. Aquella noche soñé que Korten y yo estábamos sentados bajo un árbol grande y

alto, con las ramas extendidas, ante una mesa servida, comiendo. No recuerdo de qué estábamos hablando. Era una charla familiar y despreocupada. Yo la estaba disfrutando porque sabía que, después de lo ocurrido en Trefeuntec, en realidad, ya no podíamos charlar de un modo tan familiar y despreocupado. Entonces me di cuenta de que se estaba poniendo oscuro. Al principio pensé que era por la densidad del follaje pero, luego, vi que el cielo tenía el color sombrío de la tormenta y oí el silbido del viento entre las hojas. Seguimos hablando como si nada ocurriera hasta que el viento comenzó a sacudirnos; arrancó, de pronto, el mantel con los platos y las copas, y arrastró, finalmente, a Korten con la silla en la que estaba sentado, un Korten entronizado, bramando de risa. Yo corrí tras él intentando asirlo; corrí sin la menor posibilidad de agarrarlo a él ni a la silla; corrí tan deprisa que mis pies apenas tocaban el suelo y, mientras corría, Korten seguía riéndose. Yo sabía que se reía de mí, pero no sabía por qué, hasta que me di cuenta de que había traspasado el límite del acantilado junto al que habíamos estado sentados bajo el árbol y seguía corriendo por el aire, con el mar abajo. Y, entonces, mi carrera acabó y caí.

12. VERANO

De pronto llegó el verano. No sólo un día caluroso y un anochecer tibio, sino un calor tan agobiante a la sombra como al sol, que me impedía dormir por las noches, así que las pasaba contando las horas que daban las campanas de la iglesia del Espíritu Santo. Cuando empezaba a clarear, me sentía aliviado, aunque sabía que la mañana no sería fresca y que el nuevo día sería tan caluroso como el anterior. Me levantaba y bebía el té que había dejado preparado por la noche en la nevera. Algunas veces las contusiones y los arañazos que traía Turbo de sus aventuras nocturnas eran tan serios que tenía que curárselos con tintura de yodo. También él se va haciendo viejo. ¿Ganará aún sus escaramuzas?

Hacía tanto calor que todo se había vuelto menos importante, menos urgente. Como si no fuese realmente cierto sino sólo posible. Como si hubiera que determinar primero de qué se trataba y, para eso, hacía demasiado calor.

Pero no quiero echarle la culpa al calor. Ya no sabía qué más podía hacer para aclarar la muerte de Schuler. Tal vez no hubiera nada que aclarar, tal vez nunca hubiera habido nada que aclarar. ¿Me habría metido en un callejón sin salida? Entretanto, me parecía que esa idea tenía su parte positiva. No porque, en caso de que se hubiera tratado de un ataque, fuese yo a ser menos responsable de lo que en principio había pensado. Justamente al contrario. Sólo si el malestar de Schuler había sido algo excepcional, provocado por alguien, habría estado su vida, en aquel entonces, en mis manos. Si no se trataba más que de la modorra posterior a un exceso de bebida o de un malestar debido al clima, el accidente podría haberle sobrevenido en cualquier momento.

Aquellas semanas tórridas culminaron con una serie de días en los que el calor acabó por desencadenar fuertes tormentas al anochecer. A las cinco aparecían las nubes, a las seis el cielo se oscurecía tanto que parecía que iba a hacerse de noche. Se levantaba el viento, barría el polvo de las calles y arrancaba las ramas de los árboles que, con aquel calor, se habían secado y vuelto quebradizas. Con las primeras tormentas los niños se quedaban fuera, daban gritos de contento con las primeras gotas y aullaban de alegría cuando la lluvia caía como una cascada y los empapaba. Luego, ya les aburría. Yo me quedaba sentado a la puerta de mi oficina mirando cómo el agua formaba olas en las aceras vacías y se acumulaba borboteando en la calzada, porque el sumidero no podía tragarla tan deprisa. Cuando la tormenta cesaba, era el primero en salir y, de camino a mi casa o a la de Brigitte, iba respirando el aire fresco. Durante la tormenta el sol se había puesto pero, luego, el cielo volvía a estar claro, de un azul pálido que, con el crepúsculo, se tornaba violeta antes de hacerse azul oscuro, gris oscuro y negro.

Yo disfrutaba del verano. Disfrutaba del calor y del imperativo de lentitud que imponía a todos, y que me producía una sensación de libertad y bienestar. Disfrutaba de las tormentas y de las temperaturas más moderadas de las semanas posteriores. Brigitte y yo buscábamos apartamento, y ella comprendía que yo no pretendía sabotear la búsqueda cuando insistía en que sólo podía ser una vivienda con vistas al Rin o al Neckar. Siempre quise tener una casa junto al mar, y si no, a orillas de un lago. Sólo que Mannheim no está al borde del mar ni a orillas de ningún lago. Pero tiene el Rin y el Neckar.

—Ya encontraremos el apartamento perfecto, Gerd.

Todo iba bien y, sin embargo, no iba. Las historias que escribe la vida quieren su final y, mientras no lo tienen, bloquean a cuantos toman parte en ellas. El final no tiene por qué ser un *happy-end*. No es necesario que los buenos encuentren recompensa y los malos, castigo. Pero los hilos del destino no pueden quedar sueltos. Tienen que estar entretejidos en el tapiz de la historia. Sólo cuando lo están, podemos dejar esa historia atrás. Sólo entonces, tenemos la libertad de emprender cosas nuevas.

No, la historia que había comenzado a principios de año en medio de la nieve aún no había acabado, por más que yo quisiera concluir el asunto de Schuler, que había bebido demasiado o no había soportado bien un cambio de tiempo. No conocía todos los hilos que aguardaban a ser tejidos en el tapiz, no sabía tampoco qué dibujo iban a componer ni cómo descubrirlo. Pero sólo tenía que esperar. Las historias quieren un final y no dan tregua hasta conseguirlo.

OceanofPDF.com

13. LOS HIJOS DE LABAN

Cuando las hojas de los árboles empezaban a teñirse de color, recibí carta de Georg. Me enviaba un manuscrito, que iba a publicar una revista de historia del derecho, titulado «Los hijos de Laban». A partir de las indagaciones llevadas a cabo, Georg había escrito un ensayo breve. Me preguntaba si podía aportarle algunas sugerencias.

Ya al comienzo dejaba claro que Laban no había tenido hijos. No sólo no había tenido hijos biológicos sino tampoco hijos académicos. Mientras otros catedráticos cuidaban de su círculo de discípulos como gallinas cluecas, Laban procuraba que sus alumnos fueran capaces de andar solos enseguida y siguieran sus propios caminos. Georg sospechaba que, tal vez, un amor de juventud —no sin eco, pero, en cualquier caso, no consumado— por la esposa de un compañero de Königsberg le había marcado tanto que le había impedido establecer relaciones profundas hasta con los alumnos y, mucho menos aún, con otras mujeres.

Aun así, tenía hijos. Estaba tan estrechamente ligado a los de su hermana que no podría haberlo estado más con los suyos propios. Sentía una especial inclinación por el chico, que también acabó siendo juez y jurista. Se llamaba Walter Brock.

Walter Brock. Georg describía el camino que había recorrido desde Breslau a Leipzig, su ascenso desde juez de Primera Instancia hasta juez del Tribunal de la Audiencia Territorial, las vejaciones, las humillaciones y, por último, la destitución que puso fin a su carrera en 1933. Hablaba de su boda, de sus hijos, Heinrich y Ursula, del suicidio, junto con su mujer, tras la destrucción de su casa en la Noche de los Cristales Rotos. Contaba cómo Heinrich había logrado huir a Londres en el último momento. Contaba que Ursula no lo había logrado y que, cuando empezaron las deportaciones,

había desaparecido sin dejar rastro. Laban, que murió en 1918, quería muchísimo a aquella pequeña, nacida en 1911.

En realidad no me hacía falta mirar, pero fui al archivo, saqué el pasaporte de Ursula Brock y comprobé que su fecha de nacimiento era el 10 de octubre de 1911. Después observé la fotografía. Ursula Brock tenía el pelo negro, cortado a lo chico, un hoyuelo en la mejilla izquierda, y me miraba atentamente con sus ojos oscuros, alegres y un poco sobresaltados.

Conseguí dar con Georg en los juzgados.

—Tengo el pasaporte de Ursula Brock.

—¿Qué tienes qué?

—Ursula Brock, la sobrina nieta de Laban... Tengo su pasaporte. Acabo de leer tu ensayo y...

—A las dos tengo una vista. ¿Puedo pasarme por ahí después?

—Sí, estaré en la oficina.

Vino y no quiso café ni té ni agua mineral.

—¿Dónde está?

Se sumergió en las escasas páginas en las que figuraban la fotografía, las huellas digitales y las inscripciones. Pasó despacio las páginas siguientes, que estaban vacías; tan despacio y con tanto cuidado como si de aquella manera pudiese arrancarles alguna información oculta.

—¿De dónde lo has sacado?

Le hablé de Adolf Schuler, de su archivo y de la visita que me hizo.

—Me dio un maletín con... con este pasaporte, se subió al coche, arrancó, chocó contra un árbol y murió.

—Así que, después de desaparecer, Ursula Brock fue a buscar ayuda a Schwetzingen. ¿La encontró? ¿Le procuraron Weller y Welker otro pasaporte? ¿Guardarían éste para que lo utilizara después de la guerra? —Meneó la cabeza despacio y con aire de tristeza—. Sin embargo, no consiguió llegar a ese momento.

—En tu escrito sólo dices que, por ser judía, en 1936 la expulsaron de la universidad. ¿Qué estudió?

—Todo lo habido y por haber. Sus padres eran muy generosos y no la apremiaban. Al final, estaba estudiando filología eslava. —Me dirigió una mirada implorante—: ¿Necesitas el pasaporte? ¿Me lo das? Tengo una

fotografía de Walter Brock con su mujer y los niños, cuando eran pequeños, y otra de Heinrich en Londres, pero no tengo ninguna de Ursula.

Sacó un sobre de su maletín y extendió unas fotografías sobre mi escritorio. Un matrimonio delante de un seto, meticulosamente recortado; él con traje, cuello duro bajo el mentón y un bastón de paseo en la mano izquierda; ella con vestido largo y una correa en la mano derecha que terminaba en el pecho y los hombros de Heinrich, como si se tratase de un arnés. Heinrich vestía traje y sombrero marineros, y Ursula, mayor que su hermano, estaba al lado de su padre, llevaba un vestido de verano de color claro y un sombrero de paja de ala ancha. «No se muevan», acaba de decir el fotógrafo y ellos están muy quietos y con la mirada fija. En otra fotografía se veía a un hombre joven delante de la Torre de Londres, cuyo puente estaba en ese momento alzado y dejaba pasar un barco.

—¿Heinrich en Londres?

Georg asintió.

—Ésta es la casa en la que nació Laban en Breslau; ésta, su casa de Estrasburgo; en esta postal se ve el edificio central de la Wilhelms-Universität todavía en construcción y...

—¿Quién es éste? —pregunté sacando un retrato casi cubierto por las postales. Conocía aquella cabeza voluminosa, con la frente levemente huidiza, las orejas grandes y los ojos saltones. La había visto por primera vez a través de una ventanilla empañada en la cima del Hirschhorn, y por última vez, muy de cerca, cuando nos dirigíamos al Luisenpark tras salir del hospital. También la había visto cuando bajamos del coche y entramos en el parque. Pero la cabeza de Samarin nunca me había impresionado tanto como durante el trayecto en coche, cuando los dos íbamos uno al lado del otro en el asiento de atrás, él mirando fijamente hacia delante, y yo, observándole con el rabillo del ojo.

—Es Laban. ¿Nunca le habías visto?

OceanofPDF.com

14. CENTRAMINA

Así pues, volví a ir con el coche a Emmertsgrund. En el verdor de las montañas brillaban los primeros rojos y amarillos. En algunos prados ardían fuegos y el humo de uno de ellos llegaba hasta la autopista. Abrí la ventanilla y quise comprobar si olía como en los viejos tiempos. Pero a la ventanilla abierta sólo llegaba el viento.

El apartamento del viejo Weller estaba abierto y vacío. Entré y estuve un rato mirando la fábrica de cemento desde el punto en el que habíamos estado sentados charlando. En eso llegaron dos mujeres de la limpieza y, sin prestarme la menor atención, empezaron a limpiar el suelo. Me extrañó que no esperaran a limpiar hasta después de que hubieran pintado las paredes. Cuando les pregunté qué había sido de Weller, no me entendieron.

En la administración me dijeron que hacía una semana que había muerto de un derrame cerebral. Nunca me ha interesado la medicina y tampoco creo que me llegue a interesar. Me imaginé el cerebro del viejo Weller trabajando sin descanso, astuto y malévolo, propulsado por su risa de macho cabrío como por un motor traqueteante. Hasta que, de pronto, ese motor se cala. Me indicaron el lugar y la hora del entierro. Si me daba prisa, aún podía llegar. Entonces recordé el entierro de Adolf Schuler. Lo había olvidado y me pareció como si, otra vez más, me hubiera olvidado de retenerlo, impedirle subir al coche y estrellarse contra el árbol.

El viejo Weller se había sentido a gusto charlando conmigo y habría vuelto a hacerlo. Me habría explicado cómo fueron las cosas durante la guerra; que la sobrina nieta de su socio secreto habría muerto si Welker y él no la hubieran acogido y provisto de una nueva identidad; que era una loca que, por si fuera poco con lo que ya tenía, estaba esperando un niño... Él habría dicho: se había dejado hacer un crío. Que Welker y él habían hecho

más de lo exigible por aquel crío, tras la muerte de su madre. ¿Su verdadera identidad? ¿Qué habría obtenido Gregor Samarin si le hubieran revelado su verdadera identidad? ¿Se habría llenado la cabeza de pájaros! Además, la familia Brock vivía en Leipzig. ¿No le había ido mejor al crío llamándose Gregor Samarin en la Alemania occidental que en un orfelinato comunista?

Sí, así me habría hablado. De un viejo cagado a otro viejo cagado. Podía imaginarme la escena. Si yo le hubiera preguntado si Gregor Brock no podría haber presentado reclamaciones que Gregor Samarin no podía hacer valer, porque ignoraba todo aquello, habría minimizado la cuestión. ¿Reclamaciones? ¿Qué reclamaciones, después de la inflación, la crisis económica mundial y la reforma monetaria? ¿Reclamaciones, cuando tanto Welker como él podrían haber ido a parar a un campo de concentración por lo que habían hecho por Ursula Brock?

Aún podía imaginarme otra conversación más, que había tenido lugar en primavera. Schuler estaba esperando a Welker para ponerle al corriente de la verdadera identidad de Samarin y de sus manejos. En el sótano había dado con el dinero y, buscando documentos sobre el socio secreto, había encontrado el pasaporte. El pasaporte de Ursula Brock a la que él había conocido siempre como la señora Samarin. Tal vez se sintiera en la obligación de informar también a Samarin, pero el sentido de lealtad le llevaba primero a los Welker y, por lo tanto, era a Bertram Welker a quien debía dar esa información en primer lugar. Pero, entonces, Welker apareció con Samarin y Schuler no pudo hablar con él como le habría gustado. Welker me había dicho que Schuler hablaba de un modo misterioso, y seguramente fue así, no tanto por el asunto del dinero como por Gregor. Puede que no fuese Welker el que tenía descomposición de vientre sino Samarin y puede que fuera éste quien tuvo que ir varias veces al cuarto de baño. Puede que, en ese caso, Schuler tuviera suerte y pudiese decirle a Welker todo lo que quería decirle.

¿O eso fue mala suerte?

Me dirigí a mi oficina y saqué los medicamentos que me había llevado del cuarto de baño de Schuler. Fui con el frasquito de Catapresan a la farmacia Kopernikus, en la que desde hace mucho tiempo cuatro amables farmacéuticas me atienden tan bien que casi nunca necesito acudir al

médico. Le di el frasquito a la jefa. No sabía cuándo podría ponerse con él, pero a última hora de la tarde, cuando me iba a casa desde el Kleiner Rosengarten, pasé por la oficina y ya había analizado el contenido y me había dejado el resultado en el contestador. En cuanto a las pastillas, se trataba de Centramina, un preparado inofensivo, a base de magnesio, calcio y potasio, para calmar el sistema neurovegetativo y estabilizar los nervios cardíacos en caso de arritmias. Lo conocía: era uno de los medicamentos que le había prescrito el doctor Armbrust y que yo había encontrado en su cuarto de baño. Las pastillas de Centramina tenían un aspecto casi idéntico al de las pastillas de Catapresan.

15. ¡HASTA LA LENGUA ES DIFERENTE!

No me había dado tiempo a pensar qué había que hacer. Estaba ante la puerta de mi casa sacando la llave del bolsillo, cuando oí decir: «¡Señor Selb!» y Karl-Heinz Ulbrich apareció en la zona que iluminaba la lámpara del portal saliendo de la penumbra. Seguía llevando traje con chaleco, pero se lo había desabrochado, el cuello de la camisa estaba abierto y la corbata, ladeada. Ya no intentaba dárselas de banquero.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Puedo subir con usted? —Como vio que yo dudaba un momento, sonrió—. Ya le dije en una ocasión que la cerradura de su puerta es de chiste.

Subimos la escalera en silencio. Abrí la puerta y, como la otra vez, le invité a sentarse en un sofá y yo me senté en el otro. Entonces me sentí mezquino, así que me levanté y fui a buscar una botella de Sancerre y dos vasos. Serví uno.

—¿Le gusta el vino?

Asintió. En eso apareció Turbo y se restregó contra sus pies.

—¡Qué errores cometemos! —dijo de sopetón—. ¡Cuántas cosas ignoramos! Por supuesto que las podemos aprender, pero aprender a los cincuenta lo que los del Oeste aprendéis a los veinte resulta difícil, y un error que a los veinte no tiene mayor importancia, a los cincuenta duele. Declaración de impuestos, seguros, cuentas bancarias, los contratos que suscribís para cualquier cosa... De todo eso nosotros no tenemos ni idea. ¡Hasta la lengua es diferente! Sigo sin saber cuándo habláis en serio y cuándo no. No sólo cuando mentís, también cuando os presentáis, cuando proponéis algo o lo vendéis, en vosotros las palabras tienen otro sentido.

—Puedo imaginarme que...

—No, no puede, pero es muy amable por su parte de decir eso. — Levantó el vaso y bebió—. Cuando Welker me ofreció el puesto, lo primero que pensé es que usted le había prevenido contra mí y él quería comprarme. Pero luego pensé: ¿Por qué? ¿Por qué tengo que pensar siempre algo así? Habíamos mantenido una charla muy agradable. Que yo me hubiera dedicado a los delitos económicos, que hubiera trabajado en el departamento de seguridad de la Stasi y que procediera de Alemania oriental no le importaba. Me dijo que necesitaba a alguien como yo. Y yo me dije que debía creer en lo que me había dicho y que debía creer en mí mismo. Me dije que el negocio bancario no era una cuestión de brujería y me puse a leer la *Handelsblatt*, ya sabe, esa revista de economía y comercio, aunque no es ningún dulce, y me procuré libros de economía, de dirección de empresas y de contabilidad. ¿Sabe una cosa? Los del Oeste también son personas normales y no conocen la comarca y a la gente, y yo conozco bien a mis sorbios.

No sé por qué me acordé de una canción de Peter Alexander, que fue un éxito en la década de los sesenta. Recordé la música y la letra: «A diario recuerdo mis penas...». ¿A diario recuerdo a mis sorbios^[1]?

—La verdad es que me he esforzado —dijo con la mirada fija hacia delante—. Pero, una vez más, no entendí el sentido de las palabras. Lo que Welker dijo, en el fondo, es lo que ustedes comprendieron de inmediato: necesito a un palurdo que no se dé cuenta de lo que en realidad se hace aquí. Y ese palurdo es Karl-Heinz Ulbrich.

—¿Y cuándo se ha dado cuenta?

—Bueno, ya hace unas semanas. Fue por casualidad. Tenemos un montón de sucursales pequeñas en la región, pensé que debería conocerlas y decidí ir visitándolas. Un día llego a un pueblucho diminuto, cinco casitas grises, con aire de estar abandonadas, en una calle que no lleva a ninguna parte. Y la sucursal... Entonces, me pregunto qué hace allí la sucursal. Eso, qué hace allí una sucursal. Pues ser un buen sitio para depositar dinero. No necesité mucho tiempo para darme cuenta. Cuando yo quiero saber...

—Ya sé que espiar es algo en lo que nadie le gana.

—No sólo espié. También me informé. Welker no es de la mafia. Sus hombres son rusos y él trabaja para rusos. Eso es todo. Antes de trabajar

para él, sus hombres trabajaban para el otro, al que mató de un disparo. Bueno, no trabaja sólo para rusos. Es independiente, saca entre un cuatro y un seis por ciento de beneficio, lo cual no es mucho, pero con el blanqueo de dinero no se consigue más. Para que sea rentable tiene que tratarse de sumas importantes. Lo que Vera y yo descubrimos (el blanqueo de dinero en metálico), es sólo un añadido, algo para conservar clientes. El auténtico negocio es el blanqueo contable.

—¿Y ha ido usted a la policía?

—No. Si eso se supiera, sería el fin de la Sorbia y mis compañeros se quedarían en la calle. No he tenido que mirar mucho las cuentas para ver que tenemos un exceso de personal. Schwetzingen no hace nada al respecto para que no se arme jaleo. Y, además, ¿sabe qué pienso? Que, antes, nosotros no teníamos cosas así. Eso lo han traído los suyos. Así que tendrá que ser su policía la que acabe con ello.

—Puede tener la seguridad de que antes, en Schwetzingen, se blanqueaba tan poco dinero como en Cottbus. ¿No me habló usted de chechenos, georgianos y azerbaiyanos?

—Cuando estaban los nuestros, los chechenos se quedaban en Chechenia y los georgianos, en Georgia. Son ustedes los que han puesto todo patas arriba.

Se había hecho una composición de lugar y no había modo de que cambiase de parecer. Su rostro reflejaba decisión aunque se tratase de una decisión obstinada.

—Bueno, ¿y de qué se trata ahora? ¿Por qué ha venido? Creía que se había reconciliado con...

—¿Reconciliado? —Me dirigió una mirada perpleja—. ¿Cree usted que porque no he ido a la policía, voy a tragarme las burlas, las ofensas, las humillaciones, las degradaciones? —Buscaba más términos que añadir, pero no encontró ninguno—. Voy a hacer algo.

—¿Desde cuándo está usted aquí?

—Desde hace una semana. Me he tomado vacaciones. Voy a hacer algo que Welker no olvidará.

—¡Venga, señor Ulbrich! No sé qué es lo que quiere usted hacer, pero ¿no será eso también el fin de la Sorbia y no se quedarán sus compañeros en

la calle? Welker no se ha burlado de usted ni nada de todo eso que ha dicho. Le ha utilizado, como utiliza a tantos otros, sean de la Alemania oriental o de la occidental. No se lo tome como algo personal.

—Él dijo...

—Pero él no habla la misma lengua que usted. Acaba de decirme que hablamos lenguas diferentes.

Me miró con tristeza y noté, aterrado, que aquella mirada de desamparo, un poco bobalicona, era la misma que podía poner Klara. También la decisión obstinada que se reflejaba en su rostro la había visto en Klara.

—No haga nada, señor Ulbrich. Vuelva allí y gane todo lo que pueda, mientras haya algo que ganar en la Sorbia. No va a durar para siempre. Gane lo suficiente como para poder abrir una oficina en Cottbus, en Dresde o en Leipzig: «Karl-Heinz Ulbrich. Investigador Privado». Y, si alguna vez tiene demasiado trabajo, me llama, y yo voy y le ayudo.

Sonrió. Fue una sonrisilla que luchaba contra la decisión obstinada.

—Welker le ha utilizado. Utilícelo ahora usted a él. Utilícelo para sentar la base del negocio que quiere llevar adelante. No se enrede en un ajuste de cuentas en el que, aunque gane, perderá.

Se mantuvo callado. Luego, apuró el vaso.

—Un buen vino.

Se movió hasta situarse al borde del sofá y se quedó allí como si no supiese si seguir sentado o levantarse.

—¿Nos terminamos la botella?

—Creo... —dijo levantándose—. Creo que será mejor que me vaya. Ah, y muchas gracias.

OceanofPDF.com

16. UNA BROMITA

Así que me terminé la botella yo solo. Hacer algo que Welker no olvidara... Si se tratara de la vida de Welker, Ulbrich se habría expresado de otra manera. ¿De qué se trataría? ¿Qué podía ser algo que Welker, que recordaba siempre las cosas buenas y olvidaba las malas, no olvidaría?

Pensé en Schuler y en Samarin. Si Welker no los había olvidado ya, pronto lo haría. Nada de lo bueno que le había ocurrido con ellos ni de lo que había hecho con ellos. ¿Hacer algo para que no los olvidara? ¿Matarlo? Los muertos no olvidan.

No dormí bien. Soñé con Korten precipitándose por el acantilado con el abrigo ondeando al viento. Soñé con nuestra última conversación, con mi «He venido para matarte» y su burlón «¿Para devolverles la vida?». Soñé con Schuler, que venía hacia mí tambaleándose, y con Samarin con la camisa de fuerza. Luego, todo se entremezcló. Welker se precipitó por el acantilado y Schuler se burlaba de mí diciendo: «¿Para devolverme la vida?».

Por la mañana llamé a Welker y le dije que tenía que hablar con él.

—¿Quiere hacer una imposición? —me preguntó con un tono alegre.

—Hacer un ingreso, una imposición, retirar fondos..., depende de cómo se quiera ver.

Con dos pilas nuevas, mi viejo magnetófono volvió a funcionar. Hoy en día pueden encontrarse aparatos más pequeños, con mejor calidad, más capacidad y una línea más elegante. Pero mi viejo aparato me sirve. También mi vieja chaqueta de pana me sirve. Tiene un agujerito en la parte posterior de la solapa, y otro, en el bolsillo de la pechera, de modo que el cable que va desde el aparato, que meto en el bolsillo interior, hasta el micrófono, que coloco en la solapa, no queda visible. Cada vez que saco el

pañuelo del bolsillo interior, para secarme el sudor de la frente o limpiarme la nariz, puedo encender o apagar el aparato.

A las diez estaba en el despacho de Welker. Él hizo un gesto abriendo los brazos.

—Mire, aquí todo sigue como la última vez que vino. Yo quería renovarlo, cambiarlo, ponerlo más bonito, pero no encuentro el momento.

Miré a mi alrededor. Efectivamente, nada había cambiado. Sólo los castaños que se veían desde la ventana empezaban a mudar de color.

—Como ya sabe, el viejo Schuler, antes de estrellarse con su Isetta contra el árbol y morir, estuvo conmigo. No me llevó sólo el dinero. Añadió lo que había averiguado sobre Laban y Samarin.

Welker no dijo nada.

—Se lo reveló a usted la tarde en que usted fue con Samarin a verle, en un momento en que Samarin había salido.

Tampoco a eso contestó Welker. Cuando no se dice nada, no se corre el riesgo de cometer errores.

—Más tarde, cuando salió usted, vio que Schuler tomaba unas pastillas contra la hipertensión cuya ingesta no se puede suspender bruscamente. Usted entiende de eso. Entonces fue al armario en el que Schuler guardaba su arsenal de medicinas a buscar algunas pastillas que fueran parecidas, y las encontró. E hizo el cambio, simplemente. Tal vez aquello acabara con Schuler... Eso sería lo mejor. Tal vez sólo le perturbara a la larga, a la corta o para siempre... Tampoco estaba mal. Tal vez se diera cuenta y las volviera a cambiar. Eso tampoco entrañaría un riesgo para usted. Schuler se atribuiría el error a sí mismo o a su sobrina, pero nunca se le ocurriría sospechar de usted.

—Por supuesto.

Lo dijo con el mismo tono que se emplea en una conversación cualquiera para demostrar que uno está atento y ha entendido. Y mientras hablaba, me miraba con aquellos ojos suyos, inteligentes, sensibles y melancólicos, como si fuese yo quien tenía un problema y estuviese pidiendo ayuda.

—Que usted era médico ya lo sabía, pero hasta el momento en que comprendí sus motivos no relacioné ese hecho con lo que sabía acerca de

las pastillas que Schuler tomaba para la hipertensión y con el estado en que estaba antes del accidente. Fue entonces cuando se me ocurrió llevar a analizar las pastillas que contenía el frasquito.

—Mmm.

No me preguntó: «¿Mis motivos? ¿Y cuáles pueden ser mis motivos? ¿Dónde ve usted mis motivos?». —Sólo dijo—: Mmm», y siguió sentado, tranquilamente, mirándome.

—Fue un asesinato, señor Welker, aunque no tuviera usted la seguridad de que el cambio de pastillas acabaría con la vida de Schuler. Fue un homicidio debido a su codicia. Es cierto que el abuelo de Samarin había renunciado en 1937 o 1938 a todos los derechos y pretensiones derivados de la aportación del socio secreto, pero la renuncia hecha entonces por un judío en favor de su socio ario no tendría hoy mucha validez jurídica. Las pretensiones que pudiera tener Samarin le habrían resultado poco agradables.

Sonrió.

—Sería una ironía que el socio secreto, que fue el pretexto que utilicé para que usted entrara en el juego, se convirtiera en un peligro para mí, ¿no?

—Yo no lo encuentro gracioso. Como tampoco encuentro gracioso el asesinato de Samarin, que usted planificó con toda frialdad y lucidez. Y tampoco encuentro gracioso que siga usted con el mismo negocio que organizó Samarin. No, no lo encuentro nada gracioso.

—No he dicho gracioso sino irónico.

—Irónico, gracioso... Da igual, en cualquier caso, no encuentro en ello nada como para reírme. Y cuando pienso que Samarin no asesinó a Schuler y que, probablemente, tampoco asesinara a su esposa, tal como usted, embargado de emoción, me hizo creer, se me acaban las ganas de reírme. ¿Qué es lo que ocurrió con su mujer? ¿Le pareció que, ya que había muerto, aún podría serle útil haciéndola pasar por la víctima de un crimen? ¿O, acaso, no se trató de un accidente? ¿La mató usted?

Yo estaba furioso. Pensé que, por fin, se defendería. Tenía que defenderse. Lo que le había dicho no podía haberle gustado. Y, en efecto, cambió la posición de las piernas, que tenía cruzadas, y las colocó paralelas.

Apoyó los brazos en las rodillas, adelantó los labios con un gesto de enojo y disgusto, y moviendo lentamente la cabeza dijo:

—Señor Selb, señor Selb...

Esperé.

Pasado un momento, se enderezó en el sillón y me miró fijamente.

—Es un hecho que Gregor murió de un disparo, con una camisa de fuerza, en el Luisenpark. El cómo llegó a morir en el Luisenpark con una camisa de fuerza... ¿Por qué no va usted a la policía, si tiene algo que decir al respecto? Por otra parte, es un hecho que Schuler tenía la tensión alta y que chocó contra un árbol delante de su oficina y murió. Si, antes de eso, le llevó algo a usted, si usted le vio justo antes y le pareció que su estado no era normal... ¿Por qué le dejó subir al coche? Lo que quiero decir es que hay algunas incongruencias. Tal vez también las haya en la muerte de mi mujer. Naturalmente, de quien primero sospechó la policía fue de mí, aunque, luego, quedé absolutamente libre de sospecha. Pero hemos de vivir con algunas incongruencias. No podemos lanzar acusaciones sin una base...

Volvió a mover la cabeza. Yo quise intervenir, pero él siguió hablando.

—Eso es lo primero que quería decirle. Lo segundo es que... Mire usted: a mí no me interesan las viejas historias. El Tercer Reich, la guerra, los judíos, los socios secretos, los herederos muertos, los antiguos derechos..., todo eso es agua pasada. Yo no tengo nada que ver con eso. Yo no entro en eso. Me aburre. Y el Este tampoco me concierne. Si se queda donde está, tanto mejor. Pero si cruza a este lado y se instala y se inmiscuye y quiere incautarse de lo mío, he de demostrarle que no lo logrará más que haciendo lo contrario. Samarin vino aquí con sus rusos a incautarse de lo mío. No lo olvide.

»El pasado, el pasado... Ya no soporto seguir oyendo hablar del pasado. Nuestros padres nos aburrieron con sus sufrimientos durante la guerra y sus heroicidades durante la reconstrucción y el milagro económico; los profesores, con sus mitos de 1968. ¿Tiene usted también un mito que proponerme? Déjelo. Lo que yo tengo que hacer es ver cómo consigo sacar a Weller & Welker a flote. Somos anacrónicos. En el ancho mar de la economía, entre los petroleros, los cargueros, los destructores y los portaaviones no somos más que una lanchita que, cuando llegan esas

marejadas que los grandes navíos atraviesan sin dificultad, se ve lanzada de acá para allá. No sé cuánto tiempo podremos resistir. Tal vez nuestros hijos no tengan ganas de seguir. Tal vez yo tampoco le encuentre la gracia un buen día. De todos modos, esto no es lo mío. Hubiera preferido ser médico y coleccionar cuadros o pintar, incluso. Soy un hombre a la antigua, ¿sabe? No en el sentido de que me interese lo antiguo, sino en el de que me hubiera gustado vivir una vida contemplativa, a la antigua. Que obedeciera y siguiese la tradición familiar y dirija ahora el banco también es algo a la antigua. Pero en esto es todo o nada y, mientras yo dirija el banco, mientras sigamos existiendo, nadie podrá fastidiarnos. Nadie —repitió con firmeza. Luego, volvió a sonreír—. ¿Entiende usted lo que quiero decir? ¿Acaso es posible seguir siempre las normas establecidas?

Se levantó y yo me levanté también. Estaba harto de escucharle, de sus mentiras, de sus verdades y de sus medias verdades bien pensadas y bien colocadas en la conversación.

Ya en la escalera dijo:

—Hay que ver cómo una vieja costumbre puede resultar fatal.

—¿Qué quiere decir?

—Que si Schuler no hubiera llenado el frasquito con Catapresan, nadie podría haberlo cambiado por otra cosa.

—No lo rellenaba porque fuese una vieja costumbre. Se lo hacía su sobrina porque, con la artrosis que tenía en los dedos, él no podía sacar las pastillas de los envases de plástico.

Entonces me di cuenta de que le había hablado de una medicina para la hipertensión, pero que no había dicho Catapresan. ¿Se había traicionado a sí mismo? Me detuve.

También él se detuvo. Se volvió hacia mí y me miró amablemente.

—El medicamento se llamaba Catapresan, ¿verdad?

—Yo no...

Pero no tenía ningún sentido registrar en mi casete: «Yo no he dicho Catapresan». Eso no probaría nada. Decírselo a Welker tampoco tenía ningún sentido. Él lo sabía y se había permitido una bromita.

17. PRESUNCIÓN DE INOCENCIA

Volví a casa y me senté en el balcón. Me fumé un cigarrillo, luego otro, y el tercero ya me supo como cuando fumaba todos los que quería.

Estaba furioso. Contra Welker; contra su prepotencia, su impasibilidad, su insolencia. Estaba furioso porque iba a librarse tras haber cometido dos asesinatos, haber robado la aportación del socio secreto y blanquear dinero. Estaba furioso porque me había dado a entender que había sido él, pero había dejado caer que no esperara probarlo. ¿Que no esperara probarlo? ¡Era él quien no debía esperar librarse!

Llamé a mis amigos y les invité a que vinieran esa misma noche diciéndoles que era un asunto urgente. Tanto los Nägelsbach como Philipp y Füruzan prometieron estar en casa a las ocho.

—¿Hay algo que celebrar? ¿Habrá algo de comer?

—Haré espaguetis carbonara, si tenéis hambre.

Brigitte me dijo que llegaría más tarde.

No tenían hambre. No sabían qué pensar de una invitación tan repentina y se sentaron a esperar, dando vueltas entre las manos a las copas de vino. Sólo les dije que había hablado con Welker y que había grabado la conversación. Puse la cinta. Cuando se terminó, me miraron interrogantes.

—¿Os acordáis que Welker me encargó que buscara al socio secreto, sólo para que yo entrara en el juego sin despertar las sospechas de Samarin? Se trataba de una historia del banco y de la familia, cuestiones del pasado, que no parecían sospechosas. Pero lo que Welker quería era que yo estuviera a mano, por si se daba la ocasión de arremeter contra Samarin. En realidad, lo del socio secreto no le interesaba.

»Pero luego se volvió interesante. Adquirió rostro, no en sentido figurado sino en sentido real. Era un rostro con la frente huidiza, las orejas

grandes y los ojos saltones. Lo reconoceréis —les dije, dándoles el retrato de Laban para que se lo pasaran.

—¡Caray! —dijo Philipp.

—Weller y Welker fueron relativamente honrados. Ayudaron económicamente al sobrino nieto del socio secreto para que viviera en Londres, y le procuraron a la sobrina nieta, que no había podido dejar Alemania, papeles con un nombre nuevo: Samarin. Cuando ella murió, se ocuparon de su hijito. Como al nacer, al niño lo habían inscrito como Gregor Samarin, le criaron con ese nombre. El sobrino nieto había muerto en Londres y la sobrina nieta, Ursula Brock, había desaparecido como tal. La aportación del socio secreto había quedado definitivamente huérfana.

—¿A cuánto ascendía?

—No lo sé exactamente. Cuando Laban invirtió el dinero era una suma igual a la que tenía Weller & Welker. El banco estaba al borde de la bancarrota. No tengo ni idea de cómo se calcula eso, al alza o a la baja, en términos económicos y contables, cuando pasan los años.

—¿Y qué tenía que ver Schuler con eso?

—Schuler fue, al principio, profesor particular de Welker y de Samarin, y más adelante, archivero del banco. Cuando le mencioné que había interés por el socio secreto y que yo tenía que descubrir su identidad, eso le picó en su orgullo. Quiso demostrar que era más competente que yo, que se las podía arreglar solo y que no me necesitaba. Revolvió entre los documentos del banco hasta dar con lo que buscaba. Éste es el pasaporte de la sobrina nieta de Laban.

La señora Nägelsbach lo miró por arriba y por abajo.

—¿Y cómo supo el viejo Schuler que Ursula Brock era la sobrina nieta de Laban y la madre de Samarin?

—Él la conoció personalmente como la señora Samarin y la madre de Gregor. Los papeles sobre los Brock sólo podían estar entre los documentos del socio secreto. Creo posible que, junto con el pasaporte, encontrara más papeles que no me dio. Pero también encontró algo más, que sí me trajo: dinero que iba a blanquearse en el banco. Entre los billetes, el pasaporte me pasó desapercibido bastante tiempo. Con lo cual, sólo podía imaginarme que Schuler había amenazado a Samarin con denunciar el blanqueo y, con

ello, había firmado su sentencia de muerte. Sin embargo, la firmó al revelar a Welker la verdadera identidad de Samarin. Entonces Welker cambió las pastillas que Schuler tomaba para la hipertensión por otras.

»No era un método ciento por ciento seguro para matarle, pero valía la pena intentarlo. Si funcionaba, se quitaría a Schuler discretamente de en medio, y si no, tenía tiempo suficiente para un segundo intento. Welker no tenía prisa; conocía la lealtad de Schuler con su familia y sabía que no hablaría con Samarin de inmediato. Pero la cosa funcionó. Schuler se sintió mal, entró en un estado de desorientación y se dio contra un árbol. De todos modos, debió de resultarle extraño irse sintiendo cada vez peor y aún fue capaz de traerme lo que había encontrado: el dinero y el pasaporte.

—Pastillas para la hipertensión... —dijo Nägelsbach—. Yo soy hipocondríaco, y Reni, también, y nos interesa la medicina, pero no tengo ni idea de cómo podría matarse a alguien con pastillas para la hipertensión.

Philipp le aclaró:

—Es que no se puede. Pero, si uno está tomando Catapresan y deja de tomarlo bruscamente, puede tener ausencias. Aún nos queda por saber cómo pudo Welker...

—Estudió medicina. Pero cuando acabó, sacrificó sus conocimientos para dedicarse al banco.

—¿Y qué pasó después?

—¿Después de la muerte de Schuler? Ya lo sabéis. Welker mató a Samarin de un disparo y nos hizo creer que estaba transido de tristeza, de dolor y de rabia. En realidad, lo hizo a sangre fría y sin que le temblara el pulso. Quería librarse de Samarin, el heredero del socio secreto, el factótum que, de pronto, quería intervenir y decidir, el hombre con relaciones peligrosas que le extorsionaba, el hombre con relaciones lucrativas que se interponía en su camino.

Se quedaron callados durante un rato y, luego, Philipp preguntó:

—¿Y por qué nos cuentas todo esto?

—¿No os interesa?

—Sí, claro; pero, a decir verdad, si no me lo hubieras contado, tampoco lo echaría de menos.

Debí de mirar a Philipp como si se hubieran apoderado de él todos los malos espíritus.

—No me interpretes mal, Gerd. Tengo un espíritu práctico. Me interesan las cosas en las que se puede hacer algo: operar un corazón, reparar mi barco, cuidar mis plantas, hacer feliz a Füzuzan. —Mientras lo decía puso una mano sobre la de ella y le dirigió una mirada de perro fiel que nos hizo reír a todos.

—No podemos quedarnos así, sin hacer nada. Nos hemos mezclado en esto, hemos ayudado a Welker, y en cuanto a Samarin... Si no hubiéramos intervenido, Samarin aún estaría con vida. —Yo, cada vez, entendía menos a Philipp—. ¿No dijiste que ese mundo, que entonces pensábamos que era el mundo de Samarin, y que hoy sabemos que es el mundo de Welker, no era tu mundo y que no ibas a entregar tu mundo sin luchar por él? ¿Es que todo eso ya no es así?

—Era otra cosa. Entonces pensábamos que Welker estaba en peligro y queríamos ayudarlo. ¿A quién quieres ayudar ahora? ¿Quién está en peligro? Nadie, y en cuanto al mundo... Tal vez, entonces, se me llenó la boca un poco de más. A lo que me refería era a lo de estar en peligro y a lo de ayudar.

La señora Nägelsbach me miró tanteando lo que iba a decir.

—Hace unas semanas usted estaba en contra de que...

—No, yo no estaba en contra. Sólo me parecía que su marido y Philipp debían ponerse de acuerdo. Las posibles consecuencias eran para ellos más graves que para mí.

—Tengo en el bolsillo el contrato con la clínica privada. Pero saber qué ocurrirá si hay un escándalo... —Philipp meneó la cabeza.

—Me temo, señor Selb, que hemos dejado pasar el momento adecuado, si es que lo hubo. Entonces el rastro aún estaba fresco y nosotros éramos unos buenos testigos. Hoy no lo somos. ¿Por qué hemos callado tanto tiempo? ¿Por qué hablamos ahora? Además, estaba oscuro, no vimos disparar a Welker, en el arma no hay huellas dactilares, y Welker lo negaría todo. El asunto de la muerte de Schuler aún es más embrollado. Puede que el fiscal tuviese éxito en lo del blanqueo de dinero, pero necesitaría tener también suerte.

Nadie dijo nada y con el silencio daba la impresión de que todos estaban esperando que yo diera oficialmente el asunto por finalizado, que les devolviera la paz. Pero yo no podía.

—Y el hecho de que sepamos que lleva dos muertes sobre su conciencia, ¿no nos interesa? ¿No nos obliga a nada?

Nägelsbach sacudió la cabeza.

—¿No ha oído hablar de la presunción de inocencia? Si no se puede probar la culpabilidad de Welker, no se puede. Así son las cosas.

—Pero nosotros...

—¿Nosotros? Nosotros tendríamos que haber ido entonces a la policía. No lo hicimos, y ahora ya es demasiado tarde. ¿Se acuerda de lo que le dije entonces? ¿Cómo puede ni siquiera imaginarse que yo vaya a participar en una acción destinada a tomarse la justicia por la mano?

El silencio se hizo abrumador. Hasta que Philipp no pudo soportarlo más.

—Señor Nägelsbach... Rudi Nägelsbach, si he oído bien. Rudi, si me permites que te llame por tu nombre, ¿te apetecería formar con Gerd, otro viejo amigo nuestro y yo, un grupito para jugar a las cartas? ¿Una vez cada quince días o, incluso, una vez por semana?

Nägelsbach se contuvo. Es un hombre de una cortesía pasada de moda, distante y formal. Los acercamientos excesivos le horrorizan. Que le llamaran por su nombre de pila le contrariaba; el cambio de tema, tan forzado, le resultaba embarazoso, pero hizo un esfuerzo.

—Muchas gracias, Philipp. Me alegra que me invites a formar parte del grupo y acepto con mucho gusto. Pero tengo que dejar claro que, cuando en la misma mano, te llegan dos ases de diamantes...

—... son los cerditos —dijo Philipp, riéndose.

—Gerd —dijo Füzuzan, con un tono de voz tan serio que Philipp dejó de reírse y los demás prestaron atención.

—Dime, Füzuzan.

—Yo iré contigo. Tal vez me necesites cuando te cargues a Welker o le pegues fuego a su banco. Pero, a los niños, no les harás nada, ¿verdad?

18. NO ERES DIOS

Brigitte llegó a las once.

—¿Dónde están tus amigos? ¿Os habéis peleado? —preguntó sentándose en el brazo del sofá y pasándome el suyo por los hombros.

—Sí y no.

No nos habíamos peleado, pero la confianza entre nosotros había sufrido un ligero quebranto y la despedida había sido un poco embarazosa. Le conté lo que les había dicho, lo que esperaba de ellos, y cómo habían reaccionado.

—Bueno, Gerd. Yo les entiendo. También te entiendo a ti, pero ellos... Acude a la policía y denuncia por lo menos lo del blanqueo de dinero.

—Tiene dos muertes sobre la conciencia.

—¿Qué pasó con su mujer?

—Nunca lo sabremos exactamente. Todo parece indicar que, efectivamente, sufrió un accidente, pero que no haya...

—No me refería a eso. Ya he comprendido que, en realidad, deberían condenarlo por asesinato. Pero para eso no hay suficientes pruebas. ¿Es el único que debería estar en la cárcel y que anda libre por ahí? ¿Quieres cazarlos y encerrarlos a todos?

—Yo no tengo que ver con todos, sólo con Welker.

—¿Qué tienes que ver con él? ¿Qué significa para ti? Vuestros caminos se cruzaron en un momento. Eso es todo. Si al menos hubiera algo personal entre vosotros...

—No, justamente si así fuera, no tendría yo ningún derecho a... —No continué. En Trefeuntec, en aquella ocasión, ya me había arrogado ese derecho. ¿Quería probarme que era una cuestión de principios y que, por lo tanto, tampoco entonces había sido un arreglo de cuentas personal?

Brigitte meneó la cabeza.

—Pero es que tú no eres Dios.

—No, Brigitte, ya sé que no soy Dios. Pero no me conformo con que matase a Schuler y a Samarin, siga siendo rico, esté tan contento, y ya está. Simplemente, no puedo conformarme.

Me dirigió una mirada triste y preocupada. Me rodeó con las manos la cabeza y me besó en la boca. Sin soltarme la cabeza, me dijo:

—Manu me está esperando. Tengo que irme. Olvídate de Welker. —Vio la impotencia reflejada en mis ojos—. ¿Tan grave es la cosa? ¿Es grave porque piensas que, si no haces nada, es porque te has hecho viejo?

No respondí. Ella escrutaba mis ojos en busca de una respuesta.

—Olvídalo. Salvo que eso... Salvo que eso acabe contigo. Pero, entonces, ten mucho cuidado, ¿me oyes? Me da igual que Welker esté vivo o muerto; si le va bien o si le va mal. Pero tú no me das igual.

Luego se fue y yo salí al balcón; me senté, me puse a fumar y a contemplar la noche. Sí, Brigitte tenía razón. La impotencia me torturaba porque me hacía sentir los años que tenía. Grababa a fuego en mi memoria con cuánta frecuencia había comprendido tarde que había sido demasiado lento. Grababa a fuego en mi memoria la sensación de culpabilidad por la muerte de Schuler. Me confirmaba que no dejaría nada, ni como fiscal ni como detective privado, de lo que estuviera realmente orgulloso. Me devoraba como una rabia, un miedo, un dolor, una ofensa. Si no quería que me engullera, tenía que hacer algo.

Antes de irme a la cama, saqué de la cómoda el revólver que llevaba allí varios años. Durante mucho tiempo no tuve armas y tampoco quería tener el revólver, pero una vez que llegó a mis manos, no conseguí deshacerme de él. Me lo había dejado en depósito un cliente, que nunca volvió a buscarlo. Lo puse sobre la mesa de la cocina y me quedé mirándolo: negro, manejable, mortífero. Lo agarré, lo sopesé y lo volví a dejar sobre la mesa.

¿Debería ponerlo bajo la almohada para irme familiarizando con él?

19. CON LUCES GIRATORIAS Y SIRENA

Me desperté cuando aún estaba oscuro y me di cuenta de que algo no iba bien. Sentía en el pecho una cosa rara, que ocupaba el espacio en el que respiro y en el que se me expande el corazón al latir. No era un dolor, pero era algo que estaba ahí; un algo opresor, persistente, amenazador.

De golpe, la frente y las palmas de las manos se me cubrieron de sudor. Sentí miedo y me pareció que aquella cosa rara que tenía en el pecho también era miedo, una angustiosa materia líquida, viscosa, en descomposición.

Me levanté, di unos cuantos pasos, abrí primero la ventana, y luego, la puerta que da al balcón, y respiré profundamente. Pero aquella cosa rara que tenía en el pecho no se iba sino que se hacía más espesa. Se transformó en una opresión. Y, al mismo tiempo, el miedo se convirtió en pánico.

Después, la opresión fue cediendo y me tranquilicé. ¿Con el último infarto, no se me había extendido el dolor hacia el brazo izquierdo? No sentía nada especial en ese brazo. En el mismo instante decidí que, en el futuro, llevaría una vida más sana, no fumaría, no bebería y haría ejercicio físico. Philipp iba a ganar una medalla de oro deportiva. ¿Conseguiría yo una de bronce? Me sumí en pensamientos amables y optimistas. Hasta que volvió la opresión y comencé a sudar de nuevo, y noté, presa del pánico, que la presión persistía e iba en aumento despacio, en oleadas ascendentes y descendentes. Me senté en la cama, me sujeté el pecho con los dos brazos, balanceándome atrás y adelante, y me oí gemir bajito.

Pero la presión no había hecho más que prepararle la entrada al dolor. También éste llegó en oleadas; unas veces lentas, otras rápidas; sin un ritmo al que pudiera ceñirme. La primera andanada de dolor fue como una descarga eléctrica que me convulsionó el pecho. También me electrizó el

cerebro. Pude pensar con claridad y comprendí que debía hacer algo. Si no lo hacía, moriría. Eran poco más de las cinco de la mañana.

Llamé al servicio de urgencias y veinte minutos más tarde llegaron dos enfermeros de la Cruz Roja con una camilla. Veinte minutos durante los cuales los zarpazos del dolor me atravesaron como olas. Como dolores de parto o, por lo menos, como yo me imagino los dolores del parto. Cada vez que llegaban, yo inspiraba profundamente. Los enfermeros me hablaron de un modo tranquilizador, me ayudaron a tumbarme en la camilla y me pusieron un gotero del que iba cayendo un anticoagulante. Me bajaron los cinco pisos y me metieron en la ambulancia. Encendieron las luces giratorias; las vi reflejadas en el muro de casa, a través de la ventanilla. Luego, activaron también la sirena y arrancaron. No íbamos muy deprisa. El gotero y el tubo de plástico iban balanceándose tranquilamente.

¿Habría también un tranquilizante en el gotero? El dolor no cedía, pero las impresiones se ahogaban en sus oleadas y el miedo se disolvía en una resignación lacrimosa.

En urgencias la doctora mandó poner en el gotero medicamentos más fuertes para disolver el coágulo que tenía en el corazón. Vomité bilis y me asombró que a la vesícula no le gustase mi sangre fluida. A la enfermera no le asombró; cogió una batea con forma de riñón, que estaba a un lado, y me la colocó bajo la barbilla.

Al cabo de un rato me llevaron a la UCI. Techos de pasillos, puertas batientes, ascensores, médicos con batas verdes, enfermeras con batas blancas, pacientes y visitantes... Era consciente a medias, como si me deslizase a bordo de un tren silencioso a través de un torbellino y una congestión incomprensibles. Durante el recorrido fuimos por un pasillo muy largo, vacío, donde encontramos a un solo paciente en pijama y bata, que me miró sin curiosidad ni compasión, con aire aburrido. A veces conseguía vomitar en la batea con forma de riñón, colocada junto a mi cabeza; otras veces vomitaba al lado. El olor era repulsivo.

El dolor se me había instalado en el pecho. Como si le hubiese tomado las medidas en sus oleadas ascendentes y descendentes, y supiese ya que le pertenecía del todo. Se había hecho uniforme. Era una tracción uniforme de entrada y salida en el pecho. Pasadas unas horas cedió y también cesaron

los vómitos. Yo ya sólo estaba agotado; tan agotado que me parecía posible extinguirme, simplemente de agotamiento.

OceanofPDF.com

20. DELITOS POR LA PÉRDIDA DEL HONOR

Por la tarde vino Philipp y, con mucha paciencia, me explicó qué ocurre cuando se hace un angiograma. ¿No me lo habían explicado? Se introduce un catéter que se lleva hasta el corazón para tomar imágenes. Imágenes del corazón latiendo, de las arterias en buen estado, de las arterias angostadas y de las arterias obstruidas. Si se tiene mala suerte, el catéter irrita de tal manera el corazón que éste no puede recuperar su ritmo normal. O bien, suelta un trombo, que se pone en marcha y taponar un vaso en algún punto crítico.

—¿Tengo elección?

Philipp negó con la cabeza.

—Entonces no hace falta que me lo expliques.

—Creí que te interesaría.

Asentí.

También asentí cuando, tras haberme hecho el angiograma, el cirujano me explicó que había que hacerme dos bypasses. No quise saber por qué ni cómo ni dónde. No quise que nadie creyera que tenía algo que decir a los médicos ni a las enfermeras ni siquiera a mí mismo.

El cirujano me habló de un colega suyo de Mosbach, al que le habían hecho nueve bypasses, y después, había ascendido hasta la cumbre del Katzenbuckel, el monte más alto del Odenwald. Me dijo que no me preocupara. Sólo había que esperar unos días a que el corazón se recuperara y no estuviera tan vulnerable para llevar a cabo la operación.

Así que esperé y el agotamiento fue cediendo. Seguía cansado. El cansancio me hizo aceptar la pérdida de la autonomía, la cánula en la muñeca, el rostro que me miraba en el espejo, y el hecho de que, al orinar, la mitad caía fuera. Estaba somnoliento.

A veces Brigitte estaba sentada junto a mi cama y me ponía una mano sobre la mía o en la frente. Me leía algo y, tras unas pocas páginas, me cansaba. O intercambiábamos unas frases, de cuyo contenido me olvidaba poco después. Me enteré de que Ulbrich seguía en Mannheim o que había vuelto y me había estado buscando en vano y que había dado con ella; que estaba muy excitado; que quería hablar conmigo como fuera, incluso en el hospital. Pero los médicos no dejaban que me visitara nadie, excepto Brigitte y Philipp, y a mí me parecía bien.

Y luego tuve que volver a andar. Iba por el pasillo arriba y abajo, por el jardín, alrededor del estanque, y tenía miedo de que, en un movimiento inadvertido, se soltara lo que taponaba mis arterias y fuera a dar a otro punto más peligroso. También tenía miedo a que me volviera el dolor, a que el corazón entrara en una arritmia, a que cesara de latir. Tenía miedo a morir.

Naturalmente que, mientras esperaba el momento de la operación, reviví imágenes y escenas de mi vida. Mi infancia en Berlín, la carrera de fiscal, el matrimonio con Klara, el trabajo de detective privado, los años pasados con Brigitte. También pensé en mi último caso, que no había conseguido terminar como hubiese querido.

—Me alegra que no le hicieras nada a Welker. Eso te sacudió, pero no acabó contigo. Todo se arreglará.

Sólo algo más adelante comprendí el significado de las palabras de Brigitte. Yo no leía los periódicos, ni veía ni escuchaba los informativos. Pero, un día, sobre un banco del jardín encontré un viejo ejemplar del *Mannheimer Morgen* y el titular me saltó a los ojos: «Explosión en Schwetzingen». Leí que una bomba había estallado en un banco de Schwetzingen. No había heridos graves, pero los daños materiales eran cuantiosos. El autor del atentado, un antiguo empleado del banco, despedido hacía poco, había sido atrapado por otros empleados en el lugar de los hechos, con heridas leves, y más tarde, entregado a la policía. Parecía que la bomba había estallado antes de lo planeado. El artículo editorial estaba dedicado a la explosión. Era tajante al afirmar que una bomba no podía ser la respuesta a un despido, ya fuese procedente o improcedente. Pero ponía de relieve que el autor del atentado procedía de Cottbus, que los

ciudadanos de los nuevos *Lander*, tras cuarenta y cinco años de régimen comunista, tenían muchas dificultades para afrontar el mercado libre de trabajo, y que para ellos los despidos eran una afrenta a su honor. Acababa haciendo unas reflexiones sobre los delitos por la pérdida del honor.

Sentado en el banco, me puse a pensar en Karl-Heinz Ulbrich. Le pediría a Brigitte que fuese a visitarlo a la cárcel, que le llevara un buen libro, un buen vino de Burdeos y fruta fresca. También debería llevarle un tablero de ajedrez, las piezas, y las partidas entre Spassky y Kortschnoi. En el Este se jugaba al ajedrez. Y también debería pedirle a Nögelsbach que dijera algo en su favor a sus viejos colegas. Delitos por la pérdida del honor. El editorial no sabía hasta qué punto tenía razón.

Luego, tuve que volver a mi habitación, dejar que una doctora me preguntara todo lo que venía en un formulario, me informara y me hiciera firmar que sabía todos los riesgos que corría y que renunciaba a todo tipo de cosas. Pensé que ya estaba, pero aún me auscultó, me tomó la tensión, una muestra de sangre y me examinó el ano.

Al día siguiente una enfermera me rasuró el pecho, el vientre, el pubis e, incluso, los pelos de los muslos, que ya me habían rasurado para hacerme el angiograma. Entretanto, Brigitte tuvo que permanecer fuera, como si aquella desnudez definitiva pudiese revelar algo horroroso. Cuando me incorporé y miré hacia abajo, me conmovió mi sexo carente de pelo e indefenso. Me conmovió tanto que las lágrimas me asomaron a los ojos. Me di cuenta de que me habían puesto un tranquilizante en la infusión.

Brigitte pudo acompañarme hasta la puerta del ascensor. El camillero me introdujo de tal manera que pude verla hasta que la puerta se cerró. Me mandó un beso.

En el ascensor me entró sueño. Pero aún recuerdo cómo me sacaron del ascensor, me llevaron por un pasillo hasta el quirófano y me colocaron en la mesa de operaciones. Lo último que recuerdo es la intensa luz de la lámpara que tenía encima, los rostros de los médicos con la mascarilla y el gorro, y entre ambas cosas, los ojos, cuya expresión no podía descifrar. Probablemente no había nada que descifrar. Estaban haciendo su trabajo.

21. AL FINAL

Al final volví a ir.

¿Por qué? Ya lo sabía todo y, si no lo hubiera sabido, la plaza tampoco me lo habría dicho. Sabía que Welker había despedido a la mitad del personal y que había vendido la Sorbia; que había disuelto la entidad bancaria Weller & Welker; que su casa de la Gustav-Kirchhoff-Strasse estaba a la venta, y que él se había ido con los niños. Según Brigitte, a Costa Rica, porque está segura de que su mujer aún está viva y le espera allí.

También sabía que Ulbrich no había abierto la boca ante la policía ni ante el fiscal que instruye el caso. Brigitte me ha preguntado: «¿Tú no fuiste fiscal? ¿No puedes defenderle?». Me han dicho que podría obtener la autorización para hacerlo. Que Welker se haya ido facilita su defensa.

¿Qué buscaba yo en la Schlossplatz de Schwetzingen? ¿El final de la historia? La historia había acabado. Ya no quedaba ningún hilo del destino suelto. Pero a pesar de que tengo claro que al final de una historia no tiene por qué triunfar la justicia..., el que Welker se librara, mientras que Ulbrich estaba en la cárcel, y Schuler y Samarin bajo tierra, era algo que no podía aceptar como final, y volvía a torturarme la impotencia de no poder hacer nada más ni poner orden.

Hasta que comprendí que era yo quien tenía que decidir si quería considerar que el final era injusto e insatisfactorio, y sufrir por ello, o concluir que así, exacta y precisamente así, estaba bien. En cualquier caso, era yo quien debía tomar la decisión. Tampoco un Welker muerto o un Welker en la cárcel y un Karl-Heinz Ulbrich feliz, o incluso un Schuler que siguiera ocupándose de los viejos documentos y un Samarin que siguiera blanqueando dinero sería algo justo y satisfactorio. Tenía que tomar la

decisión. Así que, lo intenté. Es cierto que no acepté el final de inmediato. ¿Pero no había realmente una cierta rectitud en que Samarin, que era un combatiente, hubiera muerto en un combate, y en que Schuler hubiese muerto por una verdad que encerraba su amado archivo? Para que Karl-Heinz Ulbrich no tuviese que estar mucho tiempo en la cárcel se podía hacer algo. ¿Y Welker? Brigitte y yo podríamos irnos de vacaciones a Costa Rica.

Si el médico lo permite. Es un viejo amigo de Philipp y fue colega suyo en Mannheim, antes de que se hiciera cargo del servicio en el Speyerer Hof. Cuando le pregunto cómo me encuentra y qué futuro tengo, mueve la cabeza y levanta los hombros: «¿Qué quiere usted, señor Selb? Su corazón está simplemente viejo». Viejo. Pero yo sé que la operación no ha sido un éxito. Si no, me lo habrían dicho. Si no, no estaría tan cansado. A veces tengo la impresión de que el cansancio quiere envenenarme.

Me alegré de que el taxi llegara.

El autor da las gracias al
Center for Scholars and Writers
de la New York Public Library,
que le acogió como fellow y donde escribió
en el invierno de 2000/2001
El fin de Selb.



BERNHARD SCHLINK (6 de julio de 1944, Bielefeld, Alemania) es un escritor y jurista alemán. En 1998 fue nombrado juez en la corte constitucional del estado federal de Renania del Norte-Westfalia y es profesor de historia de la ley en Universidad Humboldt, Berlín, desde enero de 2006.

Su carrera como escritor comenzó con novelas policíacas teniendo como protagonista a un personaje llamado Selbst (juego de palabras con Yo Mismo); su primera novela se llamó *La justicia de Selb*. Otra de sus novelas, *El nudo gordiano*, ganó el premio Glauser en 1989. En 1995 publicó *El lector* (Der Vorleser), una novela parcialmente autobiográfica sobre un adolescente que tiene un romance con una mujer mayor que desaparece súbitamente y luego se la reencuentra siendo estudiante de abogacía en un juicio a los criminales de la segunda guerra mundial. El libro se convirtió en un éxito de ventas en Alemania y fue traducido a 39 idiomas. La primera edición española apareció en el año 1997. Ganó el

premio Hans Fallada, el premio Welt, el premio italiano Grinzane Cavour, el premio francés Laure Bataillon y el premio Ehrengabe de la Dusseldorf Heinrich Heine Society. En el año 2000 publicó una colección de cuentos titulada *Amores en fuga*. En 2008 el director británico Stephen Daldry realizó una adaptación al cine de *El lector*.

OceanofPDF.com

Notas

[1] En alemán «penas» (*Sorgen*) suena casi igual que «sorbios» (Sorben).
(N. de la T.). <<

OceanofPDF.com